



*El Stradivarius perdido*



JOHN MEADE FALK

Lectulandia

«El Stradivarius perdido» es un clásico de la ghost story victoriana emparentado por su penetración psicológica con «Otra vuelta de tuerca». John Maltravers, un estudiante de Oxford de 1840 aficionado a la música, experimenta, cada vez que interpreta una Gagliarda del siglo xvii italiano, la sensación de una presencia invisible, que un día se manifiesta como el espectro de un hombre ataviado a la usanza del siglo xviii, para desvanecerse a continuación contra un muro.

Meses después aparece en un hueco del muro un violín antiguo con dos sellos: en uno se menciona al constructor del violín, Antonio Stradivarius, y una fecha, 1704, y en el otro puede leerse «Porphyrus philosophus»...

**Lectulandia**

John Meade Falkner

# **El Stradivarius perdido**

**Valdemar: Gótica - 37**

ePub r1.0  
orhi 24.02.2017

Título original: *The Lost Stradivarius*  
John Meade Falkner, 1895  
Traducción: Santiago García

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTICIA SOBRE EL AUTOR

John Meade Falkner nació el 5 de mayo de 1858 en el condado de Wiltshire (Inglaterra). Hijo de un clérigo anglicano, se matriculó en Oxford en 1878, ingresando en el Hertford College, el cual le serviría posteriormente de escenario donde ambientar *El Stradivarius perdido*. En 1882 se licenció con un título en Historia Moderna. Tras abandonar la Universidad, se convirtió en tutor de los hijos de Andrew Noble, uno de los principales directivos de la firma de ingeniería, armamento y naviera Armstrong Mitchell (posteriormente, Armstrong Whitworth). Con los años, su vinculación a Noble fue estrechándose y pasó a ser su secretario personal. Posteriormente, entró a formar parte de la empresa y acabaría siendo su director durante una larga etapa.

Falkner desempeñó con gran acierto sus labores al frente de la firma, vendiendo armamento en todo el mundo durante un periodo tan convulso como el que precedió a la I Guerra Mundial. Viajó por numerosos países en calidad de representante de la empresa, realizando una función que tenía parte de agente comercial y parte de diplomático. Su perfil era el adecuado para el puesto, ya que unía a su gran erudición un talante paciente y dialogador. Él, por su parte, se beneficiaba de su actividad viajera al poder ahondar en sus aficiones por la arquitectura, la demonología, la música sacra, los libros viejos y raros (con especial predilección por los misales), los vinos antiguos y, por supuesto, los violines clásicos. Sus investigaciones en la Biblioteca del Vaticano le hicieron acreedor a ser condecorado con una Medalla Pontificia. Sus tratos comerciales, por su parte, no sólo le merecieron la confianza de su empresa, cuyo cargo directivo ostentó hasta 1926, sino que le otorgaron distinciones en Japón, Turquía e Italia.

Falkner publicó sus primeros textos en 1894, con una guía del condado del Oxfordshire donde recogía los puntos de interés turístico, artístico e histórico de la región. En años posteriores publicaría otras aproximaciones de talante similar, dedicadas al Berkshire y Bath, esta última de forma anónima. Su primera novela, *El Stradivarius perdido*, apareció en 1895. Compaginando su vocación literaria con sus obligaciones profesionales, llegaría a completar otras dos novelas a lo largo de su vida: *Moonfleet* (1898), la más famosa de sus obras junto a *El Stradivarius perdido*, y *The Nebuly Coat* (1903), la más ambiciosa. Una cuarta novela en la que estaba trabajando, quedó olvidada en el tren que le trasladaba de casa al trabajo y no pudo recuperarla. Se declaró incapaz de reconstruir el trabajo perdido. En 1916 publicaría en la revista *Cornhill* un relato titulado *Charalampia*, ambientado en la época bizantina. Falkner también escribió versos a lo largo de su vida, pero éstos fueron casi siempre de circulación privada, incluso en la edición póstuma que se hizo de ellos, aunque algunos llegaron a aparecer publicados en el *Spectator*.

John Meade Falkner murió en julio de 1932 en su domicilio de Durham, donde mantuvo su residencia durante los últimos 40 años de su existencia.

La música en el duelo es un cuento fuera de tiempo.

ECLESIÁSTICO 22,6

Carta de la SEÑORITA SOPHIA MALTRAVERS a su sobrino, SIR EDWARD MALTRAVERS, en aquel entonces estudiante en Christ Church, Oxford

Pauncefort Buildings 13, Bath,  
21 de octubre de 1867

MI QUERIDO EDWARD

La última voluntad de tu padre fue que cuando alcanzaras la mayoría de edad se te comunicaran ciertos acontecimientos sucedidos durante los años finales de su vida. Los he puesto por escrito, utilizando en parte como base mis propios recuerdos, que, por desgracia, todavía son demasiado vivos, y en parte también con la ayuda de notas tomadas en el momento de la muerte de mi hermano. Como ya eres adulto, te entrego esta narración. Gran parte de ella me ha resultado extremadamente dolorosa de escribir, pero al mismo tiempo creo que es mejor que oigas la verdad de mí que no a través de confusas historias contadas por otros que no quisieron a tu padre tanto como yo.

Tu tía que te quiere,  
SOPHIA MALTRAVERS

Para Sir Edward Maltravers, Baronet

# LA HISTORIA DE LA SEÑORITA SOPHIA MALTRAVERS

## CAPÍTULO PRIMERO

Tu padre, John Maltravers, nació en 1820 en Worth, y sucedió a nuestro padre, que murió cuando todavía éramos niños. John fue enviado a Eton a su debido momento, y en 1839, con diecinueve años cumplidos, se decidió que asistiera a Oxford. En un principio, la intención era que ingresara en Christ Church; pero el Dr. Sarsdell, que nos visitó en Worth durante el verano de 1839, persuadió al señor Thoresby, nuestro tutor, para que le enviase mejor a Magdalen Hall. El Dr. Sarsdell era precisamente el Director de esa institución, y arguyó que John, que por entonces exhibía ciertos síntomas de debilidad, recibiría una atención más personalizada bajo sus cuidados de la que podría obtener en un colegio de las dimensiones del Christ Church. El señor Thoresby, siempre atento al bienestar de su pupilo, rápidamente descartó otras consideraciones en favor de un acuerdo que consideró favorable para la salud de John, y por lo tanto fue matriculado en Magdalen Hall en el otoño de 1839.

El Dr. Sarsdell no faltó a su promesa de cuidar a mi hermano, y le reservó una habitación excelente en el primer piso, con un dormitorio anexo, orientada hacia New College Lane.

Me saltaré los dos primeros años de residencia de mi hermano en Oxford, porque no tienen nada que ver con la historia que nos ocupa. Sin duda, los pasó en la rutina habitual de trabajo y ocio común en Oxford durante ese periodo.

Desde su más temprana juventud, John se había dedicado apasionadamente a la música, y había conseguido un considerable dominio del violín. En el trimestre de otoño de 1841, trabó amistad con el señor William Gaskell, un estudiante de mucho talento del New College, y también un músico más que aceptable. Por aquel entonces la práctica de la música era mucho menos común en Oxford de lo que es ahora, y no existía ninguna de las asociaciones actuales que tanto hacen para promocionar su estudio entre el alumnado. Fue por tanto motivo de gran alegría para ambos jóvenes, y posteriormente vínculo de gran amistad, el descubrir que uno de ellos estaba tan dedicado al piano como el otro al violín. El señor Gaskell, aunque de situación acomodada, no tenía piano en sus dependencias, y se complacía en utilizar un excelente instrumento de D'Almaine que John había recibido ese trimestre como



regalo de cumpleaños de su tutor.

A partir de aquel momento, ambos estudiantes pasaron mucho tiempo juntos, y entre el trimestre de otoño de 1841 y el trimestre de Pascua de 1842, practicaron diversas partituras en las habitaciones de John, él interpretando la parte del violín y el señor Gaskell la del piano.

Creo que fue en marzo de 1842 cuando John adquirió para sus aposentos un mueble que estaría destinado a desempeñar un papel no carente de importancia en la historia que estoy narrando. Se trataba de una silla de mimbre, grande y baja, del tipo que por entonces se estaba poniendo de moda en Oxford y que ahora, según me dicen, es ya objeto habitual en la mayoría de los dormitorios universitarios. Estaba tapizada de cretona estampada con colores chillones, y se compró nueva a un tapicero del final de High Street.

El tío del señor Gaskell se lo llevó a pasar la Pascua a Roma, y como obtuvo una dispensa especial de la facultad para prolongar sus viajes, no regresó a Oxford hasta que hubieron transcurrido tres semanas del trimestre de verano, con mayo ya avanzado. Tan impaciente estaba por ver a su amigo que no dejó que pasara ni la primera noche tras su regreso para visitar los aposentos de John. Los dos jóvenes estuvieron sentados sin encender las luces hasta bien entrada la noche; el señor Gaskell tenía mucho que contar de sus viajes, y hablaba especialmente de la hermosa música que había oído durante la Pascua en las iglesias romanas. También había recibido lecciones de piano de un alabado profesor de estilo italiano, pero parecía haber encontrado un gozo especial en los compositores del siglo XVII, de cuyas obras se había traído algunas muestras arregladas para piano y violín.

Eran más de las once cuando el señor Gaskell salió para regresar al New College; pero la noche era inusualmente cálida, con la luna casi llena, y John se quedó sentado un rato en su asiento tapizado junto a la ventana abierta, pensando en lo que le habían contado sobre la música de Italia. Como todavía no se sentía inclinado a dormir, encendió una única vela y empezó a dar vueltas a las obras musicales que el señor Gaskell había dejado sobre la mesa. Su atención se sintió especialmente atraída por un libro apaisado, encuadernado en vitela, con un escudo de armas estampado en oro sobre el costado. Era una copia manuscrita de algunas suites antiguas de Graziani para violín y clavicordio, y parecía haber sido escrita en Nápoles en el año 1744, muchos años después de la muerte de ese compositor. Aunque la tinta estaba amarillenta y desvaída, la transcripción era muy precisa, y un músico experto podía leerla con aceptable comodidad, a pesar de la anticuada notación.

Tal vez por accidente, o tal vez debido a alguna dirección misteriosa que nuestra inteligencia es incapaz de apreciar, su ojo fue atrapado por una suite de cuatro movimientos con un *basso continuo*, o bajo continuo, para clavicordio. Las otras suites del libro sólo se distinguían por números, pero a ésta el compositor la había dignificado con el nombre de «l'Areopagita». De forma casi mecánica, John puso el libro sobre el atril, sacó el violín de su funda, y después de afinarlo un momento se

levantó y tocó el primer movimiento, un *Coranto* muy vivaz. La luz de la única vela que ardía sobre la mesa apenas bastaba para iluminar la página; las sombras colgaban de las arrugas de las hojas, que se habían convertido en esos pliegues ondulados que a veces se pueden observar en libros hechos de papel grueso que han estado mucho tiempo cerrados; y fue con dificultad que consiguió leer lo que estaba tocando. Pero sintió el extraño impulso de la música del antiguo mundo espoleándole, y no se detuvo ni siquiera para encender las velas que estaban listas en sus candelabros a cada extremo de la mesa. El *Coranto* fue seguido por una *Sarabanda*, y la *Sarabanda* por una *Gagliarda*. Mi hermano tocaba en pie, con la cara mirando a la ventana, la habitación y la gran silla de mimbre que he mencionado detrás de él. La *Gagliarda* empezaba con un aire enérgico y animado, y mientras tocaba los primeros compases, oyó detrás de sí un crujido en la silla de mimbre. El sonido era perfectamente familiar, el de una persona poniendo la mano en alguno de los brazos de la silla, preparándose para dejarse caer sobre ella, seguido de otro propio de la misma persona que se instala a su gusto en la silla. Pero, excepto por las notas del violín, todo estaba en silencio, y el crujido de la silla era extrañamente inequívoco. La ilusión era tan completa que mi hermano dejó de tocar repentinamente, y se dio la vuelta esperando que algún amigo trasnochador se hubiera deslizado hasta allí sin ser percibido, atraído por el sonido del violín, o que el señor Gaskell mismo hubiera regresado. Al cesar la música, un silencio absoluto se impuso; la luz de la única vela apenas llegaba a los rincones oscuros de la habitación, pero caía directamente sobre la silla de mimbre y revelaba que estaba completamente vacía. Medio divertido, medio irritado consigo mismo por haber interrumpido su música sin razón alguna, mi hermano retomó la *Gagliarda*; pero un impulso le llevó a prender las velas de los candelabros, lo cual proporcionó una iluminación más adecuada para la ocasión. La *Gagliarda* y el último movimiento, un *Minuetto*, llegaron a su fin, y John cerró el libro, con la intención de dirigirse a la cama, debido a la hora tardía. Al cerrar las páginas, un nuevo crujido de la silla de mimbre atrajo su atención, y oyó claramente los sonidos propios de una persona que se levanta de una posición sedente. Esta vez, al verse menos sorprendido, pudo meditar con mayor tranquilidad las posibles causas de tal circunstancia, y rápidamente llegó a la conclusión de que en la silla debía de haber mimbres sensibles a ciertas notas del violín, igual que los ventanales de las iglesias vibran en sintonía con ciertos tonos del órgano. Pero aunque este argumento era aceptado por su razón, su imaginación apenas estaba medio convencida; y no le causaba buena impresión el hecho de que el segundo crujido de la silla hubiera coincidido con el momento en que cerró el libro de música. Inconscientemente, se imaginó algún extraño visitante que esperaba a que terminase la música, y después se marchaba.

Sin embargo, sus conjeturas ni le privaron del sueño ni lo enturbiaron con pesadillas, y despertó a la mañana siguiente con el ánimo más tranquilo y menos inclinado a las imaginaciones fantásticas. Si el extraño episodio de la noche anterior no se había desvanecido completamente de sus pensamientos, parecía al menos estar

plenamente justificado por la explicación acústica a la que he aludido antes. A pesar de que vio al señor Gaskell en el transcurso de la mañana, no creyó necesario mencionarle una circunstancia tan trivial, aunque concertó una cita con él para cenar juntos esa noche en su propia habitación, y para entretenerse ensayando algo de música italiana.

Eran poco más de las nueve esa noche cuando, tras haber terminado la cena, el señor Gaskell se sentó al piano y John sacó su violín. Caía la noche; había habido una tormenta con truenos durante la tarde, y el aire húmedo pendía ahora pesado y denso, mientras reverberaban las lejanas vibraciones de la campana de Christ Church. Estaba tocando las 101 campanadas habituales, que se tocan todas las noches durante el periodo lectivo como señal para el cierre de las puertas de los colegios. Los dos jóvenes se entretuvieron un rato, tocando primero una suite de Cesti, y luego dos antiguas sonatas de Buononcini. Ambos eran músicos suficientemente expertos como para que la lectura fuese más un placer que un esfuerzo; y el señor Gaskell, especialmente, estaba muy versado en teoría musical, y en la correcta interpretación del *basso continuo*. Después de Buononcini, el señor Gaskell tomó la copia apaisada de Graziani, y al hojear sus páginas, propuso que tocaran la misma suite que John había interpretado en solitario la noche anterior. Su elección fue aparentemente fortuita, ya que mi hermano se había reprimido deliberadamente de dirigir su atención en ninguna forma hacia esa pieza. Tocarón el *Coranto* y la *Sarabanda*, y con la singular fascinación de la música, John ya había olvidado por completo el episodio de la noche anterior cuando, al comenzar el aire alegre de la *Gagliarda*, de pronto notó el mismo crujido extraño de la silla de mimbre que había observado en la primera ocasión. El sonido era idéntico, y tan exacto era su parecido al de una persona sentándose, que miró hacia la silla, casi extrañado de que siguiera vacía. Aparte de girar la cabeza durante un instante para echar un vistazo alrededor, el señor Gaskell no dio muestras de haber oído el sonido; y mi hermano, avergonzado de mostrar un interés absurdo o alguna emoción, continuó la *Gagliarda*, con su repetición. A su conclusión, el señor Gaskell se detuvo antes de proceder con el minuetto, y girando la banqueta sobre la que estaba sentado hacia la habitación, observó:

—Qué extraño, Johnnie —pues estos jóvenes se trataban con suficiente familiaridad como para dirigirse el uno al otro con un estilo coloquial—. ¡Qué extraño! Me pareció oír a alguien sentarse en esa silla cuando empezamos la *Gagliarda*. Eché un vistazo porque esperaba ver que había venido alguien. ¿Tú no has oído nada?

—Ha sido únicamente un crujido de la silla —contestó mi hermano, aparentando una indiferencia que apenas sentía—. Parece que hay algún segmento del tejido de mimbre que está en sintonía con las notas musicales y responde a ellas; continuemos con el *Minuetto*.

Tan pronto terminaron la suite, el señor Gaskell pidió una repetición de la *Gagliarda*, cuya tonada le había encandilado. Como el reloj ya había llegado a las

once, decidieron no tocar más esa noche; el señor Gaskell se levantó, apagó los candelabros, cerró el piano y dejó la música aparte. Mi hermano me ha asegurado muchas veces que estaba preparado para lo que vino a continuación, y que casi lo estaba esperando; pues tan pronto como dejaron a un lado los libros, se pudo oír un crujido en la silla de mimbre, similar en todo al que había oído cuando dejó de tocar la noche anterior. Hubo un silencio momentáneo; los jóvenes se miraron involuntariamente, y entonces el señor Gaskell dijo:

—No entiendo el crujido de esa silla; nunca había hecho ese ruido, con toda la música que hemos tocado. Puede que esté imaginando cosas debido a la emoción de las bellas melodías que hemos oído esta noche, pero tengo la impresión, que no puedo disipar, de que ha habido algo sentado y escuchándonos todo el tiempo, y que ahora que el concierto ha terminado se ha levantado y se ha ido.

Había un aire de sorna en sus palabras, pero su tono no era tan jovial como lo habría sido normalmente, y era evidente que no se encontraba cómodo.

—Volvamos a ensayar la *Gagliarda* —dijo mi hermano—. Es la vibración de las notas de apertura la que afecta a los mimbres, y veremos si el ruido se repite.

Pero el señor Gaskell se excusó de probar el experimento, y después de una conversación dispersa, a la cual resultaba evidente que ninguno de los dos prestaba atención, se marchó de regreso al New College.

## CAPÍTULO 2

No te aburriré, mi querido Edward, relatando experiencias similares que se produjeron casi todas las ocasiones en que los jóvenes se reunieron por la noche para tocar música. La repetición del fenómeno les había acostumbrado a esperarlo. Ambos declaraban estar convencidos de que era atribuible a afinidades acústicas de la vibración entre el mimbre y ciertas cuerdas del piano, y en verdad ésta parecía la única explicación posible. Pero, al mismo tiempo, la semejanza de los ruidos con los provocados por una persona que se sienta o se levanta de una silla era tan señalada, que incluso su frecuente reiteración no dejaba de producirles una extraña impresión. Se sentían reticentes a mencionar la cuestión a sus amigos, en parte por temor a que se rieran de ellos, y en parte para evitarse ridiculizar una circunstancia a la que ambos, tal vez a pesar de sí mismos, habían otorgado cierto grado de importancia. La experiencia pronto les convenció de que el primer ruido de alguien sentándose nunca se producía a menos que se tocara la *Gagliarda* de la «Areopagita», y que una vez que se había oído este ruido, el segundo sólo llegaba cuando dejaban de tocar durante esa noche. Se reunían cada noche, alargándose durante los atardeceres crecientes del verano, y cada noche, como por un acuerdo tácito, tocaban la suite «Areopagita» antes de separarse. Con los compases iniciales de la *Gagliarda*, el crujido de la silla se producía espontáneamente con la mayor regularidad. Raras veces hablaban del tema, incluso entre ellos; pero una noche, cuando John estaba guardando su violín después de una larga velada de música sin haber tocado la «Areopagita», el señor Gaskell, que se había levantado del piano, volvió a sentarse como dominado por un impulso repentino y dijo:

—Johnnie, no guardes todavía el violín. Son casi las doce y me van a dejar fuera, pero no puedo parar esta noche sin haber tocado la *Gagliarda*. Imagínate que todas nuestras teorías sobre la vibración y la afinidad están equivocadas, imagínate que realmente hay un extraño visitante que viene todas las noches para oírnos, una pobre criatura cuyo corazón está atado a esa melodía; ¿no sería cruel hacerle marchar sin haber oído esa pieza que tanto parece deleitarle? No seamos groseros, demos satisfacción a su capricho; toquemos la *Gagliarda*.

La tocaron con más vigor y precisión de lo habitual, y el sonido ya acostumbrado de alguien que tomaba asiento se oyó en seguida. Fue esa noche cuando mi hermano, que miraba fijamente la silla, vio, o creyó ver, una ligera oscuridad, una penumbra, neblina o sutil vapor que, mientras lo miraba, parecía luchar por tomar forma humana. Dejó de tocar durante un instante y se frotó los ojos, pero al hacerlo desapareció toda borrosidad y vio la silla perfectamente vacía. El pianista también se detuvo al pararse el violín, y preguntó qué le ocurría.

—Es sólo que tengo los ojos borrosos —contestó.

—Ya hemos tenido suficiente por esta noche —dijo el señor Gaskell—. Dejémoslo. Me van a dejar en la calle.

Cerró el piano, y mientras lo hacía, el reloj de la torre del New College dio las doce. Abandonó la habitación corriendo, pero llegó lo bastante tarde como para que dieran parte de él y le castigaran con una multa por llegar a esas horas, además de confinarle durante una semana en el colegio; pues estar en la calle después de medianoche se consideraba una falta de cierta gravedad, al menos en aquella época.

Así que durante algunos días la práctica musical fue obligatoriamente interrumpida, pero se reanudó la primera noche después de que expirase el periodo de confinamiento del señor Gaskell. Tras haber interpretado varias suites de Graziani, para terminar como de costumbre con la «Areopagita», el señor Gaskell se quedó sentado durante un rato ante su instrumento, como si meditara, y entonces dijo:

—No puedo expresar hasta qué punto me afecta esta música antigua. Hay quien intentaría persuadirnos de que estas suites, cuyas tonadas llevan los nombres de diferentes bailes, fueron escritas más bien como ensayos musicales y con intenciones interpretativas que para que la gente las bailara, como sus nombres dan a entender. Pero creo que esos críticos se equivocan, al menos en algunos aspectos. Me resulta imposible creer que una melodía como, por ejemplo, la *Giga* de Corelli, que hemos tocado, no fuera escrita con la intención real de que fuera bailada. Uno casi puede oír el golpeteo de los pies sobre el suelo, y me imagino que en la época de Corelli la práctica de la danza, aunque en ningún modo inferior en gracia, tenía más del carácter tripudístico o rítmico del que ahora se estima procedente en una correcta interpretación de baile de salón. La *Gagliarda*, que ahora tocamos constantemente, también posee el poder singular de ayudar a la imaginación a retratar o reproducir tales escenas como las que sin duda antiguamente animaba. No sé por qué, pero en mi cabeza se identifica constantemente con cierto jolgorio que he visto tal vez en un cuadro, en el que varias parejas bailan de forma licenciosa en un largo salón iluminado por una cantidad de candelabros de plata del modelo vulgar que era común a finales del siglo XVII. Probablemente sea una reminiscencia de mi pasada excursión la que otorga a estos bailarines piel aceitunada, pelo oscuro y ojos brillantes de tipo italiano; y llevan vestidos de tejidos extremadamente ricos y dibujo sofisticado. La imaginación es tan caprichosa que me pinta el carácter de la sala misma, que tiene una arcada a lo largo de un solo lado, perteneciente al fantástico y paganizado Gótico del Renacimiento. Al extremo hay una galería o balconada para los músicos, que en su cóncavo frontal tiene un florido escudo de armas de alguna heráldica extranjera. El escudo lleva, sobre un campo oro, la cabeza de un querubín soplando sobre tres lirios, un blasón que sin duda he visto en alguna parte durante mis viajes, aunque no consigo recordar dónde. Esta escena, digo, está tan relacionada en mi cerebro con la *Gagliarda*, que apenas suenan sus primeras notas se aparece ante mis ojos con una viveza que aumenta cada día. Las parejas avanzan, toman sus posiciones y se retiran, utilizando gestos libres y licenciosos que mi imaginación debería avergonzarse de recordar. Entre tantos extranjeros, la fantasía retrata, no tengo ni la más remota idea de por qué, la presencia de un joven con una cara de aspecto inglés, cuyos rasgos, sin

embargo, siempre eluden los intentos de mi mente por fijarlos. Creo que el tema de apertura de esta *Gagliarda* es una composición superior al resto de ella, pues la visión del antiguo jolgorio sólo se me aparece durante los dieciséis primeros compases. Con la última nota del decimosexto compás, un velo se corre ante la escena, y casi con una sensación de cierta catástrofe, se desvanece. Esto lo atribuyo al hecho de que el segundo tema debe de ser inferior en concepto al primero, y que por alguna razón de incongruencia destruye el tejido que la fascinación del precedente había urdido.

Mi hermano, aunque escuchó con interés lo que dijo el señor Gaskell, no contestó, y no se siguió debatiendo el asunto.

## CAPÍTULO 3

Fue en el mismo verano de 1842, hacia mediados de junio, cuando mi hermano John me escribió invitándome a acudir a Oxford para las festividades de la Conmemoración. Yo había pasado algunas semanas con la señora Temple, una prima lejana nuestra, en su casa de Royston, en Derbyshire, y John estaba deseoso de que la señora Temple viniera a Oxford e hiciera de acompañante para su hija Constance y para mí en los bailes y las otras actividades que tienen lugar al término del trimestre de verano. Debido a que Royston estaba a unas doscientas millas de Worth Maltravers, nuestras familias se habían visto poco, pero durante mi visita había llegado a apreciar a la señora Temple, una dama de carácter singularmente amable, y había establecido devotos lazos con su hija Constance. Constance Temple tenía dieciocho años de edad, y a su gran belleza unía las virtudes intelectuales y rasgos de temperamento excelentes que siempre deben ser considerados por las personas razonables más duraderamente valiosos que el mayor atractivo personal. Era muy culta e inteligente, y se había educado en los principios de la verdadera religión que siempre siguió con la devota consistencia del auto-sacrificio y la piedad resignada a lo largo de su vida demasiado corta. En persona, debo recordártelo, mi querido Edward, ya que la muerte se la llevó años antes de que pudieras apreciar su apariencia o sus cualidades, era alta, con el rostro más bien largo y ovalado, y cabello y ojos castaños.

La señora Temple aceptó con presteza la invitación de Sir John Maltravers. Nunca había estado en Oxford, y le agradó concedernos el placer de una excursión tan deliciosa. John nos había reservado el alojamiento adecuado encima del taller de un conocido impresor de High Street, y llegamos a Oxford la noche del viernes 18 de junio de 1842. No te entretendré con las variadas festividades de la Conmemoración, que probablemente hayan cambiado poco desde aquellos días, y con las cuales estás familiarizado. Baste decir que mi hermano nos había reservado entrada para todas las diversiones, y que disfrutamos de nuestra visita como sólo los jóvenes, con su aguda sensibilidad y sus placeres aún no embotados, lo pueden hacer. No pude evitar observar que John se sintió muy afectado por los atractivos de la señorita Constance Temple, y que ella, por su parte, aunque no exhibió ningún descaro inapropiado, ciertamente no manifestó aversión hacia él. Yo me sentí muy feliz tanto con mis propios poderes de observación, que me habían permitido descubrir un dato tan importante, como con la circunstancia en sí misma. Para una muchacha romántica de diecinueve años, ya era hora más que sobrada de que el hermano de veintidós estuviera como mínimo preparando algún proyecto matrimonial; y mi amiga era tan buena y tan bella que parecía imposible que yo pudiera conseguir una hermana más adorable o mi hermano una esposa mejor. La señora Temple no podía negar su aprobación a este plan; pues si sus cualidades espirituales parecían notablemente compatibles, además John era el legítimo señor de Worth Maltravers, y la hija de ella



la única heredera de las propiedades de Royston.

Las festividades de la Conmemoración terminaron la noche del miércoles con un gran baile en el Salón de Música de Holywell Street. El baile lo daba una Logia de Francmasones de la Universidad, y John asistió con el señor Gaskell, al cual habíamos conocido con gran satisfacción, ambos vestidos con pañuelos de seda azules y pequeños mandiles blancos. Nos presentaron a muchos de sus amigos, engalanados de forma similar, y tan importantes y misteriosas insignias no desentonaban con sus jóvenes figuras y sus rostros juveniles. Después de un largo y divertido programa, se decidió que deberíamos prolongar nuestra visita hasta la noche siguiente, para abandonar Oxford a las diez y media de la noche y trasladarnos a Didcot, donde nos uniríamos al correo del oeste. A la mañana siguiente nos levantamos tarde, y pasamos el día vagando por las viejas facultades y jardines de la más hermosa de las ciudades inglesas. A las siete en punto cenamos juntos por última vez en nuestro alojamiento de High Street, y mi hermano propuso que antes de partir disfrutáramos del exquisito atardecer en los jardines del St. John's College. Aceptamos de inmediato, y nos dirigimos hacia allí, John caminando delante junto a Constance y la señora Temple, y yo detrás, con el señor Gaskell. Mi acompañante me explicó que estos jardines se consideraban los más hermosos de la Universidad, pero que bajo circunstancias ordinarias no se permitía a los extraños pasear por ellos durante el atardecer. Entonces citó una frase en latín sobre «aurum per medios ire satellites», ante la cual sonreí como si la entendiera, y en realidad de ella deduje que John había sobornado al portero para que nos admitiese. Era una noche cálida y muy tranquila, sin luna, pero con una luz mortecina suficiente como para mostrar los contornos del frontal del jardín. Esta larga y baja línea de edificios construida durante el reinado de Carlos I era tan exquisitamente hermosa que nunca la olvidaré, aunque desde entonces no he vuelto a ver las ventanas de sus miradores y sus muros cubiertos de enredaderas. Un pesado rocío empapaba el ancho césped, y al principio caminamos sólo por los senderos. Nadie hablaba, pues nos sentíamos abrumados por la belleza de la escena, y por la tristeza que la inminente separación de los amigos y de un lugar tan hermoso se habían combinado para provocar. John llevaba todo el día en silencio y deprimido, y tampoco el señor Gaskell se sentía muy inclinado a la conversación. Constance y mi hermano se rezagaron un poco, y el señor Gaskell me pidió que cruzara el césped si no tenía miedo del rocío, y que así podría ver el frontal del jardín desde un lugar privilegiado, en la esquina. La señora Temple nos aguardó en el sendero, pues no deseaba mojarse los pies. El señor Gaskell me señaló las bellezas de la perspectiva que se veía desde ese punto elevado, y tuvimos la suerte de oír el dulce descenso de los ruiseñores por los que este jardín siempre ha sido famoso. Mientras permanecíamos a la escucha en silencio, se encendió una vela en un pequeño mirador al extremo, y la luz que mostraba la tracería de la ventana añadió algo de pintoresco a la escena.

Antes de que pasara una hora, estábamos en un landó que atravesaba los paseos

todavía cálidos hasta Didcot. Había visto que la separación de Constance y mi hermano había resultado emotiva, y no estoy segura de que a ella no se le resbalaran las lágrimas al menos durante una parte de nuestro viaje; pero no me fijé en ella con demasiada atención, pues tenía los pensamientos en otra parte.

Aunque cada instante nos alejaba de la ciudad dormida, donde nuestros corazones se habían quedado atrapados, tengo la misma sensación que si yo hubiera sido testigo personal de los incidentes que voy a relatar, tan a menudo los he oído de labios de mi hermano. Los dos jóvenes, después de separarse de nosotras en High Street, regresaron a sus respectivos colegios. John llegó a sus habitaciones poco después de las once en punto. Se sentía al mismo tiempo triste y feliz; triste por nuestra partida, pero feliz por el nuevo mundo de goce que su admiración por Constance Temple había abierto ante él. Estaba, de hecho, profundamente enamorado de ella, y el torrente de una pasión desconocida hasta entonces le anegaba con una emoción tan abrumadora que su vida ordinaria parecía transfigurarse. Se movía, por así decirlo, en un éter superior de nuestra atmósfera mortal, y un nuevo territorio de importantes decisiones y nobles posibilidades se extendía ante sus ojos. Cerró con firmeza la pesada puerta exterior (a la que llamaban «roble») para impedir que entrara alguien y se arrojó sobre el asiento de la ventana. Allí permaneció largo rato, con el marco levantado y la cabeza asomada, pues se sentía emocionado y febril. Su exaltación mental era tan grande y sus pensamientos de un interés tan absorbente que no se dio cuenta de la hora, y luego sólo recordaba que le llegó el olor de las lilas desde un pequeño macizo de enfrente, y que un murciélago subió y bajó describiendo círculos sobre el paseo, hasta que oyó que los relojes daban las tres. Al mismo tiempo, la pálida luz del alba se dejó sentir de forma casi imperceptible; las estatuas clásicas del tejado de la escuela empezaron a recortarse contra el cielo blanco, y un débil resplandor penetró en la habitación a oscuras. Refulgó sobre la tapa barnizada de la funda del violín sobre la mesa, y sobre una jarra de agua con tostadas que dejaba allí su criado o sirviente en el colegio cada noche antes de marcharse. Bebió un vaso de la mezcla, y ya se dirigía hacia la puerta de su dormitorio cuando le sobrevino un pensamiento repentino. Se dio la vuelta, sacó el violín de su funda, lo afinó, y empezó a tocar la suite «Areopagita». Era consciente de esa claridad mental y ese vigor que no es infrecuente que acudan con el alba a aquellos que han permanecido toda la noche en vigilia o dedicados a la lectura: y sus pensamientos estaban exaltados por el efecto que la primera conciencia de una pasión profunda provoca sobre las mentes imaginativas. Nunca había tocado la suite con más energía; y las tonadas, incluso sin la parte del piano, parecían cargadas de un significado que anteriormente no había entendido. Cuando empezó la *Gagliarda*, oyó crujir la silla de mimbre; pero le daba la espalda, y el sonido ya era demasiado familiar para hacer que se molestase ni siquiera en dar la vuelta. No fue hasta que empezó a tocar la repetición que notó una nueva y sobrecogedora sensación. Al principio fue la vaga impresión, que tan a menudo hemos experimentado todos, de no estar solo. No dejó de tocar, y en escasos

segundos el sentimiento de que había una presencia en la habitación distinta de la suya propia se hizo tan fuerte que llegó a tener miedo de volver la vista. Pero al instante sintió que tenía que ver qué o quién era esa presencia a toda costa. Sin detenerse, medio se volvió y medio miró por encima del hombro. La luz plateada del alba inundaba la habitación, haciendo que los diversos objetos pareciesen de un color menos brillante del habitual, y dándole a todo un tinte neutro de color gris perlado. Bajo esta luz fría pero clara vio sentada en la silla de mimbre la figura de un hombre.

Con la primera impresión violenta de un descubrimiento tan aterrador, no pudo apreciar detalles tales como sus rasgos, su vestimenta o su apariencia. Simplemente era consciente de que con él, en una habitación cerrada de la cual sabía que era el único habitante humano, se sentaba algo que tenía una apariencia humana. Lo miró durante un instante con la esperanza, que sintió era vana, de que se esfumara y resultase ser un fantasma de su imaginación excitada, pero siguió allí sentado. Entonces mi hermano soltó el violín, y solía asegurarme que le dominó un terror de tal intensidad como jamás hubiera creído posible experimentar. Si la imagen que vio era subjetiva u objetiva, no puedo afirmarlo: tú estarás en posición de juzgarlo por ti mismo cuando hayas terminado este relato. Nuestra limitada experiencia nos llevaría a creer que fue un fantasma conjurado por alguna alteración extraña de su cerebro; pero de buena gana admitimos que ciertamente existen fenómenos en la naturaleza que desafían a la razón humana; y es posible que, por algún propósito oculto de la Providencia, se pueda conceder permiso ocasionalmente a los que han abandonado esta vida para asumir de nuevo durante un tiempo la forma de su soporte terrenal. Debemos, digo, contentarnos con suspender nuestro juicio sobre semejantes asuntos; pero en este caso el curso subsiguiente de los acontecimientos es muy difícil de explicar, excepto por la suposición de que entonces se presentó ante los ojos de mi hermano la verdadera forma corpórea de alguien fallecido mucho antes. El horror que se apoderó de él se debía, me dijo más de una vez al analizar sus sentimientos mucho después, a dos razones predominantes. Primero, sintió la confusión mental que acompaña a la repentina alteración de las teorías preconcebidas, la repentina modificación de largos hábitos, o incluso el acontecer de cualquier circunstancia fuera de la rutina de nuestra experiencia diaria. Esto lo he comprobado yo misma en el efecto perturbador que una muerte repentina, un accidente doloroso, o en años recientes la declaración de guerra, han ejercido sobre cualquier espíritu, excepto los más letárgicos o los más decididos. En segundo lugar, experimentó la profunda autodegradación o aniquilación mental provocada por casi concebir a un ser de un orden superior. En presencia de una existencia que mostraba, en verdad, apariencia humana, pero cuyos atributos eran ampliamente distintos y superiores a los suyos, sintió combinadas la misma admiración y repulsión que incluso los animales salvajes más nobles muestran cuando se enfrentan por vez primera al hombre. La impresión fue tan grande que estoy persuadida de que ejerció un efecto sobre él del cual nunca se recuperó por completo.

Después de un intervalo que le pareció interminable, aunque sólo duró un segundo, volvió los ojos una vez más hacia el ocupante de la silla de mimbre. Sus facultades se habían recuperado lo suficiente de la primera impresión para permitirle ver que la figura correspondía a un hombre de unos treinta y cinco años de edad y de apariencia todavía juvenil. La cara era larga y ovalada, el pelo castaño, y peinado de forma que dejaba despejada una frente excepcionalmente alta. Su piel era muy pálida o exangüe. Estaba bien afeitado, y su boca finamente trazada, de labios apretados, mostraba algo parecido a una sonrisa burlona. Su expresión general era poco agradable, y desde el principio mi hermano intuyó que se hallaba presente alguna influencia maligna y perversa. Sus ojos no eran visibles, pues los mantenía mirando hacia abajo, la cabeza descansando sobre la mano con la actitud de alguien que escucha. Su rostro e incluso sus ropas quedaron tan grabados en la mente de John, que no tuvo ninguna dificultad en recordarlos con la imaginación; y él y yo tuvimos con posterioridad ocasión de verificarlos de forma inequívoca. Llevaba una levita larga de tela verde con bordados dorados, y un chaleco de satén blanco adornado con ramas de rosas, una corbata de ricos encajes, calzones de seda de ante, y medias de lo mismo. Sus zapatos eran de cuero negro pulido con pesadas hebillas plateadas, y sus ropas en general recordaban las que se llevaban hace un siglo. Mientras mi hermano le miraba, se levantó, poniendo las manos sobre los brazos de la silla para elevarse, y ocasionando el crujido que tantas veces habían oído. Las manos llamaron la atención de mi hermano: eran muy blancas, con los largos y delicados dedos de un músico. Mostró una altura considerable; y manteniendo todavía los ojos dirigidos hacia el suelo, caminó con paso ordinario hacia el final de la librería que había en el extremo de la habitación más alejado de la ventana. Alcanzó la librería, y entonces John lo perdió de vista repentinamente. La figura no se desvaneció paulatinamente, sino que se apagó como si fuera la llama de una vela repentinamente extinguida.

Ahora la habitación estaba llena de la clara luz de la mañana estival: la visión completa había durado apenas unos segundos, pero mi hermano sabía que no había posibilidad de que se hubiera equivocado, que el misterio de la silla crujiente había sido resuelto, que había visto al hombre que había venido una noche tras otra durante el mes pasado para escuchar el ritmo de la *Gagliarda*. Terriblemente afectado, se sentó durante un rato, temiendo y deseando al mismo tiempo el regreso de la figura; pero todo permaneció inmutable: no vio nada, ni se atrevió a arriesgar su reaparición tocando de nuevo la *Gagliarda*, que parecía ejercer tan extraña atracción sobre él. Por último, bajo la plena luz de una mañana de finales de junio en Oxford, oyó los pasos de los primeros peatones sobre el pavimento bajo sus ventanas, el grito de un lechero, y otros sonidos que mostraban que el mundo despertaba.

Eran las seis pasadas, y en su dormitorio se arrojó sobre la cama sin deshacer para disfrutar de una hora de sueños atormentados.

## CAPÍTULO 4

Cuando su criado le llamó hacia las ocho en punto, mi hermano envió una nota al señor Gaskell en el New College, rogándole que acudiera a Magdalen Hall tan pronto como fuera posible en el transcurso de la mañana. Su convocatoria fue atendida en seguida, y el señor Gaskell estaba a su lado antes de que hubiera terminado el desayuno. Mi hermano seguía muy alterado, y al instante le contó lo que había ocurrido la noche anterior, detallando las diversas circunstancias con precisión, y sin ocultarle los sentimientos que albergaba hacia la señorita Constance Temple. Al describir la aparición que había visto en la silla, su excitación fue tan excesiva que tuvo dificultades para controlar la voz.

El señor Gaskell le escuchó con mucha atención, y no replicó en seguida una vez que John terminó su relato. Por último dijo:

—Supongo que muchos amigos considerarían adecuado fingir, aunque no la sintieran, incredulidad por lo que acabas de contarme. Podrían considerar más prudente intentar disipar tus temores persuadiéndote de que lo que has visto no era una realidad objetiva, sino simplemente el fantasma de una imaginación excitada; que si no hubieras estado enamorado, no te hubieras quedado en vela toda la noche, y que si no hubieras sobrecargado de esta manera tus energías físicas, no habrías visto ninguna visión. No lo discutiré, pues estoy tan convencido como del hecho de que estoy sentado aquí, de que todas las noches que hemos tocado la suite llamada «Areopagita», ha habido alguien escuchándonos, y que por fin has tenido la fortuna o la desgracia de verle.

—No digas la fortuna —dijo mi hermano—; pues tengo la sensación de que nunca me recuperaré de la impresión de anoche.

—Es bastante probable —contestó el señor Gaskell, con tranquilidad—. Pues igual en la historia de la raza que en la del individuo, la cultura mayor y la más exquisita susceptibilidad mental necesariamente disminuyen el valor bruto y los poderes de resistencia que observamos en los salvajes, de manera que cualquier visión sobrenatural como la que acabas de contemplar se obtiene al coste de una reacción física. Desde la primera noche que tocamos esta música, y oímos los ruidos que reproducían tan fielmente cómo una persona se sienta y se levanta, he tenido el convencimiento de que causas distintas de las que normalmente llamamos naturales intervenían aquí, y que estábamos próximos a la manifestación de algún fenómeno extraordinario.

—No termino de comprender lo que quieres decir.

—Quiero decir —prosiguió— que este hombre o espíritu de un hombre ha estado sentándose aquí noche tras noche, y que no hemos sido capaces de verle, porque nuestras mentes son torpes y obtusas. Anoche, la fuerza sublimadora de una fuerte pasión, tal como la que me has confiado, combinada con el poder de la bella música, exaltaron tanto tu mente que te viste dotado, por así decirlo, de un sexto sentido, y de

pronto fuiste capaz de ver lo que anteriormente había sido invisible. La música, creo, es la clave de este sexto sentido. En la actualidad estamos apenas en el umbral de un conocimiento tal de ese arte que nos capacitará para usarlo finalmente como el mayor de los agentes humanizadores y educativos. La música demostrará ser una escalera hacia las regiones más elevadas del pensamiento; en verdad hace tiempo que he descubierto por mí mismo que no puedo alcanzar los límites superiores de mi poder intelectual excepto cuando oigo buena música. Todos los poetas, y la mayoría de los escritores en prosa, te dirán que sus pensamientos nunca se ven tan exaltados, su sentido de la belleza y la proporción tan ajustado, como cuando escuchan ora la música artificial hecha por el hombre, ora algunos de los tonos más grandiosos de la naturaleza, tales como el rugido de un océano, o el suspiro del viento en un macizo de abetos. Aunque a menudo me he sentido en tales ocasiones al borde de algún descubrimiento mental de orden superior, y aunque una mano se ha estirado como si fuera a apartar el velo, nunca se me ha concedido mirar al otro lado. Sin duda, esto es lo que anoche se te ha permitido a ti en cierta medida. Probablemente tocaste la música con una intuición más profunda que de costumbre, y esto, combinado con la emoción bajo la que ya estabas trabajando, te elevó por un instante hasta el tono requerido de exaltación mental.

—Es cierto —dijo John— que nunca había sentido la melodía tan profundamente como cuando la toqué anoche.

—Exacto —contestó su amigo—; y probablemente hay algún vínculo entre esta tonada y la historia del hombre que viste anoche; algún poder fatal hay en ella que posibilita que ejerza una atracción sobre él incluso después de la muerte. Pues debemos recordar que la influencia de la música, aunque siempre es poderosa, no es siempre para bien. No podemos dudar que igual que ciertas formas de música tienden a elevarnos sobre la sensualidad de los animales, o la pasión más degradante del lucro material, y a transportarnos al éter del pensamiento superior, también otras formas están calculadas directamente para despertar en nosotros emociones lujuriosas, y para alimentar los apetitos sensuales que es misión del filósofo no aniquilarlos o avergonzarse de ellos, sino mantenerlos rígidamente a raya. Esta capacidad de la música para producir el mal tanto como el bien la he visto reflejada, y muy felizmente expresada, en unos hermosos versos del señor Keble que acabo de leer:

*Detén, extraño, detén esas notas embrujadas,  
El arte de los coros de sirena;  
Silencia la voz seductora que flota  
Sobre los hilos temblorosos.  
El poder etéreo de la música fue otorgado  
No para disolver nuestro barro,  
Sino para atraer rayos prometeicos del cielo  
Que purguen la escoria.*

—Un poema excelente —dijo mi hermano—, pero no veo cómo aplicar tu argumento al caso presente.

—Lo que quiero decir —contestó el señor Gaskell— es que tengo pocas dudas de que la melodía de esta *Gagliarda* está de alguna forma conectada con la vida del hombre que viste anoche. No es improbable, tampoco, que fuera una de sus canciones favoritas mientras existía en carne y hueso, o incluso que estuviera siendo tocada por él mismo o por otros en el momento de alguna crisis dentro de su historia. Es posible que tal conexión se deba simplemente al placer inocente que la melodía le proporcionaba en vida; pero la naturaleza de la música misma, y un efecto peculiar que tiene sobre mis propios pensamientos, me inducen a creer que estuvo asociada con alguna ocasión en la que cayó presa de un gran pecado o en que algún destino maligno, quizás incluso la misma muerte, le sobrevino. Recordarás que te he dicho que esta melodía me trae a la mente cierta escena de jolgorio italiana en la cual participa un inglés. Es cierto que nunca he podido concretar sus rasgos en mi cabeza, y ni siquiera he podido decir exactamente cómo iba vestido. Pero ahora un instinto me dice que es el mismo hombre a quien viste anoche. No nos corresponde a nosotros desentrañar el misterio que oculta de nuestros ojos los secretos de una existencia tras la muerte; pero me cuesta creer que un espíritu completamente en paz sintiera tan profundamente el poder de una melodía, hasta el punto de verse atraído de regreso a sus viejos territorios como un perro que acude al silbido del amo. Es más probable que haya alguna historia maligna relacionada con el asunto, y esto, creo, deberíamos tenerlo en cuenta si queremos dilucidarlo.

Cuando mi hermano asintió, el señor Gaskell prosiguió.

—Cuando este hombre te dejó, Johnnie, ¿se fue caminando hasta la puerta?

—No; se acercó hasta la pared, y cuando llegó al extremo de la librería le perdí de vista.

El señor Gaskell fue a la librería y miró por un momento los títulos de los libros, como si esperase ver algo en ellos que le ayudara en sus indagaciones; pero al no encontrar ninguna pista aparente, dijo:

—Ésta será la última vez que nos veamos en tres meses o más; toquemos la *Gagliarda* y veamos si hay alguna respuesta.

Al principio, mi hermano no quiso saber nada de ello, y mostró un vivo temor ante la posibilidad de que reapareciese la figura que había visto: en realidad, sentía que semejante acontecimiento probablemente le precipitaría a un estado de grave desorden físico. El señor Gaskell, sin embargo, le insistió, asegurándole que el hecho de que ya no estuviera solo debería disipar en gran medida cualquier miedo por su parte, y recordándole que ésta sería la última oportunidad que tendrían de tocar juntos en varios meses.

Claudicando por último, mi hermano tomó el violín, y el señor Gaskell se sentó al piano. John estaba muy alterado, y cuando comenzó la *Gagliarda* sus manos temblaban tanto que apenas era capaz de tocar la tonada. El señor Gaskell también

mostraba cierto nerviosismo, y no tocaba con su corrección habitual. Pero por vez primera falló el encantamiento: ningún ruido acompañó a la música, ni tampoco ocurrió nada de carácter extraordinario. Repitieron la suite completa, pero con resultados similares.

Ambos se sintieron sorprendidos, pero ninguno pudo ofrecer una explicación. Mi hermano, que al principio había temido intensamente que se repitiera la visión, ahora se sentía casi decepcionado de que no hubiera ocurrido; tan rápidamente cambia el humor de un hombre.

Después de seguir conversando un rato, los jóvenes partieron para las largas vacaciones. John regresó a Worth Maltravers y el señor Gaskell a Londres, donde pasaría unos días antes de dirigirse a su casa en Westmoreland.



## CAPÍTULO 5

John pasó casi todas las vacaciones de verano en Worth Maltravers. Estaba impaciente por hacer una visita a Royston; pero la prolongada y grave enfermedad de la hermana de la señora Temple la había llevado a ella y a Constance a Escocia, donde permanecieron hasta que la muerte de su pariente les permitió regresar a Derbyshire a finales de otoño. John y yo nos habíamos criado juntos desde la infancia. Cuando él estaba en Eton, siempre habíamos pasado las vacaciones en Worth, y después de la muerte de mi querida madre, cuando nos quedamos solos, los lazos de nuestro amor se estrecharon aún más de forma natural. Incluso después de que mi hermano fuera a Oxford, en un momento en que la mayoría de los jóvenes se sienten ansiosos por disfrutar de una recién descubierta libertad, el ardiente afecto de John por mí y por Worth Maltravers le retuvo en casa; y en numerosas ocasiones se complació en hacerme partícipe de sus pensamientos y de sus alegrías. Estas largas vacaciones de 1842 fueron, creo, las más felices de nuestras vidas. En mi caso, sé que lo fueron, y creo que también fueron felices para él; pues nadie podía suponer que la pequeña nube que se veía en la distancia como la mano de un hombre iba posteriormente a levantarse y oscurecer todos sus días posteriores. Fue un verano de sol brillante y continuo; muchos de los mayores decían que no podían recordar una estación tan maravillosa, y tanto la fruta como las cosechas fueron abundantes. John contrató un pequeño yate, el *Palestino*, que atracaba en nuestro pequeño puerro de Encombe, y en el cual él y yo hicimos muchas excursiones, visitando Weymouth, Lyme Regis, y otros lugares de interés de la costa sur.

Durante aquel verano, mi hermano me confió dos secretos: su amor por Constance Temple, que en realidad no era ningún secreto, y la historia de la aparición que había visto. Esta última me llenó con un miedo y un pavor indescriptibles. Parecía cruel y antinatural que una influencia tan oscura y misteriosa irrumpiese en nuestra luminosa vida, y desde el principio tuve una impresión que no pude sacudirme, la de que semejante aparición o trato con un espíritu incorpóreo debía presagiar desgracias, si no algo peor, para el que la viera u oyera. Nunca se me ocurrió discutir o dudar de la realidad de la visión; él creía que la había visto, y su convencimiento bastaba para convencerme a mí. Según me dijo, su intención había sido no contárselo a nadie, y en ese sentido había hecho una promesa al señor Gaskell; pero creo que no podía soportar ocultar semejante cuestión dentro de su pecho, y antes de que se cumpliera la primera semana de su regreso, me convirtió en su confidente. Recuerdo, mi querido Edward, el aspecto que tenía todo aquella triste noche en que por vez primera me contó el secreto que con posterioridad resultó ser tan terrible. Habíamos cenado solos, y se había sentido melancólico y deprimido toda la noche. Era una noche gélida, con una brisa que llegaba desde el mar. La luna mostraba la apariencia mellada y deformada que adopta uno o dos días después de estar llena, y la humedad del aire la rodeaba con un halo tormentoso. Habíamos salido por

los ventanales del comedor hasta la pequeña terraza que miraba hacia Smedmore y Encombe. Los arbustos glaucos que crecían entre las balaustradas estaban húmedos y goteaban con el aliento salado del mar, y podíamos oír las olas que llegaban hasta la ensenada desde el oeste. Después de permanecer en pie durante un minuto, sentí frío, y sugerí que volviésemos a la sala de billar, donde siempre había encendido un fuego, excepto en las noches más cálidas.

—No —dijo John—. Quiero contarte algo, Sophy.

Y entonces seguimos caminando hasta el viejo embarcadero de verano. Allí me lo contó todo. No puedo describirte mis sentimientos de angustia y horror cuando me habló de la aparición del hombre. El interés del relato era tan absorbente que no noté el paso del tiempo, ni el frío aire nocturno, y sólo cuando todo hubo terminado aprecié el desasosegante fresco que se había levantado.

—Volvamos dentro, John —dije—. Tengo frío y me siento entumecida.

Pero la juventud está llena de esperanzas y fuerzas, y una semana después la impresión se había desvanecido de nuestros pensamientos, y estábamos disfrutando de toda la gloria del clima estival, que creo que sólo conocen quienes han visto el mar azul ondulándose a los pies de los acantilados de tiza blanca de Dorset.

Me había sentido reticente a escuchar la tonada de la *Gagliarda*, y aunque John me había hablado del tema más de una vez, mi hermano nunca se había ofrecido a tocarla para mí. Sabía que tenía en Worth Maltravers la copia de las suites de Graziani, porque me había dicho que la había traído de Oxford; pero nunca había visto el libro, e imaginaba que lo conservaba intencionadamente bajo llave. Sin embargo, no dejó de lado el violín, y durante las mañanas de verano, mientras me sentaba a leer o trabajar en la terraza, a menudo le oía tocando para sí mismo en la biblioteca. Aunque nunca me había hecho una descripción de la melodía de la *Gagliarda*, estaba segura de que la tocaba con cierta frecuencia. No puedo decir cómo fue, pero desde el momento en que le oí una mañana en la biblioteca tocando una tonada en una clave curiosamente grave, me llamó la atención, y supe, como por instinto, que debía de ser la *Gagliarda* de la «Areopagita». Estaba utilizando una *sordina* y tocándola con mucha suavidad; pero no me equivoqué. Una húmeda tarde de octubre, apenas una semana antes del momento en que nos dejaría para regresar a Oxford durante el trimestre de otoño, entró en el saloncito donde estaba sentada, y me propuso que tocáramos música juntos. Accedí de buen grado. Aunque soy una intérprete mediocre, siempre he obtenido gran placer de la práctica del piano, y consideraba un honor cada vez que me pedía que tocara con él, ya que mi capacidad musical era muy inferior a la suya. Después de que hubo tocado varias piezas, tomó un libro de música apaisado, encuadernado en vitela blanca, lo situó sobre el tablero del piano y sugirió que tocásemos una suite de Graziani. Sabía que se refería a la «Areopagita», y le supliqué de inmediato que no me pidiese tocarla. Desestimó con jovialidad mis temores y me dijo que le agradecería mucho tocarla, ya que no había oído la parte del piano desde que abandonara Oxford tres meses antes. Comprendí

que estaba ansioso por interpretarla, y como aborrecía ser poco servicial con un hermano tan bondadoso durante su última semana de estancia en casa, por fin superé mis escrúpulos y me dispuse a tocarla. Pero estaba tan preocupada por la posibilidad de que se produjera cualquier consecuencia maligna, que cuando comenzamos la *Gagliarda* apenas podía encontrar mis notas. Sin embargo, no ocurrió nada extraordinario; y reconfortada por esto, y al sentir un encanto irresistible en la música, terminé la suite con un aire de mayor comodidad. Mi hermano, sin embargo, me temo que no quedó satisfecho con mi interpretación, y posiblemente la comparó con la del señor Gaskell, ante la cual tenía que ser necesariamente muy inferior, tanto por la deficiencia de la ejecución como por mi insuficiente conocimiento de los principios del *basso continuo*. Dejamos de tocar, y John se quedó mirando por la ventana a través del mar, donde el cielo se aclaraba bajo las nubes. El sol se puso detrás de Portland con un resplandor flamígero que nos saludó después de la lluvia de un largo día. Yo había tomado la copia de las suites de Graziani de la mesa, y la sujeté sobre mi regazo, pasando las viejas páginas, amarillentas y manchadas. Cuando la cerraba, un rayo de la luz del atardecer atravesó la habitación e iluminó un escudo de armas estampado en oro sobre la portada. Estaba muy desgastado y normalmente habría sido difícil distinguirlo; pero el potente rayo lo iluminó, y en un instante reconocí el mismo escudo que el señor Gaskell había visto colgado en la galería de los músicos de su salón de baile fantasmal. Mi hermano a menudo me había contado este prodigio de la imaginación de su amigo, y aquí veía yo ante mí el mismo y florido blasón extranjero, la cabeza de un querubín soplando sobre tres lirios en un campo dorado. Este descubrimiento no sólo fue de interés, sino que me alivió en gran medida; pues explicaba de manera racional al menos uno de los aspectos de la extraña historia. El señor Gaskell sin duda había visto en alguna ocasión este escudo estampado en el exterior del libro, y con su imagen inconsciente en la cabeza, lo había reproducido en sus fantásticas revelaciones. Así se lo dije a mi hermano, que se sintió muy interesado, y después de examinar el escudo estuvo de acuerdo en que ésta era una probable solución para esa parte del misterio. El 12 de octubre, John regresó a Oxford.

## CAPÍTULO 6

Mi hermano me dijo después que en más de una ocasión, durante las vacaciones de verano, había meditado sobre la conveniencia de cambiar de habitación en Magdalen Hall. Pensaba que tal vez así podría librarse al instante del recuerdo de la aparición, y del temor de que volviera a aparecérselo. Podría trasladarse a otras habitaciones dentro del mismo Hall, o bien instalarse en algún hospedaje de la ciudad, procedimiento bastante habitual, según me dicen, entre los caballeros que se aproximan al final de sus estudios en Oxford. ¡Ojalá hubiera querido Dios que lo hubiese hecho así! Pero con la dejadez que, me temo, mi querido Edward, ha sido con demasiada frecuencia característica de nuestra familia, evitó las molestias que supondría semejante decisión, y el inicio del trimestre de otoño le encontró aún en sus antiguas dependencias. Me perdonarás por detenerme aquí en una brevísima descripción de la sala de estar de tu padre. Creo que es necesaria para el correcto entendimiento de los incidentes posteriores. No era una habitación grande, aunque era probablemente la mejor entre los pequeños edificios de Magdalen Hall, y estaba forrada desde el suelo hasta el techo con roble que sucesivas generaciones habían oscurecido con numerosas capas de pintura. A un lado había dos ventanas orientadas sobre New College Lane, dotadas de asientos acolchados. Fuera de estas ventanas había macetas con flores, cuyo colorido hacía en el trimestre de verano un bonito contraste con el gris y con la piedra desmigajada, y proporcionaba placer al mismo tiempo al inquilino y al transeúnte. A lo largo de casi toda la longitud de la pared opuesta a las ventanas, algún habitante de años pasados había colocado librerías de caoba, que alcanzaban una altura de unos cinco pies por encima del suelo. Estaban bellamente talladas al estilo del siglo XVIII, y agradaban al gusto de mi hermano. Siempre había mostrado inclinación por los libros, y la excelente biblioteca de Worth Maltravers sin duda había contribuido a promover sus gustos en esa dirección. En la época de la cual escribo, se había hecho una pequeña colección propia en Oxford, prestando especial atención a las encuadernaciones, y adquiriendo muchas excelentes muestras de ese arte, principalmente, según creo, de los señores Payne & Foss, los conocidos libreros de Londres.

Un frío día de finales del trimestre de otoño, con ocasión de tomar un volumen de Platón de la estantería, descubrió para su sorpresa que el libro estaba caliente. Un examen más atento le explicó con facilidad la razón: el cañón de una chimenea, que pasaba tras el extremo de una librería, calentaba al contacto no sólo la pared misma, sino también los libros de las estanterías. Aunque llevaba en esas habitaciones cerca de tres años, nunca antes había observado este hecho; en parte, sin duda, porque los libros de esas estanterías eran raramente utilizados, ya que los tenía más para exhibirlos como ejemplos de encuadernación que para uso práctico. Se sintió más bien molesto por el descubrimiento, ya que temía que el calor, que con moderación

beneficia a los libros, pudiera por el exceso arrugar la piel o perjudicar a la encuadernación. El señor Gaskell estaba sentado con él en el momento del descubrimiento, y de hecho era para su uso para lo que mi hermano había tomado el volumen de Platón. Le recomendó encarecidamente que trasladase la librería, y sugirió que sería mejor situarla al otro extremo de la habitación, donde en esos momentos estaba el piano. La examinaron y descubrieron que sería fácil retirarla, al tratarse, de hecho, sólo del marco de una librería, que a su espalda mostraba los paneles pintados de la pared. El señor Gaskell observó que era curioso que todas las estanterías estuvieran fijas e inamovibles, excepto una al extremo, que había sido dotada con la disposición sencilla que permite que su ubicación se altere a voluntad. Mi hermano pensó que el cambio mejoraría la apariencia de su alojamiento, además de ser beneficioso para los libros, y dio instrucciones al carpintero de la facultad para que hiciera el trabajo requerido cuanto antes.

Los dos jóvenes habían reanudado sus estudios musicales, y habían tocado a menudo la «Areopagita» y más música de Graziani desde que regresaran a Oxford en otoño. Observaron, sin embargo, que la silla ya no crujía durante la *Gagliarda*, y que, de hecho, no se producía ninguna situación anormal durante su interpretación. En ocasiones casi se sentían tentados de dudar de la exactitud de sus propios recuerdos, y de considerar que el misterio que tanto les había perturbado durante el trimestre de verano era puramente mítico. Mi hermano también señaló al señor Gaskell mi descubrimiento de que el escudo de armas en el exterior del libro de música era idéntico al que su fantasía reflejaba en la galería de músicos. Admitió de buen grado que en algún momento debía de haberse fijado en él, para después olvidar el blasón del libro, y que un recuerdo inconsciente sin duda había inspirado a su imaginación en este caso. Reprendió a mi hermano por haberme preocupado innecesariamente al contarme una historia tan extravagante; y tuvo el gusto de escribirme unas líneas a Worth Maltravers, felicitándome por la agudeza de mi percepción, pero bromeando sobre todo el asunto.

La noche del 14 de noviembre, mi hermano y su amigo estaban sentados, conversando en la habitación del primero. La posición de la librería se había cambiado en la mañana de ese día, y el señor Gaskell había ido a ver cómo quedaban los libros cuando se los situaba al extremo, en lugar de al costado de la habitación. Aplaudió el nuevo emplazamiento, y los jóvenes se sentaron largo rato ante el fuego, con una botella de vino del colegio y un plato de nísperos que yo había enviado a mi hermano desde nuestro famoso árbol en la granja de Worth Maltravers. Después se dedicaron a la música, y tocaron una variedad de piezas, interpretando también la suite «Areopagita». Antes de marcharse, el señor Gaskell felicitó a John por las mejoras que el cambio de lugar de la estantería había introducido en su habitación, diciendo:

—No sólo los libros mejoran con mucho la apariencia general de la habitación en su situación actual, sino que el cambio parece haber producido también alguna

apreciable mejora acústica. Los paneles de roble que ahora han quedado expuestos en el costado de la habitación otorgan una cualidad resonante a la pared que es peculiarmente sensible a los tonos de tu violín. Mientras tocabas la *Gagliarda* esta noche, casi podía imaginarme que alguien en una habitación adyacente estaba tocando la misma tonada con sordina, tan inconfundible era el eco.

Poco después se marchó.

Mi hermano se desvistió parcialmente en su dormitorio adyacente, y después regresó a la sala de estar, puso la gran silla de mimbre delante del fuego, y se sentó en ella mirando los carbones incandescentes, pensando tal vez en la señorita Constance Temple. La noche prometía ser muy fría, y el viento silbaba en la chimenea, incrementando la sensación de comodidad que transmitía el animoso fuego. Permaneció sentado, contemplando el rojizo reflejo del fuego bailando sobre la pared forrada, cuando notó que un cuadro situado donde anteriormente estaba el final de la librería, no estaba bien colgado y necesitaba un ajuste. Los cuadros torcidos le resultaban particularmente ofensivos, y se levantó en seguida para modificarlo. Mientras se dirigía a él, recordó que en este mismo punto cuatro meses antes había perdido de vista la figura del hombre que vio levantarse de la silla de mimbre, y al recordarlo sintió un escalofrío involuntario. Este recuerdo probablemente influyó en su imaginación también en otro sentido; pues le pareció que muy débilmente, como si se tocara muy lejos, y con sordina, podía oír la tonada de la *Gagliarda*. Puso una mano detrás del cuadro para enderezarlo, y al hacerlo su dedo tropezó con una levísima protuberancia de la pared. Apartó el cuadro a un lado, y vio que lo que había tocado era la parte de atrás de una pequeña bisagra hundida en la pared, y casi borrada por tantas manos de pintura. Su curiosidad había despertado, y tomó una vela de la mesa y examinó la pared atentamente. La inspección pronto le reveló otra bisagra un poco más arriba, y paulatinamente percibió que en el pasado uno de los paneles había sido adaptado para abrirse, y que servía probablemente como portezuela de una alacena. En este momento, me aseguró, una febril ansiedad por reabrir la puerta de la alacena tomó posesión de él, y llenó su mente con la intensa emoción que sentimos en el umbral de un descubrimiento que imaginamos podría producir importantes resultados. Soltó la pintura de los bordes con una navaja, e intentó hacer presión para abrir la portezuela; pero su instrumento no era adecuado para este fin, y todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Su emoción había alcanzado ya un grado abrumador; pues anticipaba, aunque no sabía por qué, que algún extraño descubrimiento se produciría en esta alacena cerrada. Buscó por la habitación alguna herramienta con la cual forzar la puerta, y por último con su navaja cortó suficiente madera en la juntura para permitirle insertar el extremo del atizador en el agujero. El reloj de la torre del New College daba la una en el momento exacto en que con un vigoroso esfuerzo abrió la portezuela. Parece que nunca había tenido un cerrojo, sino que simplemente había quedado sellada por la acumulación de pintura. Mientras la giraba lentamente sobre las mohosas bisagras, su corazón latía tan rápido que apenas

podía tomar aliento, aunque era consciente todo el tiempo de lo ridículo de su posición, sabiendo que era muy probable que la cavidad interior resultara estar vacía. La alacena era pequeña pero muy profunda, y bajo la oscura luz pareció al principio no contener nada excepto un montoncito de polvo y telarañas. Se sintió muy decepcionado al meter la mano, pero al instante volvió a sentir un interés estremecedor cuando tocó algo sólido en lo que había imaginado que era sólo una acumulación de moho y suciedad. Agarró una vela, y sujetándola con una mano, con la otra sacó un objeto de la alacena y lo puso sobre la mesa, cubierto de los curiosos ropajes de negrura y telarañas colgantes que he visto adheridos a las botellas de vino antiguo. Lo dejó entre el plato de nísperos y la jarra, velado con el polvo espeso como un manto, pero descubriendo debajo la forma y el contorno de un violín.

## CAPÍTULO 7

John se entusiasmó con el descubrimiento, y sintió sus pensamientos confusos de la misma manera que yo misma he experimentado al recibir inesperadamente noticias que me interesaban profundamente, ya fueran placenteras o dolorosas. Pero al mismo tiempo se sintió en parte divertido por su propia emoción, al pensar que era infantil sentirse conmovido por un acontecimiento tan simple como el hallazgo de un violín en una vieja alacena. Pronto se tranquilizó y tomó el instrumento con extremo cuidado, ya que temía que la edad hubiera podrido la madera o la hubiese vuelto quebradiza. Con algunos soplidos vigorosos y una somera limpieza con un pañuelo, retiró la pesada capa exterior de telarañas, y empezó a ver más claramente las delicadas curvas de la caja y la voluta. Unos minutos de delicada manipulación dejaron el instrumento lo suficientemente limpio como para permitirle apreciar sus aspectos principales. Su aislamiento del mundo exterior, que la pesada acumulación de polvo demostraba que había durado muchos años, no parecía haberle dañado lo más mínimo; y el hecho de que el cañón de una chimenea pasara a través de la pared a escasa distancia sin duda había contribuido a mantener el aire en la alacena a una temperatura estable. Por lo que él podía juzgar, la madera era tan sólida como cuando salió de manos del fabricante; pero las cuerdas estaban rotas, por supuesto, y arremolinadas en pequeños nudos. La caja era de color rojo claro, con un barniz de lustre y suavidad peculiar. El mástil parecía más largo que lo normal, y la voluta era notablemente atrevida y libre.

El violín que mi hermano tenía la costumbre de usar era un excelente *Pressenda*, regalo de su tutor, el señor Thoresby, cuando cumplió quince años. Pertenece al periodo final y mejor de ese fabricante, y era copia del modelo Stradivarius. John lo sacó de su funda y lo puso junto a su nuevo descubrimiento, para compararlos en tamaño y forma. Advirtió en seguida que mientras ambos modelos eran idénticos, la superioridad del violín más antiguo en todos los detalles era tan señalada como para convencerle de que se trataba indudablemente de un instrumento de valor excepcional. La extrema belleza de su barniz le impresionó vivamente, y aunque nunca había visto un Stradivarius auténtico, tuvo el convencimiento creciente de que estaba en presencia de una obra maestra de ese gran fabricante. Al mirar el interior, descubrió que sorprendentemente muy poco polvo había penetrado en él, y al soplar a través de las ranuras pronto las limpió lo suficiente para permitirle discernir una etiqueta. Acercó la vela y levantó el violín de forma que un pequeño tramo de luz cayera a través de la ranura sobre la etiqueta. Su corazón saltó con un latido violento cuando leyó los caracteres «*Antonius Stradivarius Cremonensis faciebat, 1704*». En circunstancias normales, habría llegado a la conclusión de que semejante etiqueta era falsa, pero las condiciones eran completamente distintas en el caso de un violín hallado en una alacena olvidada, con pruebas tan evidentes de que había permanecido allí durante un periodo muy prolongado.



En aquel momento no estaba tan familiarizado con la historia de los violines del gran fabricante como más tarde tanto él como yo lo estaríamos. Así que no pudo calibrar en cuánto determinaría el año exacto de su manufactura su valor, comparado con otros especímenes de Stradivarius. Pero aunque el *Pressenda* que solía tocar siempre fue considerado un excelente instrumento tanto en fabricación como en barnizado, su nuevo descubrimiento lo superaba tanto en ambos aspectos que tuvo por seguro que debía de ser uno de los mejores productos del maestro de Cremona.

Examinó el violín minuciosamente, escrutando cada rasgo por separado, y descubrió que cada uno de ellos era de la más absoluta perfección, al menos por lo que sus conocimientos del instrumento le permitían juzgar. Encendió más velas para verlo mejor, y poniéndolo sobre sus rodillas, se sentó a admirarlo hasta que el fuego moribundo y el frío creciente le advirtieron que la noche ya estaba avanzada. Por último, llevándolo a su habitación, lo guardó cuidadosamente bajo llave en un cajón y se retiró por esa noche.

Despertó a la mañana siguiente con la agradable conciencia de que había alguna razón para la alegría, la cual sentimos al despertar en épocas de felicidad, incluso antes de que nuestra razón, al localizarla, nos recuerde cuál era la causa real de nuestro gozo. Al principio tuvo miedo de que su entusiasmo, influyendo en la imaginación, le hubiera llevado a sobrestimar la excelencia del instrumento la noche anterior, y lo sacó del cajón casi esperando sentirse decepcionado con su apariencia diurna. Pero una mirada bastó para convencerle de la naturaleza infundada de sus sospechas. Los variados primores que había observado antes se multiplicaban por cien a la luz del día, y comprendió de forma más completa que nunca que el instrumento era de un valor excepcional.

Y ahora, mi querido Edward, te pido perdón si en la historia tengo que incluir alguna observación mía que parezca enturbiar el carácter de tu difunto padre, Sir John Maltravers. Y te ruego que consideres que tu padre fue también mi querido y único hermano, y que es indescriptiblemente doloroso para mí relatar cualquier acto suyo que pueda parecer indigno de un noble caballero, como él sin duda fue. Sólo obro así porque, cuando estuvo próximo su fin, me impuso estrictamente que te narrase estas circunstancias de forma completa cuando fueras mayor de edad. Debemos recordar humildemente que sólo Dios puede juzgar, y que no nos corresponde a nosotros, pobres mortales, decidir qué es correcto o equivocado en ciertas circunstancias de nuestros congéneres, sino que cada uno debería esforzarse con el mayor empeño en cumplir con su propio deber.

Tu padre me ocultó por completo el descubrimiento que había hecho. No fue hasta mucho después que me lo relató, y sólo obtuve conocimiento de éste y muchos otros de los actos que ahora te voy a contar en una fecha muy posterior a que acontecieran.

John explicó a su criado que había descubierto y abierto una vieja alacena en un panel, sin mencionar el hecho de que hubiera encontrado nada dentro de ella, sino

simplemente pidiéndole que diera instrucciones para que se arreglara la pintura y la alacena se pusiera en estado utilizable. Antes de que hubiera terminado un desayuno tardío, el señor Gaskell le acompañaba, y ha sido para mí un motivo de duradero pesar que mi hermano también ocultara a su amigo más íntimo y leal el descubrimiento de la noche anterior. Ciertamente, le dijo que había encontrado y abierto una vieja alacena en los paneles, pero no hizo mención alguna de que hubiera habido nada dentro. No puedo decir qué le inspiró esta acción, pues los dos jóvenes se trataban en términos de intimidad desde hacía tanto tiempo que el uno compartía con el otro casi como lo más normal cualquier placer o sinsabor que pudiera acaecer a su suerte. El señor Gaskell miró la alacena con cierto interés, y dijo después:

—Ahora sé, Johnnie, por qué la estantería de la librería que se erguía allí era móvil cuando todas las otras estaban fijas. Algún antiguo ocupante utilizaba la alacena, sin duda, como receptáculo secreto para sus tesoros, y la enmascaraba poniendo las librerías delante. ¡Quién sabe qué guardaba ahí, o quién era! No me sorprendería que fuera el mismo hombre que solía venir aquí tan a menudo a oírnos tocar la «Areopagita», y a quien viste aquella noche del pasado junio. Hizo fabricar la estantería para que se moviera y le diera acceso a esta cavidad cuando lo requiriese: después abandonó Oxford, o tal vez murió, el misterio fue olvidado, y después de unas manos de pintura, las grietas se cerraron.

Poco después el señor Gaskell se marchó porque tenía que asistir a una clase, y mi hermano se quedó solo para contemplar su nuevo tesoro. Tras meditarlo un rato, decidió que llevaría el instrumento a Londres, y pediría la opinión de un experto sobre su autenticidad y valor. Conocía al difunto señor George Smart, el conocido tratante de Londres, a quien su tutor, el señor Thoresby, había comprado el violín *Pressenda* que John utilizaba habitualmente. Además de ser comerciante de instrumentos valiosos, el señor Smart era un famoso coleccionista de Stradivarius, considerado una de las principales autoridades de Europa en ese campo del arte, y autor de una valiosa obra de referencia relacionada con ello. Fue a él, por tanto, a quien mi hermano decidió llevarle el violín, y escribió una carta al señor Smart diciendo que le gustaría tener el placer de visitarle al día siguiente por una cuestión de negocios. Después llamó a su tutor, y con alguna excusa obtuvo permiso para viajar a Londres a la mañana siguiente. Pasó el resto del día sin salir, limpiando con extremo cuidado el violín, y la tarde del siguiente lo llevó cuidadosamente empaquetado al establecimiento del señor Smart en Bond Street.

El señor Smart recibió a Sir John Maltravers con deferencia, y preguntó en qué podía servirle. Al saber que se requería su opinión sobre la autenticidad de un violín, sonrió de forma más bien sospechosa y le condujo a una salita trasera.

—Mi querido Sir John —dijo—, espero que no le hayan hecho comprar cualquier instrumento fiándose de su antigüedad. En estos momentos han aflorado tantas buenas copias de instrumentos de fabricantes famosos que llevan sus etiquetas que las posibilidades de obtener un violín genuino de una fuente no reconocida son remotas;

de cientos de violines que me han enviado para conocer mi opinión, descubro que apenas uno de cada cincuenta es lo que aparenta ser. De hecho, la única regla segura —añadió como comentario profesional—, es no comprar nunca un violín a menos que lo obtenga de un tratante que tenga una reputación que perder, y estar preparado a pagar un precio razonable por él.

Mientras tanto, mi hermano había desempaquetado el violín y lo había puesto sobre la mesa. Mientras retiraba la última hoja de papel de estaño, vio esfumarse la sonrisa condescendiente del señor Smart, que, asumiendo una mirada de interés y excitación, dio un paso adelante, tomó el violín en sus manos, y lo examinó atentamente. Le dio vueltas en silencio durante algunos momentos, mirando muy de cerca cada rasgo, e incluso aplicándole la prueba de una lupa. Por último, dijo con la voz alterada:

—Sir John, he tenido en mis manos casi todos los mejores productos de Stradivarius, y me creía familiarizado con todos los instrumentos notables que jamás salieron de su taller; pero debo confesar que me había equivocado, y le presento mis excusas por la duda que expresé en cuanto al instrumento que me traía. Este violín pertenece a la edad de oro del gran maestro, es incontestablemente genuino, y mejor en algunos aspectos que cualquier Stradivarius que haya visto jamás, sin exceptuar ni siquiera al famoso *Dolphin*. No necesita temer por su autenticidad: ningún experto podría tenerlo en sus manos durante un segundo y conservar la menor duda sobre ello.

Mi hermano se sintió muy complacido por tan favorable veredicto, y el señor Smart continuó.

—El barniz es del rojo brillante que Stradivarius usó en su mejor periodo después de abandonar el tinte amarillo que al principio copiaba de su maestro Amad. Nunca he visto un barniz más espeso ni más lustroso, y muestra en la parte de atrás esa sombra peculiar que imita el desgaste que llamamos «usado». El borde también es de una calidad insuperable. Su ejecución es tan exquisita que debo recomendarle que utilice una lupa para su examen.

Y así continuó, encontrando a cada momento nuevas bondades que admirar.

Mi hermano se sentía al principio temeroso de que el señor Smart le preguntase de dónde procedía tan extraordinario instrumento, pero vio que el experto ya había sacado sus propias conclusiones al respecto. Sabía que John había cumplido la mayoría de edad recientemente, y evidentemente supuso que el violín formaba parte de la herencia de Worth Maltravers. John permitió que el señor Smart conservara esta idea equivocada, diciendo tan sólo que había descubierto el instrumento en una vieja alacena, donde tenía razones para pensar que había permanecido oculto durante años.

—¿Y no hay documentos adjuntos a tan espléndido instrumento? —preguntó el señor Smart—. Supongo que lleva muchos años en su familia. ¿Sabe cómo llegó a sus manos?

Creo que ésta fue la primera ocasión en la que a John se le ocurrió pensar qué

derecho tenía a la posesión del instrumento. Se había emocionado tanto con su descubrimiento que la cuestión de la propiedad no se le había pasado por la cabeza. La desagradable idea de que al fin y al cabo no era suyo, que el colegio podría legítimamente reclamarlo, se le planteó durante un instante; pero la dejó de lado al momento, acallando su conciencia con la reflexión de que al menos éste no era el momento de hacer semejante revelación.

Lidió con la pregunta del señor Smart lo mejor que pudo, diciendo que ignoraba la historia del instrumento, pero sin contradecir la suposición de que llevaba mucho tiempo en posesión de su familia.

—Es ciertamente singular —continuó el señor Smart— que un instrumento tan magnífico llevara tanto tiempo escondido; y que incluso los más versados en estas cuestiones ignorasen por completo su existencia. Tendré que revisar la lista de instrumentos famosos en la próxima edición de mi *Historia del Violín*, y escribir —añadió sonriendo— un párrafo especial sobre el Stradivarius de Worth Maltravers.

Después de muchas otras cosas que no necesito relatar, el señor Smart sugirió que el violín se quedase con él para que pudiera examinarlo más a su gusto, y que mi hermano debería regresar al cabo de una semana, cuando hubiera hecho abrir el instrumento, una operación que en todo caso era aconsejable.

—El interior —añadió— parece estar estrictamente en su estado original, y eso podré determinarlo cuando esté abierto. La etiqueta está perfecta, pero si no me equivoco, puedo ver algo más arriba, sobre la espalda, que podría ser una segunda etiqueta. Esto estimula mi interés, pues no conozco ningún caso en que un instrumento llevase dos etiquetas.

Mi hermano accedió de buen grado a esta propuesta, pues estaba impaciente por disfrutar en soledad del placer de un descubrimiento tan gratificante como había sido la indiscutible autenticidad del instrumento.

Mientras reflexionaba sobre el tema con mayor tranquilidad, se sintió ansioso por saber cuál podría ser el significado de la segunda etiqueta de la que había hablado el señor Smart. Me sonrojo al decir que temía que pudiera llevar el nombre de algún propietario del instrumento o alguna otra inscripción que demostrase que el instrumento no llevaba tanto tiempo en la familia Maltravers como había permitido que supusiera el señor Smart. Así fue posible que en tan breve lapso de tiempo Sir John Maltravers de Worth temiese ser descubierto, si no en una falsedad absoluta, sí al menos en haber consentido una con su silencio.

Durante la semana siguiente, John permaneció en estado de nerviosismo. Trabajó poco, y dejó de lado a sus amigos, sus pensamientos constantemente ocupados con el extraño descubrimiento que había hecho. Sé también que su sentido del honor le atormentaba, y que no estaba satisfecho con el rumbo que había tomado. La noche de su regreso de Londres, acudió a las habitaciones del señor Gaskell en el New College, y pasó una hora conversando con él sobre materias intrascendentes. Durante el transcurso de la charla, propuso a su amigo como dilema moral la cuestión del curso

de acción que debería tomarse si uno encontrara algún artículo de valor escondido en su habitación. El señor Gaskell contestó titubeante que se sentiría obligado a comunicárselo a las autoridades. Vio que mi hermano no se sentía cómodo, y con la claridad de juicio que siempre exhibía, supuso que realmente había hecho algún descubrimiento de ese tipo en la alacena de su habitación. No podía adivinar, por supuesto, la naturaleza exacta del objeto hallado, y pensó que probablemente estaría relacionado con un tesoro pecuniario; pero insistió con mucho énfasis en la obligación de revelar en seguida cualquier cosa de este género. Sin embargo, mi hermano, me temo que mal aconsejado por ese sentimiento de derecho inalienable que siente el descubridor de un tesoro sobre el tesoro, no prestó más atención a la recomendación de su amigo que a las estocadas de su propia conciencia, y siguió adelante.

A partir de aquel día, mi querido Edward, John empezó a mostrar un espíritu secretista y una reserva completamente ajenas a su disposición abierta y honorable, y también empezó a ver menos al señor Gaskell. Su amigo intentaba, es verdad, ganarse su confianza y su afecto por todos los medios a su disposición; pero a pesar de ello, la fisura entre los dos se ensanchaba de forma ostensible, y mi hermano perdió la camaradería y el consejo de un amigo fiel en un momento en que no podía permitirse carecer de ellos.

John regresó a Londres la semana siguiente, y se reunió con el señor George Smart previa cita en Bond Street. Si el experto se había mostrado entusiasta en la primera ocasión, en ésta lo fue diez veces más. Habló en términos casi de éxtasis sobre el violín. Lo comparaba con dos magníficos instrumentos de la colección del difunto señor James Loding, por entonces la mejor de Europa; y era manifiestamente superior a ambos, tanto en la delicada talla de su madera como en su singularmente exquisito barniz.

—Sobre su tono —dijo—, no podemos, por supuesto, pronunciarlos todavía con certeza, pero estoy seguro de que su voz no desmentirá su espléndido exterior. Se ha abierto con cuidado, y se encuentra en una condición extrañamente perfecta. Varias personas eminentemente cualificadas para juzgarlo coinciden conmigo en considerar que se ha tocado extremadamente poco, y admiten que nunca habían visto un interior tan intacto. La voluta es excepcionalmente audaz y original. Aunque indudablemente obra de la mano del gran maestro, luce un patrón completamente distinto y distinguible de cualquier otro que haya podido observar jamás.

Entonces indicó a mi hermano que las líneas laterales de la voluta tenían un corte extraordinariamente profundo, y que su parte frontal se proyectaba mucho más de lo común en estos instrumentos.

—El rasgo más destacado —concluyó— es que el instrumento lleva una doble etiqueta. Además de la etiqueta que ya ha visto donde se dice «*Antonius Stradivarius Cremonensis faciebat*», con la fecha de su periodo más espléndido, 1704, tan clara que la tinta apenas parece seca, hay otra más pequeña un poco más arriba, sobre la

tapa, que le mostraré.

Desmontó el violín y le enseñó una pequeña etiqueta con caracteres escritos en tinta borrosa.

—Es la letra de Antonio Stradivarius en persona, y es fácilmente reconocible, aunque es mucho más firme que una muestra que vi una vez, escrita en su anciana edad, y que daba su nombre y la fecha de 1736. Entonces tenía noventa y dos años, y murió al año siguiente. Pero en ésta, como ve, no pone su nombre, sino simplemente dos palabras, «*Porphyrius philosophus*». A qué pueda referirse esto no lo sé: escapa a mis conocimientos. Mi amigo el señor Calvert me ha sugerido que Stradivarius podría haber dedicado este violín al filósofo pagano, o haberle puesto su nombre; pero parece improbable. Es cierto que sé de dos violines llamados «Peter» y «Paul», pero los casos que dieron pie a estos nombres son muy raros, y creo que es algo completamente sin precedentes encontrar un nombre asignado de esta forma en una etiqueta.

»En todo caso, debo dejar que sea su ingenio el que descifre este enigma. Ni el puente ni la barra de graves han sido movidos, y he aquí un violín Stradivarius que tiene exactamente la misma apariencia que tuvo en el taller del gran maestro, y que está exactamente en las mismas condiciones; pero creo que la tapa es lo bastante fuerte para resistir un cordaje moderno. Le aconsejo que me deje el instrumento algún tiempo más, para que pueda prestarle la atención debida y asegurarme de que se le ponen las cuerdas correctamente.

Mi hermano le dio las gracias y le dejó el violín, diciendo que más tarde le indicaría por carta la dirección a la que quería que se lo enviaran.

## CAPÍTULO 8

Unos días después de esto, el trimestre de otoño llegó a su fin, y la segunda semana de diciembre John regresó a Worth Maltravers para las vacaciones de Navidad. Su llegada siempre había supuesto una gran alegría para mí, y en esta ocasión aguardaba su compañía con más expectación de la acostumbrada, pues se había suspendido la visita de una amiga y había pasado el último mes sola. Después de que la alegría de nuestro primer encuentro se hubiera moderado un tanto, no pasó mucho sin que notase un cambio en sus maneras que me desconcertó. No es que fuera menos amable conmigo, pues creo que era incluso más tiernamente solícito y dulce de lo que le había visto jamás, pero tenía la incómoda sensación de que alguna sombra se había entrometido entre los dos. Fue la pequeña nube que se levantaba en la distancia la que después oscureció su horizonte y el mío. Echaba de menos la antigua sinceridad y la franca confianza que siempre me había mostrado; y parecía que siempre había algo en el fondo que intentaba ocultarme. Era obvio que sus pensamientos estaban constantemente en otro sitio, tanto que en más de una ocasión replicó con respuestas vagas e incoherentes a mis preguntas. A veces me contentaba con pensar que estaba enamorado, y que sus pensamientos estaban con la señorita Constance Temple; pero incluso así, no pude persuadirme de que su comportamiento alterado se podía justificar por completo. En otros momentos un aire aturdido, completamente extraño a su carácter inteligente, que observaba en especial por las mañanas, despertaba en mis pensamientos la terrible sospecha de que tuviera el hábito de tomar algún narcótico secreto o alguna otra droga nociva.

Nunca habíamos pasado la Navidad fuera de Worth Maltravers, y siempre había sido una época de gozo y recogimiento para ambos. Pero, bajo estas circunstancias perturbadas, me causó un gran alivio y agradecimiento recibir carta de la señora Temple invitándonos a ambos a pasar la Navidad y el Año Nuevo en Royston. Esta invitación tuvo sobre mi hermano precisamente el efecto que yo esperaba. Le despertó de su melancolía, y mostró un gran placer en aceptarla, especialmente porque nunca había estado en Derbyshire.

Nos reunimos con un grupo pequeño pero muy agradable en Royston, y pasamos una quincena deliciosa. Mi hermano parecía haberse sacudido completamente su indisposición; y vi cumplirse mis mejores esperanzas en la cálida relación que evidentemente estaba surgiendo entre él y la señorita Constance Temple.

Nuestra visita se aproximaba a su final, y faltaba menos de una semana para el regreso de John a Oxford. La señora Temple celebró el término de las festividades navideñas dando un baile la Noche de Reyes, al cual acudió un grupo numeroso, incluidas la mayoría de las familias del condado. Royston estaba admirablemente preparado para semejantes actividades, empezando por el número y gran tamaño de sus recibidores. Aunque isabelina de fecha y apariencia externa, sucesivas generaciones habían modificado y ampliado en mucho la casa; y un antepasado de

mediados del siglo anterior había construido en la parte trasera un salón enorme según el modelo clásico, cubriéndolo con una bóveda o cúpula. En esta habitación se celebraba el baile. La cena se sirvió en el antiguo salón de la parte delantera, y en el transcurso de ella se desató una tormenta eléctrica. Lo raro de semejante fenómeno en mitad del invierno fue tema de comentario general; pero aunque los relámpagos eran extremadamente brillantes, pues se podía ver claramente a través de las cortinas de las ventanas, la tormenta parecía estar a cierta distancia y, excepto por cierto repiqueteo, los truenos no eran fuertes. Después de la cena se reanudó el baile, y yo participaba en una polca (llamada, recuerdo, el *Rey Pippin*), cuando mi compañero observó que uno de los lacayos quería hablar conmigo. Le rogué que me llevase a un lado, y entonces el criado me informó de que mi hermano se encontraba enfermo. Sir John, dijo, había sufrido un desvanecimiento, pero había sido llevado a la cama y estaba siendo atendido por el Dr. Empson, un médico que por azar estaba presente entre los visitantes.

Abandoné al instante el salón y me dirigí apresuradamente al cuarto de mi hermano. Por el camino me encontré con la señora Temple y con Constance, ésta muy afectada y llorosa. La señora Temple me aseguró que el Dr. Empson había informado favorablemente sobre el estado de mi hermano, atribuyendo su desmayo al sobreesfuerzo en el salón de baile. El médico le había metido en la cama con el auxilio del ayuda de cámara de Sir John, le había dado un trago tranquilizante, y había ordenado que por ahora no se le molestara. Era mejor que yo no entrase en la habitación; me rogó que tuviera la amabilidad de consolar y animar a Constance, que estaba muy alterada, mientras ella volvía con sus invitados.

Conduje a Constance hasta mi cuarto, donde ardía un fuego espléndido, y la tranquilicé lo mejor que pude. Su interés por mi hermano era evidentemente muy real y nada fingido, y aunque no admitía su predisposición hacia él con palabras, no hizo ningún esfuerzo por ocultarme sus sentimientos. La besé con ternura, y le pedí que me narrara las circunstancias del ataque de John.

Parece ser que después de la cena habían subido a la sala de música, y él mismo había propuesto que entraran en la galería de retratos, donde podrían ver mejor los relámpagos, que entonces eran especialmente vigorosos. La galería de retratos de Royston es una habitación muy larga, estrecha y más bien baja, que recorre toda la longitud del ala sur, y termina en un gran mirador Tudor, o ventana salediza, orientada hacia el este. En dicho mirador estuvieron sentados durante algún tiempo, contemplando los rayos, y el paisaje invernal revelado por un instante y a continuación sumergido de nuevo en la negrura exterior. La galería misma no estaba iluminada, y el efecto de los relámpagos era espléndido.

Hubo un rayo extraordinariamente brillante acompañado de ese excepcional repiqueteo de truenos que había notado con anterioridad. Constance había hablado a mi hermano, pero éste no contestó, y al momento ella vio que se había desmayado. Buscó ayuda sin perder un momento, pero pasó algún tiempo antes de que recuperase



la conciencia.

Concluyó su relato, y se quedó sentada sujetando mi mano entre las suyas. Especulamos sobre la razón de la enfermedad de mi hermano, pensando que podría deberse al sobreesfuerzo, o a estar sentado en un ambiente gélido, pues la galería de retratos no tenía calefacción, cuando la señora Temple llamó a la puerta y dijo que John se hallaba algo repuesto y que tenía grandes deseos de verme.

Al entrar en el cuarto de mi hermano, lo encontré sentado en la cama, vestido con un batín. Parnham, su ayuda de cámara, que estaba arreglando el fuego, abandonó la habitación al entrar yo. Había una silla a la cabecera de la cama y me senté junto a él. Tomó mi mano entre las suyas y sin una palabra estalló en lágrimas.

—Sophy —dijo—, me siento muy infeliz, y te he hecho llamar para contarte mis problemas, porque sé que serás indulgente conmigo. Hace una hora todo parecía espléndido. Estaba sentado en la galería de retratos con Constance, a quien amo con todo mi corazón. Habíamos estado contemplando los relámpagos, hasta que el trueno fue desvaneciéndose y la tormenta pareció pasar. Estaba a punto de pedirle que fuera mi esposa cuando un relámpago más brillante que todos los demás estalló sobre nosotros, y vi... vi, Sophy, en pie en la galería, tan cerca de mí como tú lo estás ahora... vi... a aquel hombre de quien te hablé en Oxford; y entonces me sobrevino este desmayo.

—¿A quién te refieres? —dije, sin comprender de qué me hablaba, y pensando por un momento que se refería a otra persona—. ¿Viste al señor Gaskell?

—No, a él no; sino a un muerto a quien vi levantarse de mi silla de mimbre la noche que te marchaste de Oxford.

Tal vez te sonrías ante mi debilidad, mi querido Edward, pues en verdad en aquel momento no tuve justificación para ella; pero te aseguro que aún no he olvidado, y nunca olvidaré, la impresión de horror abrumador que sus palabras produjeron en mí. Fue como si un miedo que anteriormente hubiera permanecido vago y ensombrecido en el fondo, empezara ahora a avanzar hacia mí, adquiriendo mayor definición a medida que se aproximaba. Para mí había algo morbosamente terrible en la aparición de este hombre en una crisis tan crucial en la vida de mi hermano, y en seguida reconocí que esa figura desconocida era la sombra que paulatinamente se interponía entre John y yo. Aunque fingí incredulidad lo mejor que pude, y utilicé los argumentos o tópicos que siempre se utilizan en estas ocasiones, afirmando que semejante fantasma sólo podía existir en una mente perturbada por la debilidad física, mi hermano no se dejó engañar por mis palabras, y advirtió al instante que ni siquiera yo misma creía en ellas.

—Querida Sophy —dijo, con un aire mucho más tranquilo—, dejemos de lado los fingimientos. Sé que lo que he visto esta noche, y que lo que vi el verano pasado en Oxford, no son fantasmas de mi cerebro; y creo que tú también estás convencida de esta verdad en lo más hondo de tu alma. Por lo tanto, no intentes persuadirme de lo contrario. Si no puedo creer en la evidencia de mis sentidos, será mejor reconocer

cuanto antes mi locura, y sé que no estoy loco. Pensemos más bien qué puede significar semejante aparición, y quién es el hombre que así se presenta. No puedo explicarte por qué esta aparición me inspira tanta aversión. Sólo puedo decir que en su presencia es como si me enfrentara a alguna perversidad abismal y repugnante. No es que la forma que tiene sea espantosa. Anoche le vi exactamente como le vi en Oxford, su cara pálida como la cera, la boca burlona, la misma frente elevada, y el pelo tan estirado que casi parece levantarse sobre sus extremos. Llevaba la misma levita larga de tela verde y el chaleco blanco. Parecía que hubiera estado escuchando lo que decíamos, aunque no le vimos hasta que ese relámpago brillante le hizo manifestarse. Recordarás que cuando le vi en Oxford sus ojos siempre miraban hacia abajo, de manera que no supe su color. Esta vez estaban abiertos de par en par; de hecho nos miraba directamente, y eran de un tono castaño claro y muy brillantes.

Vi que mi hermano se alteraba, y todavía estaba débil por su reciente desvanecimiento. Sabía, también, que cualquier persona normal de ánimo fuerte diría al instante que su cerebro divagaba, pero yo tuve el terrible convencimiento todo el tiempo de que lo que me decía era verdad. Lo único que podía hacer era rogarle que se calmase, y reflexionar sobre lo vanas que deben de ser semejantes fantasías.

—Debemos creer en Dios, querido John —dije—. Estoy segura de que siempre que no vivamos en pecado consciente, no seremos entregados a ningún poder maléfico; y conozco a mi hermano lo suficiente para saber que no hará nada a sabiendas de que es malo. Si hay espíritus malignos, como se nos enseña que hay, también se nos enseña que hay espíritus buenos más fuertes que ellos, que nos protegerán.

Así hablé con él durante un rato, hasta que se tranquilizó; y después hablamos de Constance y de su amor por ella. Se sintió muy complacido al saber a través de mí cómo ella había mostrado tan obvios signos de interés por su enfermedad, y de sincero afecto por él. De todas formas, me hizo prometer que nunca le mencionaría a ella nada de lo que él había visto esa noche ni el verano anterior en Oxford.

Se había hecho tarde, y el ritmo ondulante de los bailes, que había sido claramente perceptible en la habitación, aunque no podíamos oír ningún ruido definido, ya había cesado. La señora Temple llamó a la puerta antes de acostarse y preguntó cómo se encontraba John, al mismo tiempo que le transmitía un amable mensaje de simpatía de Constance, que le causó gran satisfacción. Después que se hubo marchado, yo también me preparé para retirarme; pero antes de irme me rogó que tomara un devocionario que había sobre la mesa y que leyera en voz alta una plegaria que me señaló. Era la del segundo domingo de Cuaresma, y evidentemente le resultaba hartamente conocida. Mientras la leía, las palabras parecían cobrar un nuevo y más profundo significado, y mi corazón repetía con fervor la petición de protección de esos «pensamientos malignos que pueden asaltar y herir el alma». Le di las buenas noches y me marché muy apesadumbrada. Parnham, a petición de John, se preparó para dormir en un sofá en el dormitorio de su señor.

Al día siguiente me levanté al alba, y fui a la habitación de mi hermano para preguntar cómo se encontraba. Parnham me informó de que había pasado una noche intranquila, y al entrar un poco más tarde lo encontré con fiebre alta, ligeramente delirante, y evidentemente no tan bien como cuando le había visto por última vez. La señora Temple, con mucha amabilidad y previsión, había rogado al Dr. Empson que permaneciese en Royston durante la noche, y pronto estuvo atendiendo a su paciente. Su diagnóstico fue indiscutiblemente grave: John padecía de un serio acceso de meningitis; su estado daba razones para la alarma; no podía responder sobre qué giro pudiese tomar la enfermedad. Imaginarás cómo me afectó esta información; y la señora Temple y Constance compartían mi ansiedad. Constance y yo hablamos mucho aquella mañana. La preocupación sincera había eliminado sus reservas, y me expresó abiertamente sus sentimientos hacia mi hermano, sin ocultar su inclinación hacia él. Yo, por mi parte, le hice comprender lo bienvenida que sería para mí una unión entre ella y John, y lo sinceramente que la apreciaba como hermana.

Era una mañana de crudo invierno, con algo de nieve y fuertes vientos. La casa se encontraba en el estado de desorden que normalmente se puede observar al día siguiente a un baile u otra festividad importante. La recorrí dando vueltas infatigable, y por último llegué hasta la galería de retratos, que había sido escenario de la aventura de John la noche anterior. Nunca había estado en esa parte de la casa, ya que no tenía instalaciones para calefacción, y por lo tanto a menudo permanecía cerrada durante los meses invernales. Hallé un placer apático en admirar los cuadros que cubrían las paredes, la mayoría de los cuales eran retratos de antiguos miembros de la familia, incluida la famosa pintura de Sir Ralph Temple y su familia, atribuida a Holbein. Había llegado al extremo de la galería y me senté en el mirador, contemplando cómo caían los dispersos copos de nieve, y cómo los siempreverdes oscilaban salvajemente con las ráfagas de viento repentinas. Mis pensamientos estaban ocupados con los acontecimientos de la noche anterior, con la enfermedad de John, con el baile, y me encontré tarareando la melodía de un vals que había atrapado mi imaginación. Por último me volví desde la escena del jardín hacia la galería, y al hacerlo mis ojos cayeron sobre un notable cuadro que tenía justo enfrente.

Era un retrato de cuerpo entero de un joven, a tamaño real, y apenas había tenido tiempo de apreciar sus rasgos principales cuando supe que tenía delante de mí la contrapartida pintada de la visión de mi hermano. El descubrimiento me provocó una sorpresa violenta, y fue con infinita aversión que reconocí al instante los rasgos y ropas del hombre a quien John había visto levantarse de la silla en Oxford. Con tanta precisión me lo había descrito la imaginación de mi hermano, que parecía como si yo misma le hubiera visto antes. Observé cada uno de los rasgos, comparándolos con la descripción de mi hermano, y encontrándolos todos familiares y en correspondencia exacta. Era un hombre todavía en la flor de la vida. Sus rasgos eran uniformes y hermosamente moldeados; pero había algo en su rostro que me inspiraba un profundo aborrecimiento, aunque sus ojos castaños estaban abiertos y resplandecían. Su boca

estaba finamente cortada, con una ligera mueca de burla en los labios, y su piel tenía esa extrema palidez que se había grabado profundamente en la imaginación de mi hermano y en la mía propia.

Después de que la intensa sorpresa inicial hubo remitido un tanto, experimenté una sensación de gran alivio, pues aquí había una explicación extraordinaria para la visión de mi hermano la noche anterior. Estaba claro que el relámpago había iluminado su malhadado retrato, y que en su imaginación predispuesta la figura pintada se había destacado como una verdadera encarnación. Que semejante incidente, aunque alarmante, pudiera haberle provocado a John una meningitis, demostraba que ya debía de haberse encontrado en un estado muy débil o disminuido, en el cual la emoción actuaría de forma mucho más poderosa que en un estado de salud mucho más robusto. Un estado de debilidad similar, perturbado por la emoción de su pasión por Constance Temple, podría seguramente haber conjurado también la visión que creyó ver la noche que abandonamos Oxford en el verano. Estos pensamientos, mi querido Edward, me proporcionaron un gran alivio; pues por comparación parecía una cuestión trivial que mi hermano estuviera enfermo, incluso gravemente enfermo, si su indisposición física podía explicar el pavor sobrenatural que le había acosado los últimos seis meses. Las nubes se estaban disipando. Era evidente que John se había encontrado gravemente indispuesto durante varios meses; su debilidad física había actuado sobre su cerebro; y yo había dado vida a sus disparatadas fantasías al sentirme alarmada por ellas, en lugar de rechazarlas de plano o burlarme amablemente de ellas como debería haber hecho. Pero estos alegres pensamientos me llevaron demasiado lejos, y de pronto me vi asaltada por una idea que no admitía una explicación tan sencilla. Si la figura del hombre que mi hermano vio en Oxford era simplemente un producto de la imaginación trastornada, ¿cómo había podido describirla exactamente tal y como aparecía representada en este cuadro? Nunca antes había estado en Royston, y por lo tanto no podía tener ninguna imagen del retrato grabada inconscientemente o escondida en su mente. Pero su descripción nunca había variado. Había sido tan precisa como para permitirme crear en mi imaginación una representación vivida del hombre que había visto; y aquí tenía ante mí sus rasgos y ropas reproducidos de forma exacta. Ante una coincidencia tan extraordinaria, la razón se sentía desorientada, y no supe qué pensar. Me acerqué al retrato y lo examiné más de cerca.

Las ropas correspondían en todos los detalles a las que mi hermano había descrito que llevaba la figura de Oxford: una larga levita de tela verde con bordados dorados, un chaleco de satén blanco con tallos de rosas bordados, puntilla dorada en los bolsillos, calzones de ante, y bajando por el cuello elegantemente moldeado una corbata larga de exquisitos encajes. La figura posaba negligente, apoyándose en un pedestal de piedra o columna corta sobre la que yacía el codo izquierdo, y el pie derecho estaba cruzado levemente sobre el izquierdo. Sus zapatos eran de cuero negro con grandes hebillas de plata, y toda su indumentaria era muy a la moda

antigua, tal como sólo la había visto en bailes de disfraces. En el pie del pedestal estaba el nombre del pintor: «Battoni pinxit, Romae, 1750». Sobre lo alto del pedestal, y bajo su hombro izquierdo, había un largo manuscrito aparentemente de música, del cual un extremo, desplegado, colgaba sobre el borde.

Durante algunos minutos permanecí mirando este retrato que tanto me había sorprendido, pero me volví al oír pasos en la galería, y vi a Constance, que había venido a buscarme.

—Constance —dije—, ¿de quién es este retrato? Es un cuadro impresionante, ¿verdad?

—Sí, es una magnífica pintura, aunque de un hombre muy malo. Su nombre era Adrian Temple, y fue propietario de Royston. No sé mucho de él, pero creo que era muy perverso y muy astuto. Mi madre podría contarte más. Es un cuadro que no nos gusta a nadie, aunque esté tan bien pintado; y tal vez porque siempre me lo describieron desde niña como un hombre malo, tengo aversión por él. Es curioso que cuando surgió el relámpago anoche mientras tu hermano John y yo estábamos sentados aquí, iluminó este cuadro con un resplandor cegador que hizo que la figura destacara tan extrañamente que casi parecía viva. Fue justo después de eso cuando descubrí que John se había desmayado.

El recuerdo no era agradable para ninguna de las dos y cambiamos de tema.

—Vamos —dije—, abandonemos la galería, aquí hace mucho frío.

Aunque no dije nada más en aquel momento, sus palabras me habían causado una fuerte impresión. Era muy raro que, incluso con lo poco que sabía de Adrian Temple, hablara al instante de su vida notoriamente maligna, y de su aborrecimiento personal hacia el cuadro. Al recordar lo que mi hermano había dicho la noche anterior, que en presencia de este hombre, él mismo se sintió enfrentado a una indescriptible perversidad, no pude sino sentirme sorprendida por la coincidencia. La historia entera empezaba ahora a parecerme uno de esos rompecabezas o mapas con los que había jugado de niña, en los que cada pieza encajaba con otra hasta que el contorno quedaba completo. Era como si estuviera encontrando una a una las piezas de una historia pasada, y las enajara unas con otras hasta que un terrible conjunto surgiera paulatinamente y se irguiera en su deformidad completa.

El Dr. Empson habló en términos graves de la enfermedad de John, y aceptó sin reticencias la propuesta de la señora Temple de que el Dr. Dobie, un conocido médico de Derby, fuera llamado para una consulta. El Dr. Dobie vino más de una vez, y por último pudo informar de una mejoría en el estado de John, aunque los dos médicos prohibieron terminantemente cualquier visita, y dijeron que bajo las circunstancias más favorables transcurriría un periodo de varias semanas antes de que pudiera ser trasladado.

La señora Temple me invitó a permanecer en Royston hasta que mi hermano se encontrara suficientemente recuperado para ser trasladado; y tanto ella como Constance, aunque lamentaban la causa, fueron tan bondadosas como para declararse

complacidas de que el accidente me retuviera con ellas tanto tiempo.

Como los informes de los médicos eran paulatinamente más favorables, y nuestros pensamientos en consecuencia más libres para dedicarse a otras cuestiones, un día pregunté a la señora Temple por el cuadro, diciéndole que me interesaba, e interrogándola sobre algunos detalles de la vida de Adrian Temple.

—Mi querida niña —dijo—, hubiera preferido que no mostraras curiosidad por este hombre, a quien desearía no tener que llamar antepasado. Yo misma sé poco de él, y en verdad su vida fue de tal naturaleza que ninguna mujer, y mucho menos una jovencita, debería desear estar muy versada en ella. Fue, creo, un hombre de talento sobresaliente, y pasó la mayor parte de su tiempo entre Oxford e Italia, aunque visitaba Royston ocasionalmente, y construyó nuestro gran salón, que utilizamos como salón de baile. Antes de que cumpliera los veinte años ya circulaban historias extravagantes sobre su vida licenciosa, y para cuando cumplió los treinta su nombre era conocidísimo entre las personas rectas y honradas. En Oxford y en sus viajes siempre le acompañaba un compañero inseparable llamado Jocelyn, que le secundaba en su perversidad, hasta que en una de sus excursiones italianas, Jocelyn le abandonó repentinamente y se convirtió en monje trapense. Se dijo por entonces que algún acto salvaje de Adrian Temple le había impresionado incluso a él, y que había ofendido de tal manera los instintos de decencia humana que todavía le quedaban que se sintió arrancado como una rama de la hoguera, y pudo volver la espalda al arrollador oleaje de su perversidad. Sea como sea, Adrian continuó su rumbo maligno sin él, y unos cuatro años más tarde desapareció. Lo último que se supo de él fue en Nápoles, y se cree que sucumbió durante un brote violento de la plaga que tuvo lugar en Italia durante el otoño de 1752. Eso es todo lo que te puedo contar, y la verdad es que sé poco más. El único rasgo bueno que se ha recordado de él es que era un músico soberbio, que tocaba admirablemente el violín, el cual había estudiado con el ilustre Tartini en persona. Pero incluso su arte musical, si la tradición dice la verdad, lo empleaba en los fines más viles.

Me disculpé por mi indiscreción al preguntarle por materia tan desagradable, y al mismo tiempo le agradecí lo que había considerado oportuno contarme, declarándome muy interesada, como realmente lo estaba.

—¿Era un hombre guapo?

—Eso es una pregunta de mozuela —contestó, sonriendo—. Se dice que fue muy guapo; y en verdad su retrato, pintado después de que hubiera pasado su primera juventud, le hace a una pensar que fue así. Pero se dice que su complexión quedó arruinada, y su piel se volvió de un blanco mortecino debido a ciertos experimentos que ni nos es posible ni adecuado comprender. Su rostro tiene la forma ovalada y alargada de la que todos los Temple se enorgullecen, y tenía ojos castaños: a veces nos burlamos de Constance diciendo que es como Adrian.

Era verdad, recordé después de que la señora Temple lo señalara, que Constance tenía una cara peculiarmente larga y ovalada. Le daba, creo, un aire de belleza plácida

y sería, que era a mis ojos, y tal vez también a los de John, uno de sus mayores atractivos.

—Ni siquiera me gusta su retrato —prosiguió la señora Temple—. Y criados ociosos han contado extrañas historias de él que no merece la pena repetir. A veces he pensado en destruirlo; pero mi difunto esposo, que era un Temple, no quiso ni oír hablar de ello, y ni siquiera de retirarlo del sitio que ocupa en la galería; y sería aborrecible que yo hiciera algo contrario a sus deseos, que tan firmemente fueron expresados. Además, es perfecto desde un punto de vista artístico, ya que fue pintado por Battoni en su estilo más alegre.

Nunca pude obtener más de la señora Temple; pero lo que me dijo me interesó profundamente. Que Adrian Temple hubiera sido un músico y violinista tan fenomenal parecía otro eslabón de la cadena, aunque apenas podía imaginar por qué. Tenía, supongo, la oscura idea de que ese maligno y proscrito espíritu se había sentado solo en la oscuridad durante cien años, hasta que fue atraído de nuevo por los dulces tonos de la música italiana, y el ritmo de la «Areopagita» que había adorado hacía tanto tiempo.

## CAPÍTULO 9

La recuperación de John, aunque continua y satisfactoria, fue lenta; y no fue hasta la Pascua, que cayó pronto ese año, cuando su salud se consideró plenamente restablecida. Las últimas semanas de su convalecencia fueron para todos nosotros una época de agradecido y tranquilo disfrute. Si puedo juzgar por mi propia experiencia, hay pocos momentos en nuestra vida más favorables para que crezcan los sentimientos de afecto y piedad, o más llenos de agradable contenido, que los periodos de recuperación paulatina de una grave enfermedad. El efecto aleccionador de nuestra reciente enfermedad aún no se ha disipado, pero nos sentimos al mismo tiempo agradecidos a nuestro Creador por preservarnos, y a nuestros amigos por los incontables actos de vigilante amabilidad que la enfermedad tiene la peculiar virtud de suscitar.

Ninguna madre atendió jamás a su hijo con mayor ternura que la señora Temple atendió a mi hermano, y antes de que su salud estuviera completamente restablecida, los vínculos entre él y Constance habían madurado en un compromiso formal. Tal alianza era, como he explicado antes, particularmente apropiada, y su perspectiva me proporcionó el más vivo placer de todos los interesados. El mes de marzo había sido extraordinariamente suave, y al estar Royston situado en un valle, como la mayoría de las casas de su época, estaba bien protegido de los vientos fríos. Estaba, además, orientado hacia el sur, y a medida que mi hermano fue recuperando fuerzas paulatinamente, Constance, él y yo solíamos sentarnos al aire libre en las agradables mañanas de primavera. Pusimos un sillón con muchos cojines para John sobre la grava de la puerta delantera, donde el calor del sol se reflejaba en las paredes de ladrillo rojo, y a veces nos leía en voz alta mientras estábamos enfrascadas en nuestra labor de ganchillo. El señor Tennyson acababa de publicar anónimamente un primer volumen de poemas, y la sobria dignidad de sus versos encajaba muy bien con nuestro estado de ánimo en aquellos momentos. El recuerdo de aquellas agradables mañanas de primavera, mi querido Edward, aún no se ha desvanecido, y todavía puedo oler el dulce aroma húmedo de las violetas, y ver los colores brillantes de la flor del azafrán en los parterres.

El intelecto de John parecía recuperar fuerzas con su cuerpo. Era como si hubiera apartado la nube que le ensombrecía antes de su enfermedad, y evitaba por completo cualquier referencia a aquellos acontecimientos desagradables que con anterioridad habían estado tan presentes en sus pensamientos. Yo había aprovechado la primera oportunidad para contarle mi descubrimiento del retrato de Adrian Temple, ya que pensé que ayudaría a mostrarle que al menos la última aparición de esta forma fantasmal admitía una explicación racional. Pareció contento de oír esto, pero no demostró el mismo interés por el tema que yo esperaba, y permitió que lo abandonáramos en seguida. Fuera por falta de interés, o por una repugnancia persistente a visitar el lugar donde le atacó la enfermedad, creo que no volvió a



entrar en la galería de retratos antes de marcharse de Royston.

No puedo decir lo mismo de mí. El cuadro de Adrian Temple ejercía una curiosa fascinación sobre mí, y aprovechaba cualquier oportunidad de estudiarlo. En verdad, era una obra maravillosa; y tal vez porque la recuperación de John otorgó un tono más alegre a mis pensamientos, o tal vez por el poder de la costumbre para embotar incluso las más agudas antipatías, el caso es que paulatinamente llegué a perder gran parte del sentimiento de aversión que me había inspirado al principio. Con el tiempo, su aspecto desagradable se hizo menos desagradable, y me fijé más en el bello óvalo del rostro, los ojos castaños, y lo excelentemente cincelados que estaban los rasgos. A veces, también, sentía una profunda lástima por un caballero tan inteligente que había muerto joven, y cuya vida, al ser siempre tan perversa, a menudo debía de haber sido solitaria y triste. Más de una vez fui descubierta por la señora Temple o por Constance sentada en contemplación del cuadro, y se rieron amablemente de mí, diciendo que me había enamorado de Adrian Temple.

Una mañana a principios de abril, cuando el sol brillaba sobre el mirador, y el cuadro recibía una luz más directa que de costumbre, se me ocurrió examinar de cerca la partitura de música pintada como si colgara del borde del pedestal en el cual se apoyaba la figura. Hasta aquel momento, había pensado que los signos reproducidos en ella serían tan sólo aquellos con los que los pintores solían representar convencionalmente una pieza de notación musical. Creo que esto es lo habitual en los cuadros en los que he visto que aparecía una pieza musical. Quiero decir que aunque la pintura ofrece el aspecto general del pentagrama musical, no se pretende pintar notas concretas que permitan identificar una pieza musical auténtica. Aunque, mientras escribo esto, recuerdo que en el monumento a Handel en la Abadía de Westminster está representado un manuscrito musical semejante al del retrato de Adrian Temple, pero que incluye realmente la frase inicial de la majestuosa melodía: «Sé que mi Redentor vive».

Así pues, aquella mañana en Royston me pareció advertir que en el manuscrito había pintado un verdadero pentagrama, con compases y notas; y una vez despierto mi interés, me subí a una silla para examinarlo mejor. Aunque el tiempo había oscurecido aquella parte del cuadro como con un velo, distinguí que el pintor había intentado reproducir una pieza musical concreta. Al momento vi que la melodía representada consistía de los compases iniciales de la *Gagliarda* de la suite de Graziani con la que mi hermano y yo estábamos tan familiarizados. Aunque creo que no había visto el libro de música que contenía esa pieza más de dos veces, la melodía me resultaba muy conocida, y no tuve ninguna dificultad en comprobar que tenía delante de mí la tonada de la *Gagliarda*, y no otra. Es cierto que estaba burdamente pintada, pero para alguien que conociera la canción no había lugar para la duda.

Había aquí una nueva razón, no diré que para la sorpresa, pero sí para la reflexión. Por supuesto, podría haber sido una coincidencia que el artista eligiese pintar en este cuadro esa pieza musical concreta; pero parecía más probable que

hubiese sido una tonada favorita de Adrian Temple, y que hubiera elegido deliberadamente que le representaran con ella. Este descubrimiento me lo guardé para mí misma, pues no me pareció sabio comunicárselo a mi hermano, por si al hacerlo reavivaba su interés por un tema que confiaba que hubiese apartado finalmente de sus pensamientos.

La segunda semana de abril, el feliz grupo de Royston se dispersó: John regresaba a Oxford para el trimestre de verano, la señora Temple hacía una breve visita a Escocia y Constance venía a Worth Maltravers para hacerme compañía durante un tiempo.

Era el último trimestre de John en Oxford. Esperaba licenciarse en junio, y su matrimonio con Constance Temple había sido fijado provisionalmente para el siguiente septiembre. Regresó a Magdalen Hall del mejor humor, y encontró sus dependencias con un aspecto alegre debido a las macetas rebosantes de flores de las ventanas. No te entretendré con un largo relato de los acontecimientos del trimestre, ya que no tienen relación con la historia actual. Sólo te diré que creo que mi hermano se aplicó con diligencia a sus estudios, y se divirtió únicamente con la equitación, cabalgando dos caballos que hizo que le enviaran desde Worth Maltravers.

Hacia la segunda semana después de su regreso, recibió una carta del señor George Smart para comunicarle que el Stradivarius ya se encontraba en perfecto estado. Exámenes subsiguientes, escribía el señor Smart, y el veredicto unánime de los expertos a quienes había consultado, sólo habían servido para confirmar el punto de vista que había expresado desde el principio, es decir, que el violín era de la mejor calidad, y que mi hermano tenía en su posesión un ejemplar único e intacto del mejor periodo de Stradivarius. Había hecho que le pusieran un cordaje adecuado; y como la barra de graves nunca había sido retirada, y era de naturaleza más fuerte que lo habitual en la época de su fabricación, había considerado innecesario sustituirla. Si mostrara cualquier signo de que fuera inadecuada para soportar la tensión del cordaje moderno, se podría fácilmente sustituir por otra en una fecha posterior. Había permitido que lo tocara un joven virtuoso alemán, y aunque este caballero era uno de los principales intérpretes vivos, y había tenido oportunidad de manejar muchos instrumentos espléndidos, aseguró al señor Smart que nunca había tocado ninguno que pudiera en forma alguna compararse con éste. Mi hermano escribió una respuesta dándole las gracias y rogándole que hiciera llegar el violín a Magdalen Hall.

Sin embargo, las agradables veladas musicales que John acostumbraba pasar en compañía del señor Gaskell habían quedado completamente interrumpidas. Pues aunque no había razón alguna para que disminuyera la amistad entre ambos, y aunque por parte del señor Gaskell había un ardiente deseo de mantener su antigua intimidad, sin embargo los dos jóvenes se veían cada vez menos, hasta que su relación quedó reducida a un saludo casual en la calle. Creo que durante este tiempo mi hermano tocó con mucha frecuencia el Stradivarius, pero siempre solo. Su mera posesión parecía haber engendrado en su ánimo desde el principio una tendencia a la reserva

que, como ya he observado, era completamente ajena a su verdadera disposición. Igual que había ocultado su descubrimiento a su hermana, también lo había hecho a su amigo, y el señor Gaskell se mantuvo en completa ignorancia de la existencia de dicho instrumento.

La noche de su llegada de Londres, parece que John desempaquetó cuidadosamente el violín y lo probó con un arco nuevo fabricado por Tourte que había adquirido al señor Smart, Cerró la pesada puerta exterior de su cuarto antes de empezar a tocar, para que no pudiera entrar nadie inadvertidamente; y después me contó que aunque, como es natural, había esperado que el instrumento diera un tono excelente, sus auténticas virtudes excedieron en tal magnitud sus previsiones que se sintió abrumado. El sonido brotaba de él con un volumen de tal profundidad y pureza que le daba la impresión de que los pasajes eran en acorde, o que incluso había otro violín tocando al mismo tiempo. Por supuesto, no había tenido ocasión de practicar durante su enfermedad, de manera que esperaba encontrar su habilidad con el arco algo disminuida; pero percibió, por el contrario, que su interpretación había mejorado mucho, y que estaba tocando con una maestría y un sentimiento de los que nunca había tenido conciencia. Aunque atribuía esta mejoría en gran medida a las bondades del instrumento con el cual tocaba, no podía dejar de creer que debido a su enfermedad, o por alguna otra razón inexplicada, había adquirido en realidad una mayor libertad en la muñeca y una fluidez en la expresión, con la cual se sentía no poco regocijado. Hizo poner un cerrojo en la alacena en la que había encontrado el violín, y allí lo depositaba cuidadosamente cada vez que terminaba de tocar, antes de abrir la puerta exterior de su habitación.

Así pasó el trimestre de verano. Los exámenes habían llegado a su debido tiempo, y ahora ya habían concluido. Los dos jóvenes se habían sometido a la prueba, y aunque por supuesto ninguno de los dos lo habría admitido ante nadie, ambos sentían en su interior que no tenían razones para sentirse insatisfechos con su actuación. Los resultados no se harían públicos hasta varias semanas más tarde. Había llegado la última noche del trimestre, la última noche también de la carrera de John en Oxford. Eran cerca de las nueve en punto, pero todavía había bastante luz, y el intenso resplandor naranja del ocaso todavía no había abandonado el cielo. El aire era cálido y sofocante, como en aquella noche funesta de un año antes en que había visto por vez primera la estampa o la ilusión de la estampa de Adrian Temple. Desde aquella vez había tocado la «Areopagita» muchas, muchas veces; pero nunca se había producido una reaparición de aquella figura, ni siquiera se había oído el antaño familiar crujido de la silla de mimbre. Mientras estaba sentado en su habitación, pensando con la lógica melancolía que había visto ponerse el sol por última vez en su vida estudiantil, y reflexionando sobre las posibilidades del futuro y tal vez sobre las oportunidades desperdiciadas en el pasado, el recuerdo de aquella noche del junio anterior volvió con fuerza a su imaginación, y sintió el impulso irresistible de tocar una vez más la «Areopagita». Abrió la ahora familiar alacena y sacó el violín, y

nunca le habían parecido más hermosas las exquisitas graduaciones del color de su barniz que bajo la suave luz del día moribundo. Cuando empezó la *Gagliarda* miró hacia la silla de mimbre, casi esperando ver la figura que bien sabía se sentaba en ella; pero nada de eso ocurrió, y terminó la «Areopagita» sin que sucediera ningún fenómeno extraordinario.

Fue casi al final cuando oyó que alguien llamaba a la puerta exterior. Apresuradamente encerró el violín y abrió el «roble». Era el señor Gaskell. Entró con un aire incómodo, como si no estuviera seguro de ser bienvenido.

—Johnnie —empezó, y se detuvo.

La fuerza de la costumbre nos lleva a veces, querido sobrino, a dirigirnos inadvertidamente a aquellos que fueron nuestros amigos utilizando un mote familiar mucho después de que la intimidación que antaño lo justificaba haya desaparecido. Pero a veces volvemos deliberadamente a usar dicho nombre, al no querer proclamar de forma abierta, como sería el caso con un tratamiento más formal, que ya no somos los amigos que fuimos. Creo que éste era el caso del señor Gaskell cuando repitió el nombre familiar.

—Johnnie, estaba paseando por New College Lane, y oí el violín a través de tu ventana abierta. Estabas tocando la «Areopagita», y me sonó tan familiar que pensé que debía subir. No te interrumpo, ¿verdad?

—No, no, en absoluto —contestó John.

—Es la última noche de nuestra vida de estudiantes, la última noche que nos veremos en Oxford como universitarios. Mañana nos despedimos de la juventud y nos convertimos en hombres. El caso es que no nos hemos visto mucho durante este último trimestre, y me atrevo a decir que ha sido culpa mía. Pero al menos separémonos como amigos. No creo que tengamos tantos amigos como para que podamos permitirnos desprendernos de ellos a la ligera.

Alargó su mano con sinceridad, y su voz temblaba un poco mientras hablaba, en parte quizá por la emoción verdadera, pero más probablemente por el sentimiento de reticencia que he observado que los hombres siempre exhiben al descubrir cualquier sentimiento más profundo que los que habitualmente se consideran convencionales en la sociedad educada. Mi hermano se sintió conmovido por su obvio deseo de renovar su antigua amistad, y estrechó la mano tendida.

Hubo una pausa de un minuto, y entonces se reanudó la conversación, un poco envarada al principio, pero más suelta después. Hablaron de muchos temas intrascendentes, y el señor Gaskell felicitó a John por su futuro matrimonio, del cual había tenido noticia. Cuando por fin se levantó para marcharse, dijo:

—Debes de haber practicado el violín con mucha diligencia últimamente, pues nunca vi a nadie progresar tan rápido como tú lo has hecho. Cuando venía, me sentí hechizado por tu música. Nunca te había oído sacar al instrumento un tono tan exquisito: los pasajes en acorde eran tan poderosos que creí que había otra persona tocando contigo. Tu Pressenda es mejor instrumento de lo que creía.

Mi hermano se sintió halagado por el cumplido del señor Gaskell, y éste prosiguió.

—Permíteme disfrutar una vez más del placer de tocar contigo en Oxford; toquemos la «Areopagita».

Dicho eso, abrió el piano y se sentó.

John se volvía para sacar el Stradivarius cuando recordó que nunca le había revelado su existencia al señor Gaskell, y que si ahora lo mostraba, tendría que dar una explicación. Al instante cambió su talante, y con menor afabilidad, se excusó de una forma más bien violenta de atender su petición, diciendo que estaba fatigado.

El señor Gaskell se sintió evidentemente dolido por los nuevos modales de su amigo, y sin renovar su petición, se levantó al instante del piano, y después de una breve y forzada conversación, se marchó. Al irse estrechó la mano de mi hermano, le deseó toda la prosperidad posible en su matrimonio y en su vida posterior, y dijo:

—¡No te olvides del todo de tu antiguo camarada, y recuerda que si alguna vez necesitas un amigo de verdad, sabes dónde encontrarle!

John oyó sus pasos reverberando por el pasillo e hizo un movimiento involuntario, como si fuera a llamarle, pero no lo hizo, aunque pensó en sus últimas palabras entonces y en otra ocasión posterior.

## CAPÍTULO 10

Pasamos el verano en compañía de la señora Temple y de Constance, en parte en Royston y en parte en Worth Maltravers. John había vuelto a alquilar el yate *Palestino*, y el grupo entero hicimos varias expediciones en él. Constance estaba completamente dedicada a su amado; su vida parecía envuelta en la de él; era como si no tuviera existencia sino en presencia de él.

Apenas puedo enumerar las razones que provocaron tales pensamientos, pero durante estos meses a veces me encontré preguntándome si John todavía correspondía a su afecto tan ardientemente como yo sabía que había sido el caso. Es cierto que no puedo traer a la cabeza ninguna circunstancia individual que justificara semejante sospecha. Él cumplió con puntillosa eficacia todos esos pequeños actos de devoción que se esperan de un enamorado correspondido; parecía obtener placer en perfeccionar cualquier plan de diversión para entretenerla; y sin embargo crecía en mi interior la impresión de que ya no sentía el mismo amor sincero por ella que ella le profesaba a él y que él mismo había mostrado seis meses antes. No puedo decir, mi querido Edward, lo intenso que fue el pesar que la simple sospecha de esto me provocó, y continuamente me reprendía a mí misma por dar pábulo a pensamientos tan indignos, y los expulsaba de mi mente reprobatoriamente. Pero, ay, no tardaban mucho en volver a hacerse notar. Todos habíamos visto el violín Stradivarius; era imposible que mi hermano siguiera ocultándonoslo, pues ahora lo tocaba sin descanso. No nos relató la historia de su descubrimiento, contentándose con decir que había llegado a su posesión en Oxford. Como es lógico, imaginamos que lo había comprado; y por ello sentí lástima, pues temí que el señor Thoresby, su tutor, que le había dado algunos años antes un excelente violín de Pressenda, pudiera sentirse dolido al ver su regalo tan poco ceremoniosamente dejado de lado. Ninguna de nosotras estaba familiarizada íntimamente con los caprichos de los coleccionistas de violines, y por lo tanto todas ignorábamos el enorme valor que la moda había aplicado a tan espléndido instrumento. Incluso si lo hubiéramos sabido, no creo que nos hubiera sorprendido que John lo comprase; pues recientemente había adquirido la mayoría de edad, y estaba en posesión de una fortuna tan grande que justificaría ampliamente semejante capricho si él hubiera deseado gratificarse con él. Sin embargo, nadie podía permanecer ignorante de las maravillosas cualidades musicales del instrumento. Sus tonos ricos y melodiosos atraían incluso a los oídos menos musicales, y eran tema de constante comentario. También observé que el dominio de mi hermano del violín había mejorado de forma perceptible, pues era imposible atribuir la gran belleza y energía de su interpretación tan sólo a la excelencia del instrumento que estaba utilizando. Parecía más entregado que nunca a su arte, y se encerraba en su habitación solo durante dos o más horas seguidas con el propósito de tocar el violín, un hábito que fue motivo de pesar para Constance, pues no permitía que permaneciera en su compañía en tales ocasiones, cuando ella, como es natural,

deseaba hacerlo.

Así se fue el verano. Debería haber mencionado que en julio, después de completar la parte oral de su examen, tanto el señor Gaskell como John recibieron la información de que habían obtenido «primera clase». Parece que los jóvenes lo habían hecho excelentemente bien, y ambos habían conseguido un puesto en esa envidiada división de la primera clase que se llamaba «sobre la línea». El éxito de John fue motivo de gran placer para todos nosotros, y se intercambiaron libremente mutuas felicitaciones. También nos sentimos complacidos por el alto puesto del señor Gaskell, al recordar la amabilidad con la que nos había tratado en Oxford el año anterior. Deseaba enviarle mis cumplidos y felicitaciones cuando volviera a escribirle. No dudaba de que mi hermano contestaría a las felicitaciones del señor Gaskell, que ya había recibido; dijo, sin embargo, que su amigo no le había dejado dirección a la cual escribirle, y dejó correr el asunto.

El 1 de septiembre, John y Constance Temple se casaron. La boda se celebró en Royston, y por deseo especial de John (al cual accedió por completo Constance) la ceremonia fue estrictamente privada y de naturaleza sencilla. La pareja recién casada había decidido pasar su luna de miel en Italia, y se marchó rumbo al continente por la mañana.

La señora Temple me invitó a quedarme con ella en Royston por el momento, lo cual hice con mucho gusto, al sentir profundamente la pérdida de un hermano querido, y encontrarme ante la triste perspectiva de las seis semanas de soledad que debían transcurrir antes de que volviera a verle a él y a mi querida Constance.

Recibimos noticias de nuestros viajeros unos quince días después, y luego supimos de ellos en intervalos frecuentes. Constance escribía con el mejor de los ánimos, y con el mayor cariño. Nunca había estado en Suiza ni en Italia, y todo le resultaba encantadoramente novedoso. Habían viajado a través de Basilea hasta Lucerna, pasando un par de días en ese lugar delicioso, y de allí, atravesando el Paso de Simplón hasta Lugano y los lagos italianos. Después supimos que habían ido más al sur de lo que en principio tenían previsto; habían llegado a Roma, y pretendían seguir hasta Nápoles.

Después de las primeras semanas, no recibimos más cartas de John. Siempre era Constance quien escribía, e incluso sus cartas se hicieron mucho menos frecuentes que antes. Esto podía ser natural, ya que los asuntos del viaje sin duda ocupaban sus pensamientos. Pero pronto ambas advertimos que las cartas de nuestra querida muchacha eran más reservadas y formales que antes. Era como si ahora escribiera más para cumplir con cierto sentido del deber que para desahogar la alegre jovialidad y el ingenuo disfrute que alentaba cada renglón de sus anteriores comunicaciones. Así al menos nos parecía a nosotras, y una vez más la antigua sospecha se presentó en mi mente, y temí que las cosas no fueran como debían ser.

Nápoles iba a ser el punto de inflexión de sus viajes, y esperábamos que regresaran a Inglaterra a finales de octubre. Sin embargo, llegó noviembre y todavía

no teníamos indicaciones de que su viaje de regreso hubiera comenzado o ni siquiera estuviese decidido. De John no había noticias, y Constance escribía cada vez con menor frecuencia. John, decía, estaba embelesado con Nápoles y sus alrededores; se dedicaba con ahínco al violín, y aunque ella no lo decía, yo sabía que eso significaba que a menudo se quedaba sola. Ella, por su parte, no creía que una estancia prolongada en Italia conviniera a su salud; los cambios repentinos de temperatura la ponían a prueba, y la gente decía que las brisas que llegaban desde la bahía por la noche eran insalubres.

Entonces recibimos una carta de ella que nos alarmó en gran medida. Estaba escrita en Nápoles y fechada el 25 de octubre. John, decía, había padecido últimamente de nervios e insomnio. El miércoles, dos días antes de la fecha de la carta, había sufrido durante todo el día una extraña inquietud, que se acentuó después de que se retirasen por la noche. No podía dormir y había vuelto a vestirse, diciéndole que pasearía un poco bajo el aire nocturno para reanimarse. No regresó hasta las seis de la mañana, y tan mortalmente pálido y con un aspecto tan agotado que insistió en quedarse en la cama hasta que ella pudiera conseguir consejo médico. Los doctores temieron que hubiera sido atacado por alguna extraña forma de fiebre palúdica y dijeron que necesitaba muchos cuidados. Sin embargo, nuestra ansiedad se vio al menos temporalmente aliviada al recibir nuevas posteriores que hablaban de la recuperación de John. Pero noviembre se acercaba a su fin sin que ninguna mención concreta de su regreso hubiese llegado hasta nosotras.

Creo que ese mes es siempre aburrido en el campo. No tiene ni los tintes brillantes de octubre, ni la acogedora jovialidad de mitad del invierno, con la alegría de la Navidad para aliviarlo. Este año fue más lúgubre que de costumbre. Una lluvia incesante se hizo notar, y el Roy, un arroyuelo que rodeaba los jardines no muy lejos de la casa, creció hasta proporciones extraordinarias. Por último, una noche terrible las aguas subieron tanto que cubrieron por completo las terrazas del jardín, arrasando los parterres y cubriendo el césped con una gruesa capa de fango. Puede que esta lóbreguez del rostro externo de la naturaleza grabase una sensación aprensiva en nuestros ánimos, y con un sentimiento de placer más intenso de lo habitual y alivio recibimos a principios de diciembre una carta fechada en Laon, la cual decía que nuestros viajeros ya estaban muy adelantados en su viaje de regreso, y que esperaban llegar a Inglaterra una semana después de que nosotros recibiéramos tal aviso. Como de costumbre, era Constance quien escribía. John le rogaba, decía, que pudieran pasar la Navidad en Worth Maltravers, y que deberíamos dirigirnos de inmediato allí para ocuparnos de que todo estuviera en orden para su regreso. Llegaron a Worth a mediados de mes, y no hace falta que diga que fueron recibidos con el mayor afecto por la señora Temple y por mí misma.

En respuesta a nuestras preguntas, John afirmó que su salud estaba completamente restablecida; pero aunque no podíamos discernir otros signos de debilidad especial, nos sentimos muy impresionadas por los cambios de su



apariencia. Había perdido por completo su tez morena y saludable, y su rostro, aunque no consumido ni demacrado, estaba extrañamente pálido. Constance nos aseguró que aunque en otros aspectos parecía haberse recuperado, nunca recobró su antiguo color después de la noche de su ataque de fiebre en Nápoles.

Pronto percibí que el ánimo de ella tampoco era tan exaltado como solía; y no mostraba el entusiasmo por narrar a los demás los incidentes del periplo que puede observarse por lo general en aquellos que acaban de regresar de un viaje. La causa de esta depresión no fue, ay, muy difícil de descubrir, pues la antigua abstracción y la melancolía de John parecían haber regresado con fuerzas renovadas. Fue motivo de infinito dolor para la señora Temple, y tal vez aún más para mí, observar este triste estado de cosas. Constance nunca se quejó, y su afecto hacia su marido sólo parecía incrementarse con las dificultades. Pero la cuestión no podía ocultarse a los ojos de una amorosa pariente, y creo que fue la conciencia de que estas circunstancias alteradas no podían sino revelarse ante nuestros ojos lo que añadió sufrimiento al pesar de mi pobre hermana. Aunque no la había descuidado de forma ostensible, era evidente que mi hermano había dejado de obtener de su compañía el placer que razonablemente podría haberse esperado en las circunstancias de un reciente matrimonio, y mil veces más cuando su esposa era una criatura tan adorable y tan hermosa como Constance Temple. John se dejaba ver poco, excepto en las comidas, y ni siquiera siempre en el almuerzo, encerrándose la mayor parte del tiempo en su cuarto o estudio, y tocando continuamente el violín. En vano intentamos incluso por medio de su música devolverle un carácter más amable. Una y otra vez le rogué que me permitiera acompañarle al piano, pero nunca lo consentía, y siempre me rechazaba con alguna excusa. Incluso cuando se sentaba con nosotras por la noche, hablaba poco, dedicándose la mayor parte del tiempo a la lectura. Sus libros estaban casi siempre en griego o latín, de manera que ignoro cuáles eran sus temas de estudio; pero se sentía contento de que Constance o yo tocáramos el piano, diciendo que la melodía, lejos de distraer su atención, le ayudaba más bien a apreciar lo que estaba leyendo. Constance siempre me rogó que le permitiera ocupar su lugar al instrumento en estas ocasiones, y a veces tocaba para él durante horas sin recibir una palabra de agradecimiento, anhelante, incluso en esta forma no recíproca, de testificar su amor y devoción por él.

El día de Navidad, normalmente un momento tan feliz, no supuso ningún alivio para nuestra tristeza. La reserva de mi hermano no hacía más que acentuarse, e incluso sus hábitos más antiguos parecieron cambiar. Siempre había sido muy observante de sus obligaciones religiosas, y asistía al servicio divino con la mayor regularidad, fuera cual fuese el tiempo, diciendo que dar buen ejemplo en estas cuestiones era un deber que un propietario de tierras debía tanto a sus inquilinos como a sí mismo. Desde nuestros primeros años, él y yo habíamos ido el domingo por la mañana a la pequeña iglesia de Worth, y allí nos sentábamos juntos en la capilla de Maltravers, donde tantos de nuestro apellido se habían sentado antes de

nosotros. Aquí sus monumentos y logros nos rodeaban por todas partes, y siempre me había parecido que con su nombre y su propiedad también habíamos heredado la obligación de continuar aquellos actos de piedad, en la práctica de los cuales tantos de ellos habían vivido y habían muerto. Fue, por lo tanto, un motivo de sorpresa y de gran pesar para mí que el domingo después de su regreso mi hermano omitiera todas las prácticas religiosas, y no atendiera ni una sola vez a la iglesia parroquial. No nos acompañó en el desayuno, y ordenó que le subieran café y un bollo a su salita de estar privada. A la hora en que normalmente salíamos para la iglesia, fui a su habitación para decirle que estábamos vestidas y le aguardábamos. Llamé a la puerta, pero al intentar entrar descubrí que estaba cerrada con llave. En respuesta a mi mensaje no abrió la puerta, sino que simplemente nos rogó que fuéramos a la iglesia, diciendo que probablemente nos seguiría más tarde. Nos fuimos solas, y estuve sentada con ansiedad en nuestro asiento, los ojos clavados en la puerta, esperando contra toda esperanza que cada rezagado pudiera ser John, pero no vino. Tal vez esto te parezca, Edward, una circunstancia relativamente trivial (aunque espero que no), pero te aseguro que hizo aflorar las lágrimas a mis ojos. Cuando me senté en la capilla de Maltravers y pensé que por vez primera mi querido hermano había preferido de forma abierta su conveniencia o su capricho por encima de su deber, y que había dejado de acudir a la casa de Dios deliberadamente, sentí un amargo pesar que pareció subir por mi garganta hasta ahogarme. No podía pensar en el significado de las plegarias ni unirme a los cánticos: y todo el tiempo que el señor Butler, nuestro clérigo, estuvo predicando, una estrofa de un poemilla que aprendí de jovencita se repetía en mi cabeza:

*Qué fáciles son los caminos del mal;  
qué angostos y duros los caminos de la ascensión.  
Un niño puede hacer que rueda colina abajo la piedra  
que un gigante se rompe el brazo intentando levantar.*

Tenía la sensación de que nuestro ser amado había puesto el pie en la pendiente, y que ni todos los esfuerzos de quienes habríamos dado la vida para salvarle podrían detenerle ya.

El día de Navidad fue aún peor. Desde que fuimos confirmados, John y yo siempre habíamos recibido el sacramento esa mañana feliz, y después del servicio habíamos distribuido la limosna de Maltravers en nuestra capilla. Como sabes, ese día se entrega a cada uno de doce ancianos cinco libras y un abrigo verde, y una suma semejante de dinero con un vestido de tela azul al mismo número de ancianas. Estos artículos de vestir son situados en la tumba-altar de Sir Esmoun de Maltravers, y han sido distribuidos desde tiempos inmemoriales por el cabeza de nuestra familia. Desde que él tenía doce años, había sido mi orgullo ver a mi hermoso hermano cumplir con este acto de noble caridad, y escuchar las amables palabras que añadía a cada regalo.

¡Ay! ¡Ay! Aquella Navidad fue muy distinta. Ni siquiera aquel día sagrado se acercó mi hermano al altar o a la casa de Dios. Hasta entonces la Navidad siempre me había parecido un día otorgado desde lo alto, para que pudiéramos ver mientras estamos en el mundo un débil destello de la serenidad y el pacífico amor que enriquecen todos los días del cielo. Los hombres codiciosos dejan de lado su avaricia y los enemigos su rencor, los corazones bondadosos se hacen más bondadosos aún, y los cristianos sienten su hermandad compartida. Apenas puedo imaginar un hombre tan perdido o tan culpable que no experimente ese día algún deseo de regresar al bien una vez más, que no reconozca alguna remota posibilidad de cosas mejores. Fueron pensamientos libres y felices como éstos los que previamente habían llenado mi corazón durante el servicio del día de Navidad, y habían estado especialmente asociados con las palabras familiares que tanto amamos todos. Pero aquella mañana las armonías estaban confusas: parecía que algún espíritu maligno estuviera derramando pensamientos perversos en mi oído; y mientras los niños cantaban «Escuchad a los ángeles heraldos», me pareció oír por encima de todo una melodía que había aprendido a aborrecer, la *Gagliarda* de la «Areopagita».

¡Pobre Constance! Aunque su velo estaba corrido, podía ver sus lágrimas, y sabía que sus pensamientos debían de ser aún más tristes que los míos: tomé su mano y la sujeté como si fuera la de una niña. Terminado el servicio, nos aguardaba una nueva prueba. John no había tomado las disposiciones necesarias para distribuir la limosna. Los abrigo y los vestidos estaban apilados y listos sobre la tumba de Sir Esmoun, y allí estaban las bolsitas de cuero con el dinero, pero no había nadie para entregarlas. El señor Butler parecía desconcertado, y aproximándose a nosotras, dijo que temía que Sir John estuviera enfermo; ¿no había tomado medidas para la distribución? El orgullo contuvo las lágrimas que brotaban rápidamente, y dije que mi hermano efectivamente no se encontraba bien, que sería mejor que fuera el señor Butler quien entregase la limosna, y que Sir John visitaría personalmente a los beneficiarios durante la semana. Entonces nos marchamos apresuradamente, sin atrevernos a contemplar la distribución de la limosna, por temor a no ser capaces de dominar nuestros sentimientos y traicionar abiertamente nuestra turbación.

Ya no intentamos seguir disimulando nuestro pesar entre nosotras. Fue como si hubiéramos decidido a la vez abandonar la farsa de fingir que no notábamos el distanciamiento de John de su esposa, o de explicar el tratamiento negligente e injustificable que le daba.

No creo que hubiera habido tres pobres mujeres más tristes el día de Navidad que nosotras cuando regresamos de la iglesia esa mañana. Ninguna habíamos visto a mi hermano, pero hacia las cinco de la tarde Constance entró en su cuarto, y a través de la puerta cerrada con llave le rogó lastimosamente que le dejara verle. Después de unos minutos, él accedió a su petición y abrió la puerta. Las circunstancias exactas de esa entrevista no me las reveló nunca, pero supe por sus maneras al volver que algo que había visto u oído la había apesadumbrado tanto como asustado. Sólo me dijo

que se había arrojado a una agonía de lágrimas a sus pies, y allí arrodillada, agotada y descorazonada, le había suplicado que le dijera si había hecho algo malo, y le había rogado que le devolviera su amor. A todo esto él dio escasa respuesta, pero sus súplicas surtieron al menos suficiente efecto como para inducirle a cenar con nosotras esa noche. Durante la comida intentamos dejar de lado nuestra melancolía, y con fingidas sonrisas y voces alegres, de las que las lágrimas apenas estaban desterradas, sostuvimos una pálida parodia de conversación e intentamos distraer su mal humor. Pero él habló poco; y cuando Foster, el mayordomo de mi padre, puso sobre la mesa la copa de la amistad de tres asas de Maltravers, la cual había traído Navidad tras Navidad durante treinta años, mi hermano simplemente la pasó sin probarla. Vi en el rostro de Foster que el mal del amo ya no era un secreto ni siquiera para los criados.

No maltrataré mis sentimientos ni tampoco los tuyos, mi querido Edward, entrando en mayores detalles sobre la enfermedad de tu padre, pues es obvio que en eso se había convertido su indisposición. Era el único consuelo, y qué lamentable, que podíamos utilizar con Constance; persuadirla de que el distanciamiento de John era tan sólo el resultado o la manifestación de alguna enfermedad física. Obviamente empeoraba de semana en semana, y el tratamiento que dispensaba a su esposa se volvía más frío y cruel. Habíamos hecho todos los esfuerzos posibles para persuadirle a cambiar de aires, para que fuera a Royston durante un mes y se pusiera bajo los cuidados del Dr. Dobie. La señora Temple incluso había llegado a escribir en privado a su médico, contándole del caso lo que le pareció prudente, y pidiéndole consejo. Al no estar al tanto de la cara más oscura de la aflicción de mi hermano, el Dr. Dobie contestó en un tono menos serio del que nos pareció adecuado, pero recomendó en todo caso un cambio completo de aires y de escenario.

Por tanto, sentimos no poco placer y alivio cuando oímos a mi hermano anunciar de forma inesperada una mañana de marzo que había decidido buscar un cambio, y que iba a marcharse de forma inmediata al continente. Se llevó a su ayuda de cámara Parnham, y abandonó Worth una mañana antes del almuerzo, dándonos una despedida poco ceremoniosa, aunque besó a Constance con cierta ternura aparente. Fue la primera vez en tres meses, me confesaría ella después, que había mostrado una señal de afecto, aunque fuera tan pequeña; y su herido corazón atesoró lo que esperaba fuera muestra de un amor que volvía. John no propuso llevarla consigo, y aunque lo hubiera hecho, habríamos dudado en dar consentimiento, pues las señales hacían que pareciera imprudente para ella emprender un viaje al extranjero en ese periodo.

Durante casi un mes no supimos nada de él. Por fin escribió una breve nota a Constance desde Nápoles, sin dar ninguna noticia, y, de hecho, hablando muy poco de sí mismo, pero mencionando una dirección a la que podía escribirle si lo deseaba, la Villa de Angelis en Posilipo. Aunque la carta era fría y hueca, Constance se sintió deleitada de recibirla, y a partir de entonces escribió ella misma casi todos los días, contándole absolutamente todo, y comunicándole las noticias que ella pensaba que le

animarían.

## CAPÍTULO 11

Un mes más tarde, la señora Temple escribió a John advirtiéndole del estado en que se encontraba Constance, y rogándole que regresara al menos durante algunas semanas para que pudiera estar presente en el momento del parto. Aunque habría sido despiadado en grado máximo, e incluso inhumano, rechazar una petición de esta índole, te confesaré que las recientes rarezas de mi hermano me habían preparado para los más disparatados comportamientos por su parte; y me invadió una sensación de alivio cuando supe por la señora Temple poco después que había recibido una breve nota de John, en la que decía que ya estaba listo para su viaje de regreso. Creo que la señora Temple misma sentía lo mismo que yo en esta cuestión, aunque nunca dijo nada.

Cuando regresó, estábamos todas en Royston, adonde la señora Temple había llevado a Constance para ponerla bajo los cuidados del Dr. Dobie. Encontramos el estado físico de John cambiado para peor. Su palidez era tan notable como antes, pero estaba visiblemente más delgado; y su extraña abstracción mental y su melancolía parecían escasamente mitigadas. Al principio, es cierto, saludó a Constance con amabilidad e incluso con afecto. Ella había soportado un terrible estado de ansiedad en cuanto a la actitud que él adoptaría hacia ella, y la tensión mental la había afectado perjudicialmente en su muy delicado estado físico. La amabilidad de él, de una naturaleza bastante vulgar en realidad, le pareció a su corazón anhelante un milagro de amor condescendiente, y se sintió extasiada por la idea de que su afecto hacia ella, antaño tan sincero, estuviera regresando. Pero me duele decir que las maneras de John se deshelaron durante un periodo muy breve, y después recayó en una actitud de completa indiferencia. Fue como si su personalidad verdadera, sincera, honrada y cariñosa hubiera hecho un último y vigoroso esfuerzo por imponerse, como si por un momento hubiera atravesado el duro y egoísta caparazón que se estaba formando alrededor de él; pero la influencia nociva que le afectaba resultó ser aparentemente demasiado poderosa para que él luchase contra ella, y remachó sus cadenas con un peso mayor que antes. Que había alguna influencia maléfica, mental o física, actuando sobre él, nadie que le hubiera conocido antes podía dudarlo por un momento. Pero mientras la señora Temple y yo reconocíamos esto de buen grado, éramos completamente incapaces de establecer alguna conjetura sobre su naturaleza. Es cierto que la imaginación de la señora Temple sugería que Constance tenía alguna rival en sus afectos; pero rechazamos semejante teoría casi antes de que fuera propuesta, al pensar que era inherentemente improbable, y que, si hubiera sido verdad, no podríamos haber permanecido completamente ignorantes de las circunstancias que habrían conducido a semejante estado de cosas. Era la inexplicable naturaleza de la aflicción de mi hermano lo que aumentaba nuestro dolor más allá de toda medida. Si hubiéramos podido discernir su causa, podríamos haberla combatido; pero tal y como estaban las cosas, luchábamos en la oscuridad, como contra un

enemigo que nos asaltara desde unas tinieblas tan espesas que no podíamos ver su figura. No teníamos noticia de ningún problema mental, ni podíamos decir que mi hermano sufriera de ningún mal físico, excepto que evidentemente estaba cada vez más delgado.

Tu nacimiento, mi querido Edward, llegó muy poco después. Tu pobre madre se recuperó en un tiempo extraordinariamente breve, y se sintió entusiasmada con el nuevo tesoro que venía a dar solaz a sus pesares. Tu padre exhibió poco interés por el acontecimiento, aunque una tarde estuvo sentado con ella casi media hora, y le permitió incluso que le pasase la mano por el pelo y le acariciase como en el pasado. Aunque estábamos en mitad del verano, él raras veces abandonaba la casa, pasando mucho tiempo sentado y leyendo en su propia habitación, donde había hecho que le preparasen un camastro, y continuamente se dedicaba al violín.

Una noche, a finales del mes de julio, estábamos sentados después de la cena en el saloncito de Royston, con las puertaventanas que daban al césped abiertas, mientras el aire seguía siendo asfixiantemente cálido. Aunque las cosas se desarrollaban con la indiferencia de antes, tal vez estuviéramos menos deprimidas que de costumbre, pues John había cenado con nosotras esa noche. Ahora esto era, ay, una circunstancia bastante fuera de lo normal, pues hacía que le sirvieran casi todas las comidas en sus propias habitaciones. Constance, que estaba una vez más abajo, se sentó a tocar al piano, interpretando principalmente melodías de Scarlatti o Bach, cuya anticuada música sabía que le gustaba a su marido. Una moda posterior, como bien sabes, ha reanimado la afición por estos compositores, pero en el momento del cual escribo sus obras eran mucho menos conocidas. Aunque era una intérprete más que aceptable, él no permitía que le acompañase; en realidad ya nunca tocaba el violín delante de nosotras, reservándose su práctica por completo a su propia estancia. Hubo una pausa en la música mientras se servía el café. Mi hermano había estado sentado en un sillón apartado, leyendo algunas obras clásicas durante la interpretación de su esposa, y prestándonos escasa atención. Pero después de un rato, abandonó el libro y dijo:

—Constance, si quieres acompañarme, voy a coger el violín y tocar un rato.

No puedo explicar cuánto nos asombraron sus palabras. Lo dijo como si fuera lo más natural del mundo, pero a nosotras nos llenó de una alegría inexpresable. Ocultamos nuestra emoción hasta que hubo abandonado la habitación para buscar su instrumento, y luego Constance demostró lo gratificada que se sentía besando primero a su madre y luego a mí, mientras apretaba mi mano sin decir nada. John regresó al minuto, trayendo su violín y un libro de música. Por la portada de vitela manchada y la forma percibí al instante que era el libro que contenía la «Areopagita». Hacía dos años que no lo veía, y ni siquiera sabía que estuviera en la casa, pero supe al momento que pretendía tocar esa suite. Yo tenía una irracional pero profunda aversión por sus melodías, pero en ese momento habría saludado calurosamente ésa o cualquier otra clase de música, con tal de que nos hubiera mostrado una vez más

algún pensamiento hacia su abandonada esposa. Puso el libro abierto por la «Areopagita» sobre el tablero del piano, y le pidió que la tocara con él. Ella nunca había visto aquella música antes, aunque creo que no le era desconocida la melodía, ya que le había oído tocarla solo, y una vez oída, no era fácil olvidarla.

Empezaron la suite «Areopagita», y al principio todo fue bien. El tono del violín, y también, puedo decir con parcialidad no inapropiada, la interpretación de mi hermano, fueron tan excelentes que aunque nuestros pensamientos estaban en otra parte cuando comenzó la música, en unos segundos se encontraban completamente envueltos en la melodía, y permanecemos hechizadas. Fue como si el violín se viera de pronto dotado de vida, y nos cantara con un idioma místico más profundo y terrible que cualquier palabra humana. Constance estaba relativamente poco acostumbrada a la interpretación del *basso continuo*, y tuvo algún problema para leerlo correctamente, en especial en un manuscrito; pero pudo disimular todas las dificultades que sufría hasta llegar a la *Gagliarda*. Aquí me confesó que sus pensamientos parecieron divagar contra su voluntad, y su atención quedó demasiado firmemente clavada en la interpretación de su marido como para permitirle igualarla con la suya. Cometió primero una leve falta, y luego, al ponerse nerviosa, otra, y otra más. De pronto John se detuvo y dijo bruscamente:

—Deja que toque Sophy, no puedo mantener el ritmo contigo.

¡Pobre Constance! Las lágrimas acudieron al instante a mis propios ojos cuando le oí hablarle tan desconsideradamente, y casi me sentí obligada a reprenderle de forma abierta. Ella todavía estaba débil por su reciente prueba física; sus nervios estaban excitados por el extraordinario placer que sentía al tocar una vez más con su marido, y este repentino aniquilamiento de sus esperanzas de disfrutar de una ternura renovada resultó más de lo que podía soportar: puso la cabeza entre las manos, sobre el teclado, y estalló en un paroxismo de lágrimas.

Ambas corrimos hacia ella; pero mientras intentábamos mitigar su pena, John guardó el violín en su funda, tomó el libro de música bajo el brazo y abandonó la habitación sin decir una palabra a ninguna de nosotras, ni siquiera a la muchacha sollozante, cuyos gemidos parecían estar a punto de partirle el corazón.

La llevamos a la cama en seguida, pero pasaron algunas horas antes de que sus convulsivos sollozos cesaran. La señora Temple le administró una bebida calmante de probada eficacia, y después de permanecer sentada con ella hasta después de la una, la dejé por último adormilada, y busqué yo misma reposo. Me sentía agotada por el peso de mi ansiedad, y con la aplastante amargura de ver los sentimientos de mi queridísima Constance tan heridos. Pero a pesar, o quizá debido a mis problemas, apenas tocó mi cabeza la almohada caí en un profundo sueño.

Una habitación del ala sur había sido transformada por el momento en guardería, y para estar junto a su hijo, Constance dormía ahora en una habitación anexa. Como esta parte de la casa estaba más bien aislada, la señora Temple sugirió que hiciera compañía a su hija, y ocupase una habitación en el mismo pasillo, sólo separada unas



pocas puertas, y así lo hice de buen grado. Aquella noche me desperté por un suave golpeteo en la puerta de mi dormitorio; pero pasaron unos segundos antes de que mi mente estuviera suficientemente despierta para permitirme recordar dónde estaba. Había algo de luz de luna, pero encendí una vela, y mirando mi reloj vi que eran las dos. Llegué a la conclusión de que Constance o su niño no se encontraban bien, y que la niñera necesitaba mi ayuda. Así que abandoné la cama, y acercándome a la puerta, pregunté suavemente quién era. Para mi sorpresa, fue la voz de Constance la que replicó:

—Oh, Sophy, déjame pasar.

Al instante abrí la puerta, y descubrí a mi pobre hermana vestida sólo con su camisón, de pie bajo la luz de la luna, delante de mí.

Parecía asustada y extraordinariamente pálida con su vestido blanco y con el frío resplandor de la luna rodeándola. Al principio pensé que caminaba en sueños, y tal vez repetía en sueños los problemas que acosaban sus pasos diurnos. La tomé suavemente por el brazo, diciendo:

—Querida Constance, vuelve en seguida a la cama; cogerás frío.

Sin embargo, no estaba dormida, pero hizo un gesto de silencio, y dijo con un susurro aterrorizado:

—Calla, ¿no oyes nada?

Había algo tan vago pero tan misterioso en la pregunta y en su evidente perturbación que yo también me sentí intoxicada por su alarma. Sentí un escalofrío, mientras forzaba el oído para captar si era posible el menor sonido. Pero un absoluto silencio lo impregnaba todo: no podía oír nada.

—¿Lo oyes? —dijo de nuevo.

Toda clase de imágenes funestas se presentaron en mi imaginación: pensé que el bebé debía de estar enfermo de garrotillo, y que ella estaba escuchando sus angustiados estertores; y después me acometió el temor de que tal vez sus pesares hubieran sido demasiado para ella y que la razón la hubiera abandonado. Ante ese pensamiento, la médula se congeló en mis huesos.

—Calla —volvió a decir; y justo en ese momento, al forzar mis oídos, me pareció captar en el aire durmiente un remoto y muy suave murmullo.

—¡Oh!, ¿qué es, Constance? —dije—. Vas a volverme loca.

Mientras hablaba, el murmullo pareció concretarse en la vibración, casi sentida más que oída, de algún lejano instrumento musical. Entré en el pasillo, detrás de ella. Todo estaba en un silencio mortal, pero podía percibir que se estaba tocando música en algún lugar lejano; y casi en el mismo instante mis oídos reconocieron leve pero inconfundiblemente la *Gagliarda* de la «Areopagita».

Ya he mencionado que por alguna razón que apenas puedo explicar, esta melodía me resultaba repugnante. Parecía asociada en alguna extraña e íntima manera a la indisposición y el declive moral de mi hermano. Casi en el mismo momento en que la oí por vez primera dos años antes, la paz parecía haberse levantado para abandonar

nuestro hogar, recogíendose la falda, como hemos oído que los ángeles abandonaron el Templo en el sitio de Jerusalén. Y ahora resultaba aún más detestable a mis oídos, al recordarme de forma tan vívida los crueles sucesos de la noche anterior.

—John debe de estar tocando —dije.

—Sí —contestó—; pero, ¿por qué está en esta parte de la casa, y por qué siempre toca esa canción?

Fue como si una atracción irresistible nos llevara hacia la música. Constance tomó mis manos entre las suyas y juntas avanzamos lentamente por el pasillo. Se había levantado viento, y aunque había una luna resplandeciente, sus rayos estaban constantemente eclipsados por las nubes abundantes. Aun así, había luz suficiente para guiarnos, y apagué la vela. Al alcanzar el final del pasillo, la tonada de la *Gagliarda* se hizo cada vez más distinguible.

Nuestro pasillo se abría a un amplio rellano con una balaustrada, y de uno de sus lados salía la galería de retratos que ya conoces.

Miré a Constance expresivamente. Era evidente que John estaba tocando en la galería. Cruzamos el rellano, pisando sigilosamente y sin hacer ningún ruido con los pies desnudos, pues ambas estábamos tan emocionadas que ni siquiera habíamos pensado en ponernos zapatos.

Ahora podíamos ver toda la longitud de la galería. Mi pobre hermano estaba sentado en la ventana del mirador de la que he hablado antes. Estaba sentado de forma que daba la cara al retrato de Adrian Temple, y las grandes ventanas del mirador arrojaban una fuerte luz sobre él. A veces una nube ocultaba la luna, y todo quedaba sumido en la oscuridad; pero al momento la luz fría caía de lleno sobre él, y podíamos distinguir todos sus rasgos como si fuera un cuadro. Era evidente que no se había acostado, pues estaba completamente vestido, exactamente igual que cuando nos había dejado en el saloncito cinco horas antes, mientras Constance sollozaba por sus desconsideradas palabras. Estaba tocando el violín, tocando con una pasión y una energía excesivas que nunca había visto, y que espero no volver a ver jamás. Quizá recordara que este lugar estaba apartado del resto de la casa, o quizá le diera igual que estuviéramos despiertas y le escucháramos; pero me pareció que estaba tocando con una energía sonora mayor de la que yo habría creído posible para un solo violín. Salía de su instrumento tal volumen y torrente de melodía que llenaba la galería por completo de un sonido que palpitaba y volvía a vibrar. Mantenía los ojos fijos en algo al otro lado de la galería; no podíamos ver el qué, pero no tengo la menor duda de que era el retrato de Adrian Temple. Su mirada era ansiosa y expectante, como si estuviera esperando que ocurriera algo que no pasó.

Sabía que últimamente había estado adelgazando, pero ésta fue la primera vez que me di cuenta de lo hundidas que estaban las cuencas de sus ojos y lo demacrados que se habían vuelto sus rasgos. Podría ser algún efecto de la luna que no comprendía bien, pero su delicado rostro, antaño tan hermoso, parecía esta noche desgastado y enjuto como el de un anciano. No cesó de tocar ni un momento. Siempre era la

misma y terrible melodía, la *Gagliarda* de la «Areopagita», y la repitió una y otra vez con la perseverancia y la aparente carencia de albedrío de un autómata.

No nos vio, y no hizo señal alguna, perdido de pie en el mudo horror de aquella visión nocturna. Constance me agarró del brazo: estaba tan pálida que lo percibí incluso bajo la luz de la luna.

—Sophy —dijo—, está sentado en el mismo sitio que la primera noche que me dijo que me amaba.

No pude contestar nada, mi voz se había paralizado dentro de mí. Sólo podía mirar el pobre y marchito rostro de mi hermano, comprendiendo entonces por vez primera que debía de estar loco, y que era el hechizo de la *Gagliarda* el que le había vuelto así.

Permanecimos allí de pie durante creo que media hora, sin hablar y sin movernos, y todo el tiempo la triste figura del extremo de la galería continuó su interpretación. De pronto se detuvo, y una expresión de frenética desesperación cayó sobre su rostro al dejar el violín y enterrar la cabeza en las manos. No pude soportarlo más.

—Constance —dije—, vuelve a la cama. No podemos hacer nada.

Así que nos dimos la vuelta y nos arrastramos tan silenciosamente como habíamos llegado. Sólo al cruzar el rellano se detuvo Constance, y miró hacia atrás durante un minuto con nostalgia desolada por el hombre que amaba. Él había retirado las manos de la cabeza, y ella veía el perfil de su cara tallado con nitidez bajo la blanca luz de la luna.

Fue la última vez que sus ojos volvieron a posarse sobre él.

Por un instante hizo ademán de volver hacia él, pero le faltó el coraje, y seguimos adelante. Antes de llegar a su habitación, oímos en la distancia, tenue pero inconfundible, la melodía de la *Gagliarda*.

## CAPÍTULO 12

La mañana siguiente mi doncella me trajo una nota apresurada escrita a lápiz por mi hermano. Contenía apenas unas líneas, diciendo que consideraba que su estancia continuada en Royston no era beneficiosa para su salud, y que había decidido regresar a Italia. Si deseábamos escribirle, las cartas podían llegarle a la Villa de Angelis: su ayuda de cámara Parnham le seguiría posteriormente con su equipaje tan pronto como pudiera prepararlo. Eso era todo; ni siquiera había una palabra de adiós para su esposa.

Descubrimos que esa noche ni siquiera se había ido a la cama. Pero al alba había ensillado su caballo *Centinela* y había cabalgado hasta Derby, tomando el primer correo desde allí hasta Londres. Su decisión de abandonar Royston parecía haber sido repentina, pues por lo que pudimos averiguar no se había llevado ninguna clase de equipaje. No pude evitar registrar con cierto cuidado su habitación para comprobar si se había llevado el Stradivarius. No había rastro del mismo ni de su funda, aunque era difícil imaginar cómo podría habérselo llevado a lomos de un caballo. Había, es verdad, un baúl de viaje cerrado con llave que Parnham tenía que llevarse consigo después, y el instrumento podía, por supuesto, haber estado ahí dentro; pero estaba convencida de que se lo había llevado encima de una u otra forma, y posteriormente se demostró que así había sido.

Correré un velo, mi querido Edward, sobre los sucesos que siguieron inmediatamente a la partida de tu padre. Incluso a esta distancia en el tiempo, el recuerdo es demasiado amargo para permitirme hacer más que una breve alusión a ellos.

Una quincena después de la partida de John abandonamos Royston y nos instalamos en Worth, deseando disfrutar de algo de aire de mar y gozar del tardío verano de la costa sur. Tu madre parecía completamente recuperada del parto, y disfrutaba de tan buena salud como podía esperarse razonablemente bajo las circunstancias de la indisposición de su marido. Pero de pronto cayó sobre ella una de esas insidiosas enfermedades que son fortuitas en las mujeres en su estado. Habíamos esperado y creído que dicho periodo de peligro ya hubiera pasado felizmente; pero, ay, no fue así, y apenas unas horas después de su primer ataque comprendimos lo grave que era su situación. Se hizo todo lo que se puede hacer bajo tales condiciones, pero sin ningún resultado. Aparecieron síntomas de envenenamiento sanguíneo, acompañados de altas fiebres, y en unas semanas acabó en el féretro.

Aunque su delirio fue algo espantoso de contemplar, agradezco a Dios hasta el día de hoy que, ya que tenía que morir, fuese Su Gracia llevársela mientras todavía estaba sumida en la inconsciencia. Durante dos días antes de su muerte no reconoció a nadie, y así al menos se le ahorró la tristeza de partir de este mundo sin una palabra amable o sin ni siquiera la reconciliación con su infeliz esposo.

La comunicación con un sitio tan lejano como Nápoles no se podía conseguir

entonces en menos de quince o veinte días, y todo acabó antes de que pudiéramos esperar siquiera que la información de la enfermedad de su esposa llegase hasta John. Tanto la señora Temple como yo permanecemos en Worth en estado de postración completa, aguardando su regreso. Cuando hubo pasado más de un mes sin su llegada, o sin ni siquiera una carta que dijera que estaba de camino, nuestra ansiedad cobró nueva vida, ya que temimos que le hubiera acaecido algún accidente, o que la noticia de la muerte de su esposa, que por entonces ya habría llegado a sus manos, le hubiera afectado tan gravemente como para dejarle incapaz de emprender ninguna acción. A repetidas comunicaciones subsiguientes no recibimos respuesta; pero por último, a una carta que escribí a Parnham, replicó el criado, afirmando que su amo seguía en Villa de Angelis en un estado de salud que difería en poco de aquél en el cual había abandonado Royston, excepto que ahora estaba ligeramente más pálido, si era posible, y aún más delgado. Hasta finales de noviembre no llegó noticia de él, y entonces me escribió sólo una página de una hoja de cuaderno con lápiz, sin hacer la menor referencia a la muerte de su esposa, pero diciendo que no regresaría para Navidad, y ordenándome que pidiera a sus banqueros cualquier dinero que pudiera necesitar con fines domésticos en Worth.

No hace falta que te diga el efecto que semejante conducta produjo en la señora Temple y en mí misma; puedes imaginar fácilmente cuáles habrían sido tus propios sentimientos en este caso. Tampoco relataré ninguna de las otras circunstancias que se produjeron en esta época, ya que no tendrían un efecto directo sobre mi narración. Aunque todavía escribía a mi hermano a intervalos frecuentes, pues no deseaba incumplir un deber, jamás llegó ninguna palabra por parte de él en contestación.

Hacia finales de marzo, de hecho, Parnham regresó a Worth Maltravers, diciendo que su señor le había pagado los honorarios de medio año por adelantado, y luego había prescindido de sus servicios. Siempre había sido un excelente criado, muy ligado a la familia, y me alegré de poderle ofrecer una posición adecuada con nosotras en Worth hasta que su señor regresara. Trajo noticias inquietantes sobre la salud de John, diciendo que se debilitaba a ojos vista. Aunque me sentí tentada de hacerle muchas preguntas sobre los hábitos y estilo de vida de su amo, mi orgullo me impidió hacerlo. Pero oí decir casualmente a mi doncella que Parnham le había dicho que Sir John gastaba el dinero con gran liberalidad en reformas en la Villa de Angelis, y que había contratado a italianos para que le atendieran, con lo cual, como es natural, su ayuda de cámara inglés se sentía muy descontento.

Así pasó la primavera y avanzó un buen trecho el verano.

La última mañana de julio encontré esperándome sobre la mesa del desayuno un sobre escrito de puño y letra de mi hermano. Lo abrí apresuradamente. Sólo contenía unas pocas palabras, que tengo delante de mí mientras escribo estas líneas. La tinta está un poco desgastada y amarillenta, pero la impresión sigue tan vívida como aquella mañana de verano.

Mi queridísima Sophy [empezaba], ven aquí en seguida, si es posible, o puede que sea demasiado tarde. Quiero verte. Dicen que estoy enfermo, y demasiado débil para viajar hasta Inglaterra.

Tu hermano que te quiere,  
John.

Había un gran cambio en el estilo, de las frías y convencionales notas que hasta entonces había enviado a infrecuentes intervalos; de los rígidos «Querida Sophia» y «Sinceramente tuyo» a los cuales, me apena decirlo, me había acostumbrado. Incluso la misma caligrafía se había alterado. Era más el trazo osado y juvenil con el que escribía cuando fue a Oxford, que las letras más pequeñas, apretadas y clásicas de sus últimos años. Aunque era poca cosa, Dios sabe, en comparación con su penosa conducta, aun así me conmovió que volviera a usar el antaño familiar «Queridísima Sophy» y a firmar como «mi hermano que me quiere». Sentí que mi corazón partía hacia él; y tan fuerte es el afecto de una mujer por su propia sangre que ya había olvidado cualquier resentimiento y reprobación en mi enorme compasión por el pobre descarriado, enfermo, tal vez a las puertas de la muerte, y solo en un país extranjero.

Llevé su nota al instante a la señora Temple. La leyó dos o tres veces, intentando asimilar su significado. Entonces me atrajo hacia ella y, besándome, dijo:

—Ve con él en seguida, Sophy. Tráele de regreso a Worth; intenta devolverle al buen camino.

Ordené que embalsen mis cosas, decidiendo viajar hasta Southampton y tomar el tren desde allí hasta Londres; y al mismo tiempo la señora Temple dio instrucciones de que todo debería prepararse para su propio regreso a Royston al cabo de un par de días. Yo sabía que ella no se decidiría a ver a John después de la muerte de su hija.

Me llevé a mi doncella conmigo, y a Parnham para que hiciese de correo. En Londres contratamos un carruaje para todo el viaje, y desde Calais fuimos directos hasta Nápoles. Tomamos el atajo por Marsella y Génova, y viajamos durante diecisiete días sin interrupción, ya que la nota de mi hermano hizo que no deseara perder tiempo por el camino. Nunca había estado en Italia; pero mi impaciencia era tal que mi mente era incapaz de apreciar ni la belleza, ni los paisajes o incidentes del viaje. No puedo, de hecho, recordar nada de nuestro viaje ahora, excepto el agotador e interminable traqueteo sobre las malas carreteras y el insoportable calor. Era a mediados de agosto en un verano excepcionalmente caluroso, y después de pasar Génova el calor se volvió casi tropical. No había alivio, ni siquiera de noche, pues el aire cálido quedaba estancado y sofocante, y el interior del coche de caballos era a menudo como un horno.

Por fin nos estábamos aproximando a la conclusión de nuestro viaje, y habíamos dejado Roma a nuestras espaldas. El día que salimos de Aversa fue el día más caluroso que he vivido jamás, con el sol cayendo con una energía pavorosa incluso

desde primeras horas, y la carretera cubierta de un polvo blanco y cegador. Fue poco después de medianoche cuando nuestro carruaje empezó a repiquetear sobre los grandes bloques de piedra con los que están pavimentadas las calles de Nápoles. Recuerdo que los barrios a través de los cuales pasamos en primer lugar estaban sumidos en la oscuridad y el silencio absolutos; pero después de atravesar el corazón de la ciudad y alcanzar el lado occidental, de pronto nos encontramos en medio de una muchedumbre enorme y muy densa. Había linternas por todas partes, e interminables filas de barracas, cuyos propietarios alababan sus mercancías con fuertes gritos; y acróbatas, malabaristas, juglares, sacerdotes de sotana negra y soldados de levita azul se mezclaban con una enorme multitud cuyo número impedía el avance del carruaje. Aunque era muy tarde en una noche de domingo, todos parecían tan despiertos y atareados como si fuera el mediodía. Las linternas de aceite con pestilentes humaredas negras arrojaban su resplandor sobre la escena, y los gritos discordantes y el parloteo se unían en un ruido tan ensordecedor que me hizo sentir vértigo, cansada como estaba tras el largo viaje. Aunque sentí la intensa ansiedad y el deseo que la próxima finalización de un viaje tan tedioso inspira, y anhelaba seguir adelante con toda prontitud, nuestro discurrir se vio tristemente retrasado. Los caballos sólo podían avanzar al menor de los pasos, y constantemente nos veíamos detenidos por completo durante algunos minutos antes de que el postillón pudiera abrirse camino a través de la multitud que estorbaba. Esto producía un sentimiento de irritación, y de desesperación de alcanzar alguna vez mi destino; y la alegría y la desenfadada hilaridad de la gente que nos rodeaba chocaba en amargo contraste con mi ánimo deprimido. Pregunté al postillón cuál era el motivo de tan grande tumulto, y entendí que me dijo como respuesta que era un festival religioso que se celebraba anualmente en honor de «Nuestra Señora de la Gruta». Sin embargo, no puedo concebir ninguna persona verdaderamente religiosa que aprobase semejante reunión, que a mí me recordaba más las sucias orgías de una deidad pagana que un acto de fe de personas cristianas. Esta perturbación nos provocó una demora tan grave que cuando subíamos la escarpada pendiente que conducía a Posilipo ya eran las tres de la mañana y el alba estaba próxima.

Después de ascender continuamente durante largo rato, empezamos a descender con gran rapidez, y al mismo tiempo que el sol salía sobre el mar llegamos a Villa de Angelis. Salté del carruaje, y atravesando una espaldera de parras, alcancé la casa. Un criado nos esperaba, y me abrió la puerta; pero era italiano, y no me entendió cuando le pregunté en inglés dónde estaba Sir John Maltravers. Sin embargo, era evidente que había recibido instrucciones de llevarme en seguida con mi hermano, y me condujo hasta una parte interior de la casa. Mientras avanzábamos, oí el sonido de una fuerte voz de alto cantando muy suavemente al son de una mandolina una melodía consoladora o religiosa. El criado apartó una pesada cortina y me encontré en la habitación de mi hermano. Un joven italiano estaba sentado en una banqueta junto a la puerta, y era él quien había estado cantando. Tras unas palabras de John,

que se dirigió a él en su propio idioma, recogió su mandolina y abandonó la habitación, retirando la cortina y cerrando la puerta detrás de sí.

La habitación daba directamente al mar: la villa estaba, de hecho, construida sobre piedras al pie de las cuales rompían las olas. A través de dos ventanas plegadizas que se abrían a un balcón, la primera luz de la mañana estival entraba con un chorro rosado. Mi hermano estaba sentado sobre un diván bajo, apoyado en una pila de almohadones, con una manta de colores brillantes tapándole pies y piernas. Estiró los brazos hacia mí, y yo corrí a él; pero incluso en un intervalo tan breve pude percibir que estaba terriblemente débil y consumido.

Todos mis recuerdos de sus faltas pasadas se habían desvanecido y habían perecido ante el triste aspecto de sus rasgos demacrados, y ante el convencimiento que sentí, desde el primer momento, de que le quedaba poco tiempo de estar con nosotros. Me arrodillé junto a él en el suelo, y con los brazos alrededor de su cuello, le abracé tiernamente, pues no encontré lugar para las palabras, sino sólo para sollozos de gran angustia. Ninguno de los dos habló, y mi agotamiento tras el largo viaje y la extrañeza de la situación me hizo sentir la sensación paralizante de dudar de la realidad de la escena, e incluso de mi propia existencia, que todos, creo yo, hemos experimentado en momentos en que estamos sometidos a una fuerte tensión mental. Que yo, una simple muchacha inglesa, me estuviera arrodillando junto a mi hermano bajo la aurora italiana; que leyera, como así creía, en su joven rostro la inconfundible imagen y el sobrescrito de la muerte; y reflexionase que en tan pocos meses se había casado, había arruinado su hogar, que mi pobre Constance ya no existía; estas cosas parecían tan irreales que durante un minuto sentí que todo debía de ser una pesadilla, que debía despertar de inmediato con el fresco aire salado del Canal soplando a través de mi ventana en Worth, y descubrir que había estado soñando. Pero no fue así; la luz del día se hizo cada vez más fuerte y brillante, y a pesar de mi angustia el paisaje del lugar más hermoso del mundo, la Bahía de Nápoles, con el Vesubio elevándose al extremo más alejado, tal y como se veía desde aquellas ventanas, se grabó para siempre en mi memoria. Era irreal como la escena de algún brillante espectáculo dramático, pero, ay, aquí no había ninguna irrealidad. Las llamas de las velas en sus candelabros plateados empalidecieron, las líneas de las sombras sobre el rostro de mi hermano se hicieron más oscuras, y la blancura de sus rasgos demacrados se mostró más impresionante bajo los rayos brillantes del sol de la mañana.



## CAPÍTULO 13

Había pasado casi una semana en Villa de Angelis. El trato de John hacia mí era tierno y afectuoso; pero no mostraba deseo alguno de referirse a la tragedia de la muerte de su esposa y los tristes acontecimientos que la habían precedido, ni intentó explicar en forma alguna su conducta en el pasado. Tampoco yo llevé la conversación hacia esos temas, pues tenía la sensación de que, aunque no hubiera otra razón, su gran debilidad hacía desaconsejable introducir dichas cuestiones por el momento, o incluso llevarle a hablar de cualquier cosa más de lo necesario. Me contentaba con atenderle en silencio, y me sentía infinitamente feliz por su afecto restablecido. Parecía deseoso de desterrar de su mente todo pensamiento de los últimos meses, pero habló mucho de los años antes de ir a Oxford, y de los días felices que habíamos pasado juntos en nuestra infancia en Worth Maltravers. Su debilidad era extrema, pero no se quejaba de ninguna enfermedad concreta excepto de una tos entrecortada que le atormentaba por las noches.

Le hablé de su salud, pues podía ver que su estado era tal que inspiraba aprensión, y le rogué que me permitiera comprobar si había algún médico inglés en Nápoles que pudiera visitarle. A esto no dio su consentimiento, diciendo que se sentía satisfecho de los cuidados de un médico italiano que le visitaba casi a diario, y que esperaba ser capaz, con mi escolta, de regresar a Inglaterra en breve.

—Nunca estaré mucho mejor, querida Sophy —dijo un día—. Los médicos me dicen que sufro de alguna clase de tisis, y que no debo esperar vivir mucho tiempo. Pero anhelo volver a ver Worth una vez más, y volver a sentir el viento del oeste soplando en el atardecer desde Portland, y oler el tomillo de las colinas de Dorset. Dentro de escasos días espero estar un poco más fuerte, y entonces deseo mostrarte un descubrimiento que he hecho en Nápoles. Después de eso podrás dar orden de que enjaecen los caballos y me lleven de vuelta a Worth Maltravers.

Procuré averiguar por medio del Signor Baravelli, el médico, algo referente al estado real del paciente; pero mi conocimiento del italiano era tan superficial que ni pude hacerle entender lo que yo quería, ni comprendí a cambio lo que él me contestó, de manera que este intento fue en vano. Por lo que decía mi propio hermano, deduje que había empezado a sentir disminuida su salud ya a principios de la primavera, pero aunque sus fuerzas le habían fallado desde entonces paulatinamente, no se había encerrado en la casa hasta pasado un mes. Pasaba el día y a menudo la noche reclinado en el diván y hablando poco. Parecía haber perdido el gusto por el violín que antaño le había absorbido tanto; en verdad creo que probablemente ya le faltaban las fuerzas físicas necesarias para su interpretación. El Stradivarius estaba junto al diván, en su funda; pero sólo la vi abrirse en una ocasión, creo, y sentí un profundo agradecimiento porque John no obtuviera el mismo deleite que antes en la práctica de su arte, no sólo porque el mero sonido del violín ahora estaba cargado para mí de amargos recuerdos, sino también porque estaba segura de que su práctica tenía en

alguna forma que yo no era capaz de explicar un efecto nocivo para él. Mostraba esa ausencia de vitalidad que tan a menudo se puede observar en aquellos a los que no les queda mucho que vivir, y algunos días yacía en un estado de semiletargo del cual era difícil despertarle. Pero otras veces sufría de una acuciante inquietud que le impedía permanecer sentado ni siquiera unos minutos, y que era más dolorosa de contemplar que su estupor letárgico. El muchacho italiano, de quien ya he hablado, mostraba una incansable devoción hacia su señor que conquistó mi corazón. Su nombre era Raffaele Carotenuto, y a menudo nos cantaba al atardecer, acompañándose de la mandolina. Por las noches, también, cuando John no podía dormir, Raffaele leía durante horas hasta que su amo se adormecía. Estaba bien educado, y aunque no podía entender los temas que leía, a menudo me quedaba sentada escuchando, encantada por su evidente cariño hacia mi hermano y por las melodiosas entonaciones de su dulce voz.

Parecía que mi hermano estaba nervioso en algunos aspectos, y no se le podía dejar solo ni siquiera unos minutos; pero en los intervalos en que Raffaele estaba con él, tuve amplia oportunidad de examinar y apreciar las bondades de la Villa de Angelis. Estaba construida, como he dicho, sobre unas rocas que asomaban hacia el mar, justo antes de llegar al Capo di Posilipo según se viene desde Nápoles. Los antiguos cimientos eran, creo, originalmente romanos, y sobre ellos se había construido una villa moderna en el siglo XVIII, y a ésta John le había hecho importantes ampliaciones durante los dos últimos años. Al mirar el mar desde las ventanas de la villa, en los días tranquilos se podían distinguir con facilidad los restos de muelles y rompeolas romanos bajo la superficie del agua transparente; y la toba sobre la cual estaba construida la casa estaba horadada por las incomprensibles excavaciones de la época clásica tan comunes en el vecindario. Estas habitaciones y pasajes subterráneos, aunque despertaban mi curiosidad, parecían al mismo tiempo tan lúgubres y repelentes que nunca las exploré. Pero una mañana soleada, mientras caminaba al pie de las rocas junto al mar, me aventuré en una de las mayores de estas cavidades, y vi que tenía al extremo opuesto una abertura que conducía en apariencia a una habitación interior. Me acompañaba en el paseo una vieja criada italiana que había adoptado un interés maternal por mis actos, y que, apoyándose principalmente en un conocimiento muy superficial del inglés, se había constituido en mi guardaespaldas. Animada por su presencia, penetré en esta sala interior y descubrí que a su vez se abría en otra, y así sucesivamente hasta que pasamos por no menos de cuatro cámaras.

Hasta cierto punto, estaban bien iluminadas a través de huecos de ventilación que ocasionalmente llegaban al aire exterior, pero la cuarta cámara se abría en una quinta que estaba sin iluminar. Mi acompañante, que había mostrado señales de alarma y una evidente reticencia a seguir adelante, se detuvo abruptamente y me rogó que regresáramos. Puede que su miedo se me transmitiera a mí también, pues al intentar cruzar el umbral y explorar la oscuridad de la quinta celda, me sentí atrapada por un

pánico irracional y por el sentimiento de horror indefinido propio de una pesadilla. Titubeé por un instante, pero mi temor se hizo repentinamente más intenso, y de un salto retrocedí, siguiendo a mi acompañante, que ya había emprendido el camino del aire exterior. No nos detuvimos hasta que estuvimos jadeando bajo la luz del sol junto al mar. Tan pronto como la doncella recuperó el aliento, me suplicó que no volviera a entrar nunca, explicando en su torpe inglés que las cuevas eran conocidas en el barrio como las «Celdas de Isis», y que tenían la reputación de estar hechizadas por demonios. Este episodio, por trivial que pueda parecer, me impresionó tanto que no volví a aventurarme por el paseo inferior que recorría el pie de las rocas junto al mar.

Arriba, en la casa, mi hermano había construido un gran vestíbulo al estilo romano antiguo, y éste, con un comedor y muchas otras cámaras, estaba decorado al estilo de los que habían sido descubiertos en Pompeya. Habían sido amueblados con el máximo lujo, y la belleza de las pinturas, los muebles, las alfombras y los tapices se veía reforzada por estatuas de bronce y mármol. En realidad, la villa y sus dotaciones eran de una categoría a la que estaba poco acostumbrada, y al mismo tiempo de tal belleza que no dejaba de considerarlo todo como la creación de la varita de un mago, o como el telón de un drama que podría levantarse de repente y desaparecer de mi vista. La casa, en resumen, junto con su mobiliario, pretendía, creo, ser una reproducción de una antigua villa romana, y tenía algo que repelía a mis principios rústicos y provincianos. Experimentaba una curiosa sensación mental al contemplar su perfección, que sólo puedo comparar con la opresión física producida en algunas personas por el perfume intenso y empalagoso de un ramo de gardenias o de otras plantas exóticas de fuerte aroma.

En la habitación de mi hermano había una reproducción medieval en alabastro blando de un grupo clásico de un delfín rodeando a Cupido. Era, creo, la más bella obra de arte que jamás he visto, pero chocaba con mi sentido de la decencia que junto a ella colgara un crucifijo de marfil. Creo que preferiría haber visto sólo cosas materiales y paganas por completo, con cualquier imagen de la vida futura eliminada, que haber encontrado una mezcla de cosas sagradas y profanas, en la que los símbolos de nuestras mayores esperanzas y aspiraciones estaban situados en insultante indiferencia junto a las formas encarnadas de la sensualidad. Aquí, en este escenario de belleza mágica, me pareció durante un momento que los años habían retrocedido, que el cristianismo todavía tenía que luchar con un paganismo vivo, y que la batalla aún no se había ganado. Era lo mismo en toda la casa; y había muchas otras cuestiones que me llenaban de pesar, mezcladas con vagas y aprensivas sospechas que no reproduciré aquí.

A un extremo de la casa había una pequeña biblioteca, pero contenía escasas obras excepto clásicos griegos y latinos. Había ido allí un día en busca de un libro que John había pedido, cuando al abrir algunos cajones encontré cierta cantidad de cartas escritas desde Worth por mi perdida Constance a su marido. La impresión de verme repentinamente enfrentada a una caligrafía que evocaba recuerdos a la vez tan

queridos y tan tristes fue en sí misma grande; pero su amargura se vio inconmensurablemente aumentada por el descubrimiento de que ni uno solo de estos sobres había sido abierto. Mientras su dulce corazón, ahora por fin en reposo, derramaba su amor y su tristeza sobre los oídos que deberían haber estado por encima de todos los demás listos para recibirlos, sus cartas, al llegar, eran apartadas sin interés, sin ser leídas, sin ser ni siquiera abiertas, en cualquier receptáculo al azar.

Los días pasaron uno tras otro en la Villa de Angelis con escasas incidencias, y tampoco la salud de mi hermano mejoró o declinó de forma visible. Aunque el tiempo era todavía extraordinariamente cálido, una brisa agradecida llegaba por las mañanas y al atardecer desde el mar y moderaba el calor hasta hacerlo siempre soportable. A veces, John se sentaba por la tarde apoyándose en cojines en el balcón enrejado que daba a la Bahía, y contemplaba a los pescadores preparar sus redes. Podíamos oír las melodías de sus canciones de voces profundas arrastradas por el aire nocturno.

—Fue aquí, Sophy —dijo mi hermano una noche que estábamos sentados contemplando una escena como ésta—, fue aquí donde el gran epicuro Polio se construyó una casa famosa, y le puso de nombre dos palabras griegas que significan «tregua en las preocupaciones», de lo cual se deriva nuestro nombre Posilipo. Era su *sans-souci*, y aquí dejaba de lado sus aflicciones; pero eran más leves que las mías. Posilipo no me ha proporcionado ninguna interrupción de las preocupaciones. No creo que encuentre ninguna tregua a este lado de la tumba; y al otro, ¿quién sabe?

Aquella fue la primera vez que John había hablado en este sentido, y pareció espoleado a una actividad extraordinaria, como si sus propias palabras de pronto le hubieran recordado lo frágil que era su estado. Hizo llamar a Raffaele y le mandó a un recado a Nápoles. La mañana siguiente me hizo llamar antes de lo habitual, y me rogó que hiciese preparar un carruaje para las seis de la tarde, pues deseaba desplazarse a la ciudad. Al principio intenté disuadirle de este proyecto, urgiéndole a que tuviera en cuenta su débil estado de salud. Replicó que se sentía algo más fuerte, y que había algo en especial que deseaba que yo viera en Nápoles. Hecho esto, sería mejor regresar en seguida a Inglaterra: pensaba que podría soportar el viaje si lo hacíamos en etapas muy cortas.

## CAPÍTULO 14

Poco después de las seis de la tarde abandonamos la Villa de Angelis. El día había sido sereno y sin nubes, como de costumbre; pero una agradable brisa marina, de la cual ya he hablado, se levantó por la tarde y trajo con ella un aire refrescante. Habíamos dispuesto una especie de diván en el landó con muchos cojines para mi hermano, y se subió al carruaje con mayor facilidad de la que yo esperaba. Me senté junto a él, con Raffaele frente a mí en el asiento opuesto. Bajamos por la colina de Posilipo a través de las encinas y los tamariscos que entonces orillaban el mar, y así llegamos a la ciudad. John habló poco, excepto para indicar que el carruaje era cómodo. Mientras pasábamos a través de una de las calles principales, se inclinó y me dijo:

—No debes alarmarte si hoy te muestro una extraña visión. Tal vez algunas mujeres podrían asustarse de lo que vamos a ver; pero mi pobre hermana ya ha conocido tantos problemas que una cosa leve como ésta no le afectará.

A pesar de sus elogios a mi supuesto coraje, me sentí alarmada y perturbada por sus palabras. Había una incertidumbre en ellas que me asustaba, y alimentaba esa aprensión indefinida que es a menudo infinitamente más aterradora que el objeto real que la inspira. A mis preguntas no dio mayor respuesta que decir que mientras estaba en Posilipo había hecho algunas investigaciones en Nápoles que le habían llevado a un extraño descubrimiento, el cual estaba ansioso por comunicarme. Después de atravesar una distancia considerable, pareció que penetrábamos en el corazón de la ciudad. Las calles se hacían cada vez más estrechas y estaban más densamente pobladas; las casas eran más sucias y ruinosas, y la apariencia de la gente misma sugería que habíamos llegado a alguno de los barrios bajos de la ciudad. Aquí pasamos a través de una nueva red de callejuelas en cuyo nombre no me fijé, y nos encontramos por último en un paseo muy oscuro y estrecho llamado la *Via del Giardino*. Aunque hasta entonces mi hermano no había dado órdenes al cochero, por lo menos que yo lo observara, éste no pareció tener dificultades para encontrar el camino, conduciendo rápidamente, al estilo napolitano, y dirigiéndose directo a un lugar con el que ya estaba familiarizado.

En la *Via del Giardino* las casas eran de gran altura, y se cernían sobre la calle tan cerca unas de otras que parecía que fueran a tocarse. Daba la impresión de que este barrio había estado antiguamente habitado, si no por la aristocracia, sí al menos por una clase muy superior a la que ahora vivía aquí; y muchas de las casas eran grandes y ostentosas, aunque desde hacía mucho se habían dividido en viviendas más pequeñas. Fue delante de una de estas casas donde por fin nos detuvimos. Aquí debía de haber habido alguna vez una casa o palacio de una persona distinguida, ya que tenía una enorme y exquisita fachada adornada con pilastras delicadas, y con ornamentos muy floridos del periodo del Renacimiento. El piso bajo estaba dividido en una serie de pequeñas tiendas, y sus pisos superiores estaban evidentemente

ocupados por familias sórdidas de la clase más baja. Delante de una de estas tiendecitas, ahora cerrada y con las ventanas cuidadosamente cegadas con tablas, se detuvo nuestro carruaje. Raffaele descendió, y sacando una llave del bolsillo abrió la puerta, y ayudó a John a abandonar el carruaje. Yo les seguí, y tan pronto como hubimos cruzado el umbral, el muchacho cerró la puerta detrás de nosotros, y oí cómo el carruaje se marchaba.

Nos encontramos en un pasillo estrecho y oscuro, y tan pronto como mis ojos se acostumbraron a la penumbra, percibí que estaba al extremo de una escalera baja que conducía hasta alguna habitación superior, y que a la derecha tenía una puerta que se abría a la tienda cerrada. Mi hermano avanzó lentamente a lo largo del pasillo, y empezó a subir por las escaleras. Se inclinaba con una mano sobre el brazo de Raffaele, agarrándose a la barandilla con la otra. Pero noté que subir las escaleras le costaba un esfuerzo considerable, y se detenía frecuentemente para toser y recuperar el aliento. Así alcanzamos un rellano en lo alto, y nos encontramos en una pequeña cámara que servía de almacén directamente sobre la tienda, listaba vacía excepto por unas sillas rotas, y parecía ser un pequeño desván formado al dividir lo que había sido antaño una habitación alta en dos espacios, de los cuales la tienda formaba el inferior. Una larga ventana, que sin duda había sido antaño una de varias en las paredes de esta gran habitación, estaba ahora dividida a lo ancho por el piso, y con su parte superior servía para iluminar el desván, mientras que sus cristales inferiores se abrían a la tienda. El techo era, como consecuencia de estas reformas, bajo por comparación, pero aunque muy mutilado, conservaba evidentes rastros de haber estado alguna vez ricamente decorado, con las molduras en relieve y los medallones comunes en el siglo XVI. A un extremo del desván había una especie de friso cóncavo y elaboradamente tallado, del cual su antiguo uso no era obvio; pero la gran sala original sin duda también había sido dividida en longitud, además de en altura, ya que los muros de yeso a cada extremo del desván evidentemente no habían formado parte de la antigua estructura.

Mi hermano se sentó en una de las viejas sillas, y pareció estar recuperando las fuerzas antes de hablar. Mi ansiedad aumentaba por momentos, y fue un gran alivio que empezara a hablar en voz baja como alguien que tenía mucho que decir y deseaba economizar sus fuerzas.

—No sé si recordarás que te conté algo que el señor Gaskell dijo una vez de la música de la suite «Areopagita» de Graziani, Solía decir que siempre había tenido un efecto curioso sobre su imaginación, y la melodía de la *Gagliarda* especialmente atraía a sus pensamientos una imagen de cierto salón donde la gente bailaba. Incluso llegó a describir la apariencia general de la habitación misma, y a una de las personas que bailaban allí.

—Sí —contesté—, recuerdo que me lo contaste.

Y en verdad mi memoria había recordado en épocas pasadas tan a menudo la descripción del señor Gaskell que, aunque no había pensado recientemente en ella,

sus rasgos principales de inmediato volvieron a mi mente.

—La describía —continuó mi hermano— como un salón alargado con una arcada a un lado, en el estilo del fantástico Gótico del Renacimiento. Al extremo había una galería de balconadas para los músicos, la cual ostentaba en su frontal un escudo de armas.

Lo recordaba perfectamente, y así se lo dije a John, añadiendo que el escudo lucía una cabeza de querubín soplando sobre tres lirios en un campo dorado.

—Es extraño —continuó John— que la descripción de una escena que nuestro amigo creyó que era un simple producto de su imaginación se impresionara de forma tan profunda en nuestras mentes. Pero la imagen que dibujaba era más que una fantasía, pues en este mismo instante estamos en el salón de sus sueños.

No podía entender lo que quería decir mi hermano, y pensé que le fallaba la cordura; pero continuó.

—Este piso miserable sobre el que estamos se ha construido con posterioridad, por supuesto; pero sobre ti puedes ver el antiguo techo, y aquí al extremo estaba la galería de los músicos con el escudo sobre su frente.

Señaló al friso labrado y blanqueado que hasta entonces tanto me había desconcertado. Me acerqué a él, y aunque la pared de separación de yeso ahora lo rodeaba, estaba claro que su contorno curvado podría fácilmente, tal y como John decía, haber formado parte del frontal de una galería cóncava. Observé de cerca el relieve que lo había adornado. Aunque los bordes estaban borrosos, y las molduras en algunos casos se habían retirado por completo, podía descubrir sin dificultad un escudo en medio; y una inspección más minuciosa reveló bajo el blanqueado, que en parte se había descascarillado, suficientes restos de color como para mostrar que antaño había estado pintado de oro y lucía la cabeza de un querubín con tres lirios.

—Ése es el escudo de la antigua casa napolitana de Domacavalli —continuó mi hermano—. Era una cabeza de querubín soplando sobre tres lirios en un escudo. Fue en la balconada que había detrás de este escudo, desde hace mucho tapada, como puedes ver, donde los músicos se sentaban aquella noche de baile con la que soñó Gaskell. Desde ella miraban el salón de debajo donde continuaba el baile, y ahora te llevaré abajo para que puedas ver por ti misma si la descripción coincide.

Dicho esto, se levantó, y descendiendo las escaleras con mucha menor dificultad de la que había mostrado al subirlas, abrió de par en par la puerta que había visto en el pasillo y nos invitó a entrar en la tienda de la planta baja. La luz del atardecer se había desvanecido tanto que apenas podíamos ver ni siquiera el pasillo, y la tienda, al tener las ventanas cerradas con contraventanas, estaba sumida en la oscuridad más completa. Raffaele, sin embargo, encendió una cerilla y prendió tres velas medio consumidas en un candelabro deslustrado de la pared.

Era evidente que la tienda había estado ocupada recientemente por un comerciante en vinos, pues había varias tinajas de vino vacías, y algunas frascas rotas en las estanterías. En un rincón noté que la tierra que formaba el suelo había sido

removida con patas. Había un montoncito de arena y una gran piedra plana expuesta bajo la superficie. Esta piedra tenía unido un anillo de hierro, y parecía cubrir la abertura de un pozo, o quizá una bóveda. En la trasera de la tienda, y más alejados de la calle, había dos arcos elevados separados por una columna en el medio, de la cual había sido arrancado el recubrimiento exterior.

John señaló aquellos arcos y dijo:

—Eso es parte de la arcada que antaño corría a todo lo largo del salón. Ya sólo quedan estos dos arcos, y los excelentes mármoles que sin duda recubrían el exterior de este pilar divisorio han sido arrancados. Una noche de verano de hace unos cien años, se celebró un baile en este salón. Había una docena de parejas bailando con pasos salvajes como no se ven ahora. La canción que los músicos estaban tocando en la galería superior estaba tomada de la suite «Areopagita» de Graziani. Gaskell a menudo me ha dicho que cuando tocaba la música le traía a la mente una sensación de catástrofe inminente, que culminaba al final del primer movimiento de la *Gagliarda*. Fue justo en ese momento, Sophy, cuando un inglés que estaba bailando aquí fue apuñalado por la espalda y vilmente asesinado.

Apenas había entendido lo que John había dicho, y ciertamente no había sido capaz de asimilar su importancia; pero sin esperar a oír si quería decir algo, se dirigió a la piedra descubierta del anillo. Ejerciendo una fuerza que habría creído completamente imposible en su debilitado estado, aplicó a la piedra una palanca que estaba dispuesta con tal fin. Al mismo tiempo, Raffaele agarró el anillo, y así entre ambos pudieron apartar a un lado la cubierta lo suficiente como para permitirnos el acceso a una pequeña escalera que apareció ante la vista. La escalera era retorcida, y antaño conducía sin duda a algún sótano bajo el piso. Raffaele descendió el primero, llevando en la mano el candelabro de las tres velas, que mantenía sobre la cabeza para arrojar alguna luz sobre los escalones. John fue a continuación, y yo entré la última, intentando apoyar en lo posible a mi hermano con la mano. Las escaleras estaban muy secas, y en las paredes no había nada de la humedad ni el moho que la imaginación normalmente asocia a las criptas subterráneas. No sé qué esperaba ver, pero tenía la incómoda sensación de que estaba al borde de algún descubrimiento maligno e inquietante. Después de que hubimos descendido unos veinte pasos, pudimos ver la entrada a una cripta o habitación subterránea, y fue justo al pie de las escaleras donde vi que yacía algo, al caer sobre ello la luz de las velas desde lo alto. Al principio pensé que era un montón de polvo o desperdicios, pero al mirarlo más de cerca me pareció más bien un fardo de harapos. A medida que mis ojos penetraban la penumbra, vi que a su alrededor había una tela andrajosa de tinte verde descolorido, y casi al momento me pareció descubrir bajo las ropas las formas o dimensiones de una figura humana. Durante un momento imaginé que era algún pobre hombre tumbado boca abajo y doblado contra la pared. La idea de que hubiera allí un hombre o un cadáver me impresionó violentamente, y grité a mi hermano:

—Dime, ¿qué es eso?



En ese instante, la luz de las velas de Raffaele cayó en una dirección algo distinta. Iluminó el cuenco blanco de un cráneo humano, y vi que lo que había tomado por la forma de un hombre era en su lugar un esqueleto vestido. Por un momento me sentí enferma, y me habría caído de no ser por John, que me rodeó con el brazo y me sostuvo con fuerza inesperada.

—¡Que Dios nos ayude! —exclamé—. Vámonos. No puedo soportar esto; aquí hay gases nocivos; volvamos al aire fresco.

Me tomó por el brazo, y señalando al bulto acurrucado, dijo:

—¿Sabes de quién son esos huesos? Son de Adrian Temple. Cuando todo hubo terminado, arrojaron su cuerpo por las escaleras, vestido con las ropas que llevaba.

Ante ese nombre, pronunciado en un sitio tan funesto, sentí un nuevo acceso de terror. Me pareció que el alma de ese hombre perverso debía de estar todavía flotando sobre sus restos insepultos, deseándonos el mal a todos. Un escalofrío me recorrió; la luz, las paredes, mi hermano y Raffaele dieron vueltas a mi alrededor y me desplomé sobre las escaleras, desmayada.

Cuando recuperé por completo el sentido, estábamos de nuevo en el landó, camino de la Villa de Angelis.

## CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente ya había recuperado por completo la salud y el vigor, pero mi hermano, por el contrario, parecía débil y agotado por sus esfuerzos de la noche anterior. Nuestro viaje de regreso a la Villa de Angelis había transcurrido en completo silencio. Yo estaba demasiado perturbada para interrogarle sobre los muchos puntos relacionados con los extraños acontecimientos al respecto de los cuales seguía en la más completa ignorancia, y él por su parte no había mostrado ningún interés por transmitirme ninguna nueva información. Cuando le vi a la mañana siguiente, mostraba signos de gran debilidad, y en respuesta a un esfuerzo por mi parte de obtener alguna explicación del descubrimiento del cuerpo de Adrian Temple, evitó una respuesta inmediata, prometiendo contarme todo lo que sabía cuando hubiéramos regresado a Worth Maltravers.

Medité frecuentemente sobre el último y aterrador episodio, y cuanto más profundamente he pensado en él, más me ha parecido que las líneas maestras de alguna historia maligna se estaban desarrollando paso a paso, y que yo casi tenía en mis manos la pista que aclararía todo, y que hasta entonces me había eludido. En aquella oscura historia, Adrian Temple, la música de la *Gagliarda*, la pasión funesta de mi hermano por el violín, todo parecía tener alguna conexión misteriosa, y todo parecía haber conspirado para provocar la ruina mental y física de John. Incluso el Stradivarius interpretaba un papel en la tragedia, convirtiéndose, de hecho, en un espíritu activamente pernicioso, aunque no podía explicar cómo, y todavía ignoraba por completo la forma en que había llegado a ser posesión de mi hermano.

Descubrí que John seguía decidido a regresar de inmediato a Inglaterra. Es cierto que su debilidad me hizo albergar dudas sobre cómo soportaría un viaje tan largo; pero al mismo tiempo no me parecía justificado esforzarme en disuadirle de su propósito. Reflexioné que el aire y las relaciones más sanas de Inglaterra fortalecerían su cuerpo y su espíritu, y que cualquier esfuerzo extra producido por el viaje pronto sería compensado por la comodidad y los atentos cuidados con los que podríamos rodearle en Worth Maltravers.

Así que la primera semana de octubre nos encontró una vez más camino de Inglaterra. Se preparó para John una hamaca o litera muy cómoda en el carruaje, y decidimos evitar la fatiga tanto como fuera posible, dividiendo nuestro viaje en etapas muy cortas. Mi hermano no parecía tener ninguna intención de renunciar a la Villa de Angelis. La dejó al completo con su lujoso mobiliario, y con todo su servicio, bajo el cuidado de un *maggior-duomo* italiano. Yo pensaba que dado que el estado de salud de John impedía que pudiera tener ninguna esperanza de un pronto regreso, habría sido mucho mejor cerrar de forma definitiva su casa italiana. Pero su gran debilidad le hacía imposible soportar el esfuerzo que semejante acción significaría, e incluso si mi propia ignorancia de la lengua italiana no se hubiera interpuesto, yo estaba demasiado impaciente por devolver a mi inválido a Worth para sentirme inclinada a

provocar ningún nuevo retraso, mientras yo misma resolvía asuntos que al fin y al cabo eran triviales en comparación. Como Parnham ya estaba listo para desempeñar sus obligaciones habituales de ayuda de cámara, y como mi hermano parecía contento de que así lo hiciera, hubo que prescindir de Raffaele, por supuesto. El muchacho se había ganado mi corazón con sus suaves modales, combinados con su evidente afecto hacia su amo, y al hacerle entender que ahora tenía que dejarnos, le ofrecí el regalo de unas libras como muestra de mi estima. Sin embargo, rehusó aceptar el dinero, y derramó lágrimas cuando supo que le dejaríamos en Italia, y suplicó con grandes muestras de devoción que le permitiéramos acompañarnos a Inglaterra. Mi corazón no estaba preparado para resistir sus súplicas, apoyadas por tantas muestras de aprecio, y se decidió, por lo tanto, que nos serviría al menos hasta Worth Maltravers. John no mostró sorpresa porque el muchacho nos acompañara; en realidad nunca consideré necesario explicar que en principio había pensado en dejarlo atrás.

Nuestro viaje, aunque necesariamente prolongado por la brevedad de sus etapas, se llevó a cabo sin incidencias. John lo soportó tan bien como yo había esperado, y aunque su cuerpo no mostró rastros de vigor incrementado, su espíritu, creo, mejoró de tono, al menos durante algún tiempo. Desde la tarde en que me había mostrado el terrible descubrimiento de la Via del Giardino, parecía haber dejado de lado parte de sus preocupaciones y pesares. Ahora apenas mostraba la taciturnidad y el egoísmo que últimamente tanto había afectado su carácter; y aunque, como es natural, hubo ocasiones en las que sintió la fatiga del viaje, ya no tuvimos que temer ninguna recaída en ese estado de letargo o estupor que tan a menudo había rechazado todos los esfuerzos por contrarrestarlo en Posilipo. Cierro sentimiento de aversión supersticiosa me había llevado a dar orden de que el Stradivarius se quedara en Posilipo. Pero antes de partir, mi hermano preguntó por él, e insistió en que debía llevárselo, aunque no le había oído tocar una nota desde hacía muchas semanas. Mostró interés por todos los insignificantes pormenores del viaje, y en verdad pareció obtener más entretenimiento del mismo del que se podía haber supuesto dado su frágil estado de salud.

No hizo alusión de ningún tipo a los incidentes de la tarde pasada en la Via del Giardino, y yo por mi parte tampoco deseaba renovar recuerdos de naturaleza tan desagradable. Su única mención se produjo una tarde de domingo cuando pasábamos junto a un pequeño cementerio cerca de Génova. La escena pareció dirigir sus pensamientos hacia ese tema, y me dijo que había tomado medidas antes de abandonar Nápoles para asegurarse de que los restos de Adrian Temple fueran decentemente enterrados en el cementerio de Santa Bibiana. Sus palabras me hicieron pensar de nuevo, y la curiosidad insatisfecha me llevó a preguntarle cómo se había convencido de que el esqueleto al pie de las escaleras era realmente el de Adrian Temple. Pero me contuve, en parte porque confiaba en su promesa de que algún día me lo explicaría todo, y en parte porque me sentía reticente a estropear el disfrute de los pacíficos paisajes que estábamos atravesando al introducir temas tan dolorosos y

chocantes como aquellos a los que he aludido.

Por fin llegamos a Londres, y allí nos detuvimos un par de días para hacer algunos preparativos necesarios antes de bajar hasta Worth Maltravers. Durante el viaje había urgido a John para que nada más llegar a Londres buscara el mejor consejo médico inglés en lo referente a su propia salud. Aunque al principio puso reparos, diciendo que no se podía hacer nada más, y que estaba perfectamente satisfecho con la medicina que le había dado el Dr. Baravelli, la cual seguía tomando, por medio de constantes súplicas conseguí que accediera a una petición tan razonable. El Dr. Frobisher, considerado en aquella época la máxima autoridad viviente en enfermedades del cerebro y los nervios, le examinó la mañana siguiente de nuestra llegada. Fue tan amable como para hablar conmigo con cierta extensión después de ver a mi hermano, y de darme muchos consejos y recetas que podría utilizar para atender al inválido.

El estado de Sir John, me dijo, bastaba para suscitar los peores temores. Ciertamente, no había daños cerebrales o de otra clase que pudieran descubrirse, pero sus pulmones se encontraban en un estado de avanzada decrepitud, y había señales de una grave afección cardíaca. Sin embargo no me hizo desesperar, sino que dijo que con atentos cuidados su vida podría prolongarse, e incluso con el tiempo acabaría por restablecerse la salud en cierta medida. Me preguntó más de una vez si conocía algún problema o preocupación que hubiera hecho presa en la mente de Sir John. ¿Había dificultades financieras, había sido sometido a una fuerte impresión mental, había recibido algún grave susto? A todo esto sólo pude contestar de forma negativa. Al mismo tiempo, le conté al Dr. Frobisher cuanto pude de la historia de John como consideré pertinente para el asunto. Movié la cabeza gravemente, y recomendó que Sir John se quedara por el momento en Londres, bajo su constante supervisión. A esta propuesta mi hermano no dio su consentimiento bajo ningún concepto. Estaba impaciente por llegar cuanto antes a su propia casa, y dijo que si era necesario regresaría a Londres por Navidad. Se acordó por lo tanto que llegaríamos a Worth Maltravers a finales de semana.

Parnham ya había partido hacia Worth para prepararlo todo con vistas al regreso de su amo, y cuando llegamos lo encontramos todo en perfecto orden para nuestro recibimiento. Se había preparado para uso de mi hermano una pequeña salita próxima a la biblioteca, con agradables vistas al sur y salida a la terraza, de manera que pudiera evitar la fatiga de subir escaleras, que el Dr. Frobisher consideraba muy perjudicial en su estado actual. También habíamos adquirido en Londres una silla con ruedas, que le permitía ser trasladado o, si se sentía con ánimos de hacer el esfuerzo, moverse él mismo de habitación en habitación.

Creo que su salud mejoró; paulatinamente, es cierto, pero lo suficiente como para darme esperanzas de que todavía pudiera salvarse. Del estado de su ánimo o sus pensamientos yo sabía poco, pero podía ver que a veces era víctima de una ansiedad nerviosa. Se revelaba en la mirada atormentada que a menudo ostentaba su pálido

rostro, y en su notable disgusto por quedarse solo. Creo que obtenía un cierto placer de la quietud y la monotonía de su vida en Worth, y tal vez también de la conciencia de que tenía a su alrededor a quienes le querían y le profesaban devoción. Digo quienes, porque todos los criados de Worth se sentían muy unidos a él, al recordar la exquisita atención y cortesía de sus años anteriores, y al sentirse apesadumbrados por ver su figura antaño juvenil y vigorosa reducida a tan triste resultado. Los libros nunca los leía por sí mismo, e incluso el encanto de la lectura de Raffaele parecía haber perdido su poder; aunque nunca se cansaba de oír cantar al pobre muchacho, y le gustaba que se sentara junto a su silla incluso cuando sus ojos se cerraban y estaba aparentemente dormido. Me pareció que su salud en general cambiaba poco, ni para bien ni para mal. El Dr. Frobisher me había advertido que esperase estas secuelas. No le había ocultado que a veces había tenido mis dudas sobre la cordura de mi hermano; pero me había asegurado que eran completamente infundadas, que el cerebro de Sir John estaba tan despejado como el suyo propio. Al mismo tiempo, confesó que no podía hacerse responsable de la vitalidad exhausta de su paciente, un estado que en circunstancias ordinarias habría atribuido al estudio excesivo o a graves problemas. Me había insistido en la apremiante necesidad de que tuviera reposo absoluto, y muchas horas de sueño. Mi hermano nunca se refería de forma casual a su esposa, su hijo o a la señora Temple, que constantemente me escribía desde Royston, enviando amables mensajes a John, y preguntando cómo le iba. Nunca me atreví a transmitirle estos mensajes, temiendo alterarle, o retrasar su recuperación al distraer sus pensamientos hacia cauces que debían ser necesariamente de naturaleza dolorosa. Que nunca mencionase su nombre, ni el de Lady Maltravers, me llevó a veces a preguntarme si alguno de esos curiosos caprichos de la memoria, que ocasionalmente acompañan a una grave enfermedad, no habría borrado por completo de su mente el recuerdo de su matrimonio y de la muerte de su esposa. Era incapaz de pensar en cualquier asunto de negocios, y la administración del patrimonio siguió, como lo había estado durante los dos últimos años, en manos de nuestro excelente agente, el señor Baker.

Pero una noche a principios de diciembre me envió a Raffaele a eso de las nueve, diciendo que quería hablarme. Fui a su habitación, y sin previo aviso empezó en seguida:

—Nunca me enseñas a mi chico, Sophy; ya debe de haberse convertido en un mocito, y me gustaría verle.

Desconcertada por una observación tan inesperada, repliqué que el niño estaba en Royston al cuidado de la señora Temple, pero que sabía que si le apetecía ver a Edward, estaría encantada de traerlo a Worth. Pareció complacido por esta idea, y me rogó que le pidiera que lo hiciese, deseando que al mismo tiempo le transmitiera sus respetos. En ese instante casi me aventuré a devolver a su esposa perdida a sus pensamientos, al decir que su hijo se parecía mucho a ella; pues tu semejanza con tu madre en aquella época, e incluso ahora, mi querido Edward, era muy destacada. Pero

me faltó el valor, y su conversación pronto revirtió a una época anterior, comparando la suavidad del mes con la del primer verano que había pasado en Eton. Sus pensamientos, sin embargo, imagino que debieron de volver por un momento a los días en que conoció a tu madre, pues de pronto preguntó:

—¿Dónde está Gaskell? ¿Por qué no viene nunca a verme?

Esto provocó una nueva idea en mi cabeza. Imaginé que le podría hacer mucho bien a mi hermano tener a su lado alguien tan sensato y a tan leal amigo como sabía que era el señor Gaskell. Afortunadamente, su dirección no se había borrado de mi memoria, y dejando de lado todos los escrúpulos, le escribí con el siguiente correo, comunicándole el triste estado de mi hermano, diciendo que había oído a John mencionar su nombre, y suplicándole en mi propio nombre que fuera tan bondadoso como para ayudarnos en lo posible y que acudiera a nosotros en esta hora de prueba. Aunque estaba muy lejos, en Westmoreland, la generosidad del señor Gaskell le trajo al instante en nuestra ayuda, y en menos de una semana estaba instalado en Worth Maltravers, durmiendo en la biblioteca, donde hizo poner su cama por deseo expreso para estar más cerca de su amigo enfermo.

Su presencia nos fue de gran ayuda a todos. Trataba a John a la vez con la ternura de una mujer y con la firmeza de un hombre fuerte y listo. Pasaban las mañanas juntos, y el señor Gaskell me dijo que John no había mostrado con él los mismos reparos a hablar libremente de su vida de casado que había revelado hacia mí. No puedo imaginar el talante de sus comunicaciones, y tampoco lo pregunté nunca; pero sabía que el señor Gaskell se sentía muy afectado por ellas.

Ahora John incluso se entretenía a veces haciendo pasar a sus habitaciones al señor Baker alguna mañana, para discutir la administración de su patrimonio con su amigo; y también expresó su deseo de ver al notario de la familia, pues deseaba dictar su testamento. Al pensar que cualquier diversión de esta naturaleza no podía sino ser beneficiosa para él, hice venir de Dorchester a nuestro notario, el señor Jeffreys, que junto con su ayudante pasó tres noches en Worth, y escribió la voluntad de mi hermano.

Así pasó el tiempo, y el año se aproximó a su final.

Era Nochebuena, y yo me había acostado poco después de las doce, tras haber deseado una hora antes las buenas noches a John y el señor Gaskell. La larga costumbre de vigilarle, o de estar al cuidado de un inválido por las noches, había hecho que mis oídos fueran extraordinariamente rápidos para captar incluso el más ligero murmullo. Debían de ser, creo, cerca de las tres de la mañana, cuando me encontré despierta y consciente de algún sonido extraordinario. Se oía bajo y lejano, pero supe instantáneamente qué era, y sentí que me ahogaba en una sensación de miedo y horror, como si una mano gélida me hubiera agarrado la garganta, al reconocer la tonada de la *Gagliarda*. La estaban tocando al violín, y muy lejos, pero conocía esa canción demasiado bien para permitirme tener ninguna duda al respecto.

Algún día descubrirás, mi querido sobrino, que cualquier problema o temor es

inmensamente intensificado y exagerado de noche. Supongo que es así porque nuestros nervios están en una condición de excitación, y nuestro cerebro no está lo suficientemente despierto para pedir cuentas a nuestras estúpidas fantasías. Yo misma he permanecido muchas veces despierta, luchando en mis pensamientos con dificultades que en las horas de la oscuridad parecían insuperables, pero que con el alba se resolvían en inconvenientes triviales. Así, aquella noche, mientras estaba sentada en la cama mirando la oscuridad, con el sonido de esa melodía en los oídos, me pareció que algo demasiado terrible para describirlo había ocurrido; como si el espíritu maligno, que esperábamos hubiera sido exorcizado, hubiese regresado con otros siete veces más perversos que él, y hubieran vuelto a establecer su morada en mi hermano condenado. El recuerdo de otra noche llegó a mi cabeza, cuando Constance me despertó de la cama en Royston, y ambas nos deslizamos por los pasillos iluminados por la luna con la vibración de esa música perversa reverberando en el silencioso aire estival. ¡Pobre Constance! Ahora estaba en su tumba; pero al menos sus problemas habían terminado, mientras que aquí, como por alguna amarga ironía, en lugar de villancicos o dulces sinfonías, era la *Gagliarda* la que me despertaba de mi sueño la mañana de Navidad.

Me eché la bata por encima, y corrí por el pasillo y bajé las escaleras que conducían al piso inferior y a la habitación de mi hermano. Mientras abría la puerta de mi dormitorio, el violín se detuvo repentinamente en mitad de un compás. Su último sonido no fue una nota musical, sino más bien un horrible chillido, como ruego no volver a oír jamás. Fue un sonido como el que podría proferir una bestia herida. He visto un cuadro de Blake que muestra el alma de un poderoso hombre perverso que abandona su cuerpo al morir. El espíritu vuela a través de la ventana con una mirada espantosa en los ojos, horrorizado por la desolación hacia la que se dirige. Si en la agonía de la disolución, un alma semejante pudiera pronunciar un grito, creo que sonaría como el aullido que oí aquella noche procedente del violín.

Al instante todo quedó en un silencio absoluto. Los pasillos estaban silenciosos y fantasmales bajo la débil luz de mi vela; pero al llegar al final de las escaleras, oí el sonido de otras pisadas, y el señor Gaskell salió a mi encuentro. Estaba completamente vestido, y era evidente que no se había acostado. Me tomó amablemente de la mano y dijo:

—Temía que le alarmara el sonido de la música. John ha estado caminando en sueños; ha sacado el violín y lo ha tocado como si estuviera absorto. Cuando llegaba hasta él, hubo algo que cedió, y la disonancia provocada por las cuerdas flojas le despertó al instante. Ahora está despierto y ha vuelto a la cama. Domine su alarma, por bien de él y por el suyo propio. Es mejor que no sepa que se ha despertado.

Me apretó la mano y pronunció algunas otras palabras tranquilizadoras, y volví a mi habitación todavía muy alterada, pero sintiéndome medio avergonzada por haber mostrado tanta ansiedad por tan poco motivo.

Aquella mañana de Navidad fue una de las más hermosas que recuerdo. Parecía

que el verano detestaba tanto la idea de abandonar nuestras soleadas costas de Dorset que había vuelto aquel día para decirnos adiós antes de su partida definitiva. Yo me había levantado temprano y había recibido el sacramento en nuestra pequeña iglesia. El Dr. Butler acababa de iniciar su primer servicio, y aunque por lo general ninguna alteración de las costumbres establecidas en tales cuestiones por el paso del tiempo habría recibido mi aprobación, me alegré de concederme el privilegio en esta ocasión, ya que deseaba pasar la parte final de la mañana con mi hermano. La singular belleza de las horas del alba, y el efecto tranquilizador del solemne servicio, devolvieron la serenidad a mi espíritu, y desterraron con gran eficacia todos los recuerdos de la noche precedente. El señor Gaskell se reunió conmigo en el vestíbulo a mi regreso, y después de saludarme amablemente con las cortesías acostumbradas del día, preguntó por mi salud, y deseó que la perturbación de mi sueño la noche anterior no me hubiera afectado perjudicialmente. Tenía buenas noticias para mí: John parecía estar manifiestamente mejor, ya se había vestido, y deseaba, ya que era la mañana de Navidad, que desayunáramos con él en su habitación.

A esto, como puedes imaginar, accedí al instante. Nuestro desayuno transcurrió con gran alegría, e incluso con algún moderado humor, con John sentado en su silla a la cabecera de la mesa y dándonos las felicitaciones propias de la época. Encontré en mi puesto una carta de la señora Temple felicitándonos a todos (pues sabía que el señor Gaskell estaba en Worth), y diciendo que confiaba en traernos al pequeño Edward en Año Nuevo. Mi hermano pareció complacido ante la perspectiva de ver a su hijo, y aunque puede que sólo fuera mi imaginación, fantaseé con la posibilidad de que se sintiera especialmente gratificado de que la señora Temple en persona nos hiciera una visita. No había estado en Worth desde la muerte de Lady Maltravers.

Antes de que termináramos el desayuno, el sol cayó sobre los cristales con fuerza y brillo extraordinarios. Sus rayos nos animaron a todos, y hacía tanto calor que John abrió primero las ventanas, y condujo después su silla hasta el paseo exterior. El señor Gaskell le trajo un sombrero y bufanda, y nos sentamos con él en la terraza, disfrutando del sol. El mar estaba tranquilo y cristalino como un espejo, y el Canal se alargaba ante nosotros como un suelo de oro móvil. Una rosa o dos todavía colgaban frente a la casa, y los rayos del sol reflejados en la rojiza piedra arenisca nos dieron una mañana de diciembre más suave y agradable que muchos días de junio que he conocido en el norte. Estuvimos sentados sin hablar durante algunos minutos, inmersos en nuestras propias reflexiones y en la exquisita belleza de la escena.

El silencio fue interrumpido por las campanas de la iglesia parroquial, que anunciaban el servicio matinal. Eran dos, y su sonido, que nos resultaba familiar desde la infancia, parecía la voz de viejos amigos. John me miró y dijo con un suspiro:

—Me gustaría ir a la iglesia. Hace mucho que no voy. Tú y yo siempre íbamos las mañanas de Navidad, Sophy, y Constance lo habría deseado también si hubiera estado con nosotros.



Sus palabras, tan inesperadas y tiernas, llenaron de lágrimas mis ojos; no con lágrimas de dolor, sino de profundo agradecimiento al ver que mi ser querido regresaba una vez más a las antiguas costumbres. Era la primera vez que le había oído hablar de Constance, y ese dulce nombre, con el infinito patetismo de su muerte, y del espectáculo de la debilidad de mi hermano, me abrumó de tal manera que no pude hablar. Sólo le apreté la mano y asentí. El señor Gaskell, que se había alejado un minuto, dijo que pensaba que no le haría ningún daño a John asistir al servicio de la mañana siempre que la iglesia fuera cálida. A este respecto podía tranquilizarle, ya que la había encontrado suficientemente templada incluso a primera hora de la mañana.

El señor Gaskell empujaría la silla de John, y yo corrí a ponerme el abrigo, con el corazón lleno de profundo agradecimiento por los signos de gracia restaurada que tan piadosamente se otorgaban a nuestro querido sufriente en este día feliz. Pronto estuve vestida, y acababa de entrar en la biblioteca cuando el señor Gaskell entró apresuradamente a través de la ventana de la terraza.

—¡John se ha desmayado! —dijo—. ¡Corra a por sales aromáticas y llame a Parnham!

Se produjo una escena de apresurada alarma, que dio lugar a una aterrorizada desesperación. Parnham montó un caballo y partió al galope hacia Swanage en busca del Dr. Bruton; pero una hora antes de que regresara supimos lo peor. Mi hermano estaba más allá de la ayuda del médico: ¡su desdichada vida había alcanzado un final repentino!

Aquí, querido Edward, he terminado el breve relato de algunos de los hechos que sucedieron durante los últimos años de vida de tu padre. La razón que me ha llevado a ponerlos por escrito ha sido doble. Quiero cumplir con el deseo expresado vivamente al señor Gaskell por parte de tu padre, de que se te pusiera en conocimiento de estos hechos cuando fueras mayor de edad. Y por mi propia parte, creo que será mejor que conozcas la verdad pura a través de mí, o de lo contrario estarías a merced de informes azarosos, que podrían llegarte en algún momento de fuentes ignorantes o interesadas. Algunas de las circunstancias fueron tan sobresalientes que apenas es posible suponer que no fueran conocidas, y muy probablemente debatidas con frecuencia, en una casa tan grande como Worth Maltravers. Incluso tengo razones para creer que historias exageradas y absurdas circulaban en la época de la muerte de Sir John, y me apenaría pensar que esos ridículos relatos pudieran por casualidad llegar a tus oídos sin que tuvieras ningún medio de descubrir dónde se oculta la verdad. Dios sabe cuánto me ha dolido poner sobre el papel algunos de los hechos que he narrado aquí. Tú, como es tu obligación de hijo, reverenciarás el nombre incluso de un padre a quien nunca conociste; pero debes recordar que su hermana hizo más que eso; le quiso con una devoción sincera,

y todavía le conmueve escribir cualquier cosa que pudiera parecer que empaña su memoria. Por encima de todo, sólo podemos decir la verdad. Creo que gran parte de lo que te he contado necesita mayores explicaciones, pero yo no puedo dártelas, pues no conozco las circunstancias. Confío en que el señor Gaskell, tu tutor, añadirá a este relato algunas notas propias, que podrían ayudar a dilucidar ciertos aspectos, ya que él está en conocimiento de algunos hechos de los cuales yo sigo ignorante.

## LA NOTA DEL SEÑOR GASKELL

He leído lo que ha escrito la señorita Maltravers, y tengo poco que añadir. No puedo dar ninguna explicación que encaje con todos los hechos ni que resuelva todas las incertidumbres relacionadas en su narración. La solución más obvia de algunas cuestiones sería, por supuesto, suponer que Sir John Maltravers estaba loco. Pero para cualquiera que le hubiese conocido de forma tan íntima como yo lo hice, semejante hipótesis es insostenible; y, aunque fuera admitida, no explicaría algunos de los incidentes más extraños. Aún más, fue firmemente desechada por el Dr. Frobisher, sobre cuyo veredicto en tales materias no había por aquel entonces discusión, por el Dr. Dobie, y por el Dr. Bruton, que había conocido a John desde la infancia. Es posible que hacia el final de su vida sufriera ocasionalmente alucinaciones, aunque no puedo afirmarlo positivamente; pero fue sólo cuando su salud quedó completamente minada por razones que son muy difíciles de analizar.

Cuando le conocí en Oxford era un hombre fuerte, tanto física como mentalmente; generoso, y de temperamento alegre y afable. Al mismo tiempo era muy nervioso y excitable, como la mayoría de las personas cultas, y especialmente los músicos. Pero en cierto momento de su carrera, su misma naturaleza pareció cambiar; se volvió reservado, callado y saturnino. A su metamorfosis moral siguió un cambio físico igualmente alarmante. Su robusta salud empezó a flaquear, y aunque no sufría ninguna enfermedad concreta que los médicos pudieran combatir, empeoró paulatinamente hasta que llegó el final.

Creo que el inicio de este extraordinario cambio coincidió casi exactamente con su descubrimiento del Stradivarius; y si esto fue, al final, una simple coincidencia o algo más, no es fácil decirlo. Hasta poco antes de su muerte, ni la señorita Maltravers ni yo tuvimos idea de cómo ese instrumento había llegado a su posesión, o creo que en caso contrario habríamos podido hacer algo para salvarle.

Aunque hacia el final de su vida habló con libertad a su hermana sobre el violín, sólo le contó la mitad de la historia, pues le ocultó por completo que hubiera algo más en la alacena oculta de Oxford. Pero de hecho, allí encontré también dos libros manuscritos que contenían un minucioso diario de algunos años de la vida de un hombre. Ese hombre era Adrian Temple, y creo que en el examen de ese diario debe buscarse el origen de la ruina de John Maltravers. El manuscrito estaba bellamente escrito con letra clara pero apretada del siglo XVIII, y le transmitió la idea de un hombre que escribía con deliberación, deseando transcribir sus impresiones con exactitud para futura referencia. El estilo era excelente, y los ínfimos detalles que se daban eran a menudo de alto interés para un anticuario; pero el registro en general estaba mancillado por el más grosero libertinaje. La vida de Adrian Temple sin duda fue una influencia tan marcada en la de Sir John que un breve perfil, recogido de sus diarios, es necesario para comprender lo que ocurrió.

Temple acudió a Oxford en 1737. Tenía diecisiete años de edad, sin padres, hermanos ni hermanas; y poseía las fincas Royston en Derbyshire, que eran entonces, como ahora, una propiedad valiosa. Sus diarios empiezan con el año 1738, y aunque entonces era poco más que un muchacho, había probado todos los placeres ilícitos que Oxford podía ofrecer. Sus tentaciones sin duda fueron grandes; pues además de rico era guapo, y probablemente nunca había sido sometido a un control adecuado, ya que sus padres murieron cuando todavía era muy joven. Pero, a pesar de sus otras faltas, era un estudiante destacado, y al licenciarse lo hicieron socio de St. John. Se instaló en ese colegio en un excelente conjunto de habitaciones orientadas a los jardines, y durante este periodo parece haber estado muy poco en Royston, ya que vivía siempre en Oxford o en el continente. En esta época trabó amistad con un tal Jocelyn, de quien hizo su acompañante y su amanuense. Jocelyn era un hombre de talento, pero de vida irregular, y sin duda fue cómplice de muchos de los excesos de Temple. En 1743, ambos emprendieron el llamado «gran viaje», y aunque no era su primera visita, fue probablemente entonces cuando sintieron por vez primera la fascinación de la Italia pagana, una fascinación que creció con cada año de su vida posterior.

Al regresar de su viaje al extranjero, se encontró en medio de los turbulentos acontecimientos de 1745. Fue un ardiente partidario del Aspirante, y no hizo ningún esfuerzo por disimular su punto de vista. Las tendencias jacobinas eran en realidad predominantes en el colegio en aquella época, y si ése hubiera sido todo su delito, es probable que las autoridades del colegio le hubieran prestado poca atención. Pero su notoria vida alocada habló contra el joven, y ciertas oscuras sospechas no fueron pasadas por alto con tanta facilidad. Después del fracaso de la Rebelión, el Dr. Holmes, entonces Presidente del Colegio, parece que convirtió a Temple en chivo expiatorio. Perdió su calidad de socio, y aunque no fue formalmente expulsado, le presionaron de tal manera que acabó por abandonar St. John y trasladarse a Magadalen Hall. Allí, su gran fortuna hizo que le tuvieran en consideración, y le cedieron las mejores habitaciones del Hall, el mismo conjunto que mira a New College Lane y que Sir John Maltravers ocuparía con posterioridad.

En la primera mitad del siglo XVIII, la fascinación por la Edad Media, aunque moribunda, no había fenecido aún, y las ciencias ocultas todavía encontraban seguidores en las torres de Oxford. Desde sus primeros años, los pensamientos de Temple parecen haberse inclinado firmemente hacia el misticismo de toda clase, y él y Jocelyn estaban versados en la jerga de los alquimistas y los astrólogos, y practicaban siguiendo las reglas antiguas. Su reputación de nigromante, y las historias que circulaban de ritos ilícitos celebrados en las habitaciones de St. John, contribuyeron en gran medida a que fuera despedido de aquel Colegio. También había trabado amistad con Francis Dashwood, el notorio Lord le Despencer, y muchas noches de invierno le vieron cabalgar a través de las brumosas praderas del Támesis hasta la puerta de la fingida abadía franciscana. En sus diarios había más de

una mención de los «franciscanos» y las innombrables orgías de Medmenham.

Temple se dedicaba a la música. Era una ocupación rara por entonces, y aún más raro era encontrar a un rico terrateniente tocando el violín. Pero así lo hacía, aunque se guardaba su pasión para sí mismo, ya que la práctica del violín estaba mal vista en aquellos días. Sus dotes musicales eran excepcionales, y fue el primer poseedor del Stradivarius que posteriormente acabaría de forma tan desafortunada en manos de Sir John. Este violín lo compró Temple en el otoño de 1738, con ocasión de una primera visita a Italia. Aquel año murió el nonagenario Antonius Stradivarius, el mayor fabricante de violines que ha conocido el mundo. Después de la muerte de Stradivarius, la provisión de violines de su taller se vendió en subasta. Ocurrió que Temple estaba de viaje en Cremona en aquel momento con un tutor, y en la subasta compró aquel mismo instrumento que posteriormente tuvimos razones para conocer tan bien. Una nota de su diario sitúa su coste en cuatro luisas, y dice que tenía una historia curiosa. Aunque pertenecía a su periodo dorado, y probablemente era el mejor instrumento que jamás había fabricado, Stradivarius nunca quiso venderlo, y lo tuvo colgado durante más de treinta años en su taller. Se decía que mientras yacía en su lecho de muerte había dado órdenes de que lo quemaran; pero si fue así, las órdenes fueron incumplidas, y después de su muerte pasó a la subasta. Adrian Temple reconoció desde el principio el enorme valor del instrumento. Sus notas muestran que sólo lo utilizó en ciertas ocasiones especiales, y fue sin duda para su mejor protección que concibió la alacena oculta donde Sir John acabaría encontrándolo.

Los últimos años de vida de Temple transcurrieron en su mayor parte en Italia. En el Scoglio di Venere, cerca de Nápoles, construyó la Villa de Angelis, y allí pasó a partir de aquel momento todo el tiempo, excepto los meses más cálidos del año. Poco después de terminar la villa, Jocelyn le abandonó repentinamente, y se convirtió en monje cartujo. Una nota cáustica del diario apuntaba que incluso este sucio parásito se sintió tan impresionado por algo que había visto que adoptó la forma más austera de religión. En Nápoles, la vida oscura de Temple se volvió aún más negra. Coqueteó, es cierto, con el Neoplatonismo, y se jactó de que él, como Plotino, había pasado dos veces por el círculo del *nous* y disfrutaba de los frutos de la deidad; pero los ideales de incluso esa cómoda doctrina se degradaron de forma aún más miserable en su malvada vida. Más de una vez en el manuscrito hace mención por su nombre de la *Cagliarda* de Graziani, como algo que ha sido tocado en misterios paganos que estos entusiastas revivieron en Nápoles, y la tonada evidentemente se había grabado de forma profunda en su memoria. La última anotación de su diario lleva fecha del 16 de diciembre de 1752. Entonces estaba en Oxford durante un par de días, pero poco después regresó a Nápoles. La casualidad de haber acabado de completar un segundo volumen le indujo, sin duda, a dejarlo en la alacena secreta. Es probable que comenzara un tercero, pero si fue así, éste nunca se ha encontrado.

Al leer el manuscrito me impresionó el estilo claro y desenvuelto del autor, y descubrí que el interés de la narración aumentaba en lugar de disminuir. Al mismo

tiempo, su estudio me resultó indescriptiblemente doloroso. Nada podría haberme animado en mi decisión de leerlo por completo, excepto el convencimiento de que si quería ser de alguna ayuda real para mi pobre amigo Maltravers tenía que conocer en el mayor grado posible todas las circunstancias relacionadas con su dolencia. El caso es que me encontré respirando una atmósfera de contagio moral durante la lectura del manuscrito, y ciertos pasajes han regresado de cuando en cuando para acosarme, a pesar de todos mis esfuerzos por apartarlos de mi memoria. Cuando vine a Worth por la urgente invitación de la señorita Maltravers, encontré a mi amigo Sir John terriblemente alterado. No era sólo que estuviera enfermo y físicamente débil, sino que había perdido por completo el porte de la juventud, que, aunque indefinible, es muy apreciable, y marca una clara distinción entre el primer periodo de la vida y la edad madura. Pero el rasgo más llamativo de su enfermedad era la extraordinaria palidez de su piel, que hacía que su rostro pareciese una falsificación sutil de cera blanca en lugar del de un hombre vivo. Me dio la bienvenida poco calurosamente, pero con evidente sinceridad; y hubo una completa ausencia de la reserva que a menudo acompaña al reencuentro de amigos cuyas relaciones cordiales han sufrido una interrupción. Desde la época de mi llegada a Worth hasta su muerte, estuvimos constantemente juntos; de hecho, me sentí impresionado por el disgusto casi infantil que mostraba si le dejaban solo siquiera por unos momentos. A medida que se aproximaba la noche, se intensificaba la sensación. Parnham dormía siempre en la habitación de su amo; pero si algo hacía salir al criado aunque fuera un minuto, nos hacía llamar a Carotenuto o a mí para que estuviéramos con él hasta su regreso. Sus nervios estaban muy debilitados; saltaba violentamente ante cualquier ruido inesperado, y por encima de todo temía quedarse a oscuras. Cuando caía la noche, hacía que trajeran más lámparas a su habitación, e incluso cuando se preparaba para dormir insistía en que una fuerte luz permaneciese encendida junto a su cama.

A menudo había leído en libros acerca de personas que tenían expresión de estar «acosadas», y me había reído de la frase al considerarla convencional y carente de significado. Pero cuando llegué a Worth conocí lo que tenía de cierto; pues si algún rostro tuvo alguna vez un aspecto acosado, y casi escribiría que hechizado, fue el rostro blanco de Sir John Maltravers. Tenía el aire de un hombre que estaba constantemente esperando la llegada de malas noticias, y en ocasiones me recordó dolorosamente la expectación culpable de un rufián que sabe que han emitido una orden para su arresto.

Durante mi visita, me habló frecuentemente de su vida pasada, y en lugar de mostrar reticencia a tocar el tema, pareció complacido por la ocasión de aliviar su espíritu. Por él supe que la lectura de las memorias de Adrian Temple había causado una profunda impresión en su mente, que sin duda fue intensificada por la visión que creyó ver en sus habitaciones en Oxford, y por el descubrimiento del retrato en Royston. De esos fenómenos singulares no tengo ninguna explicación que ofrecer.

El elemento romántico de su estado le hacía particularmente susceptible a la

fascinación por el misticismo que transpiraba la narración de Temple. Me dijo que casi desde la primera vez que la leyó se sintió lleno de un anhelo de visitar los lugares y revivir la extraña vida de la que hablaba. Al principio mantuvo a raya esta inclinación, pero poco a poco fue ganando fuerza suficiente para dominarle.

No tengo la menor duda de que la música de la *Gagliarda* de Graziani ayudó materialmente a este proceso de degradación mental. Es curioso que Michael Praetorius en la *Syntagma musicum* hablara de la gallarda generalmente como de una «invención del diablo, llena de gestos indecentes y libertinos y de movimientos licenciosos». Y la singular melodía de la *Gagliarda* de la suite «Areopagita» ciertamente ejerció desde el principio una extraña influencia sobre mí. Aquí no haré más que mencionar la cuestión, pues veo que la señorita Maltravers ha hablado de ella extensamente, y sólo diré que, aunque desde el día de la muerte de Sir John nunca he oído una sola nota de ella, la tonada sigue fresca en mi cabeza, y a veces se me ha aparecido inesperadamente, y siempre con un efecto indeseable. He observado que ocurre generalmente en momentos de depresión física, y la misma melodía sin duda ejerció una influencia similar sobre Sir John, cuya impresionable naturaleza hizo que desde el principio fuera más perjudicial para él.

Digo esto con conocimiento de causa, pues estoy seguro de que si algunas músicas son buenas para el hombre y le elevan, otras melodías son igualmente malas y enervantes. Una experiencia mucho más amplia que la que todavía poseemos es necesaria para permitirnos decir hasta dónde puede extenderse esta influencia. Es decir, hasta dónde puede llegar la mente por un lado en la abnegación ascética por el uso sistemático de cierta música, o por el contrario en placeres ilícitos y peligrosos por melodías de tendencia opuesta. Pero de esto estoy seguro, que una vez que se ha conseguido un nivel de cultura relativamente avanzado, la música es la llave más apta, si no la única, que da paso al círculo más estrecho del pensamiento más imaginativo.

Aprovechando la ocasión de viajar que le ofreció su luna de miel, un impulso que no pudo explicar en aquellos momentos, pero que los acontecimientos posteriores me han convencido que correspondía a la encantada sugestión de la *Gagliarda*, le llevó a visitar los escenarios mencionados tan a menudo en el diario de Temple. Siempre había sido un excelente erudito, y un estudioso de los clásicos de capacidad más que ordinaria. Roma y el sur de Italia le llenaron de un extraño deleite. Su educación le permitía apreciar la plena extensión de lo que veía; poblaba los decorados con las figuras de los actores originales, e intentaba asimilar su pensamiento al de ellos. Empezó a leer literatura clásica profusamente, no ya desde el punto de vista académico, sino desde el punto de vista literario. En Roma pasó mucho tiempo en las librerías, y allí encontró copias de los numerosos autores de finales del imperio y de los filósofos alejandrinos que raras veces se ven en Inglaterra. En éstas halló un nuevo placer y alimento fresco para su misticismo.

Dichos estudios, llevados al límite, son probablemente dañinos para el carácter

inglés, y ciertamente lo fueron para un hombre con las simpatías románticas de Maltravers. Estas lecturas le produjeron con el tiempo un efecto tan real que si no abandonó definitivamente el cristianismo, como temo que hizo, al menos sí lo adulteró con otras doctrinas hasta que para él se convirtió en Neoplatonismo. Esa seductora filosofía, que ha atrapado tantas mentes desde Proclo y Juliano a San Agustín y los renacentistas, encontró un rápido converso en John Maltravers. Su apasionado anhelo de un bien vago e indefinido, su tolerancia de las impresiones estéticas, las agradables supersticiones de su dinámico panteísmo, todo tocó fibras sensibles en su naturaleza. Su mente, me dijo, se llenó de una nostalgia sin medida por la antigua cultura de la filosofía pagana, y de la misma manera que el pasado se volvía más claro y más real, el presente se hizo más turbio, y sus pensamientos se apartaron paulatinamente de todos los objetos naturales de su afecto e interés que deberían haberlos ocupado. Hasta qué terrible punto llegó este proceso, lo demuestra la narración de la señorita Maltravers. Poco después de llegar a Nápoles, visitó la Villa de Angelis, que Temple había construido sobre las ruinas de una casa marítima de Pomponio. El antiguo edificio había sido desmantelado y estaba en ruinas, y Sir John no tuvo dificultad en comprar el solar de inmediato. Después lo reconstruyó con gran detalle, esforzándose por reproducir en su equipamiento el lujo del imperio tardío. Tuve ocasión de visitar la casa más de una vez en mi condición de albacea, y la encontré llena de valiosas obras de arte, que, aunque en aquella época ninguna era tan difícil de conseguir ni tan costosa como lo sería ahora, eran suficientemente valiosas como para haber requerido un desembolso injustificable.

El emplazamiento del edificio promovió su locura por el pasado. Está entre la Bahía de Nápoles y la de Baia, y desde sus ventanas ofrecía las mismas vistas exquisitas que habían encandilado a Cicerón y Lúculo, Severo y los Antoninos. Al lado se erigía Baia, el principesco retiro costero del imperio. Esa lujosa y lasciva ciudad entre las ciudades de la antigüedad sobrevivió a los cataclismos de las eras, y sólo perdió su continuidad urbana y se convirtió en el poblado ruinoso que es hoy en los saqueos del siglo xv. Pero una continuidad perversa no se interrumpe con tanta facilidad, y los que conocen mejor el lugar dicen que todavía está imbuido de recuerdos de un pasado execrable.

Durante millas a lo largo de esa costa hechizada no se puede poner el pie excepto sobre las ruinas de alguna espléndida villa, y sobre todo ello se cierne un espíritu de corrupción y vileza que llega a ser palpable y opresivo. De las auroras y los ocasos, del sol del mediodía templado por la brisa marina y la sombra de arboledas fragantes, los que han estado allí conocen el encanto, y a los que no han estado las palabras no se lo pueden describir. Pero hay vapores maléficos que se elevan del cadáver de un pasado que no ha sido enterrado por completo, e ingleses muy cultivados que se demoran allí mucho tiempo sienten su influencia como la sintió John Maltravers. Como tantos *decepti deceptores* de la escuela Neoplatónica, no practicó la abnegación impuesta por el mismo culto que afirmaba seguir. Aunque su naturaleza



era demasiado refinada, creo, para sumirse en el sensualismo revelado por los diarios de Temple, fue con la gratificación de los gustos del cuerpo como intentó conseguir el divino *éxtasis*; por eso había constantemente distracciones profusas y suntuosas en la villa, en la cual invitados desconocidos estaban presentes.

No se podía esperar que en semejante vida de pesadilla encontrase reposo ningún espíritu, y Maltravers ciertamente no lo halló. Todas las preocupaciones que habitualmente ocupan las mentes de los hombres, todos los pensamientos hacia su esposa, hijo y hogar fueron, es cierto, abandonados; pero una inquietud salvaje tomó posesión de él, y no consintió que se sintiera nunca tranquilo. Aunque nunca me lo dijo, creo que tenía la idea de que la figura que había visto en Oxford y Royston se le había reaparecido en más de una ocasión subsiguiente. Imagino que con la vaga esperanza de «enterrar» ese espectro se propuso con entusiasmo descubrir dónde o cómo había muerto Temple. Recordaba que la tradición de Royston decía que había sucumbido en Nápoles en la plaga de 1752, pero le acometió la idea de que no era así; de hecho, casi sospecho que su fantasía imaginaba que ese hombre malvado seguía vivo. Los métodos por los cuales acabó descubriendo el esqueleto, o conoció los episodios que precedieron a la muerte de Temple, no los conozco. Prometí contármelos con detalle algún día, pero su repentina muerte le impidió hacerlo. Los hechos, tal y como él los contó, y como yo tengo pocas dudas de que realmente ocurrieron, fueron éstos: Adrian Temple, después de la partida de Jocelyn, había hecho su confidente a un tal Palamede Domacavalli, vástago de una espléndida familia partenopea del mismo nombre. Palamede tenía un palacio en el corazón de Nápoles, y era el igual de Temple en edad y también en su inmensa fortuna. Los dos hombres se convirtieron en compañeros inseparables, asociados en toda clase de perversidades y excesos. A su momento, Palamede se casó con una hermosa muchacha llamada Olimpia Aldobrandini, que también era del más noble linaje; pero la intimidad entre él y Temple no se interrumpió. Aproximadamente un año después de su matrimonio, se estaba celebrando un baile después de un espléndido banquete en el gran salón del Palazzo Domacavalli. Adrian, que era invitado de honor, pidió a los músicos de la galería que tocaran la suite «Areopagita», y la bailó con Olimpia, la esposa de su anfitrión. Llegaron hasta la *Gagliarda*, pero nunca la terminaron, pues cerca del final del segundo movimiento, Palamede hundió por la espalda un estilete en el corazón de su amigo. Ese día había descubierto que Adrian no había respetado ni siquiera el honor de Olimpia.

He intentado resumir en una historia coherente los hechos que conocí poco a poco mediante conversaciones con Sir John. Hasta cierto punto proporcionaban, sino una explicación, sí al menos un relato del cambio al que se había sometido mi amigo. Pero sólo hasta cierto punto; a partir de ahí la explicación se desmoronaba y yo me quedaba desconcertado. Podía imaginar que una vida de relaciones indeseables y estudios desordenados podría con el tiempo producir tal pérdida de vigor mental que conduciría a una *acolasia* moral, el exceso sexual, y la ruina física. Pero en el caso de

Sir John, la causa no era adecuada; por lo que yo sabía, nunca había entregado por completo las riendas a la sensualidad, y el cambio fue demasiado abrupto y la ruina del cuerpo y la mente demasiado completa para justificarse con acontecimientos tales como los que había relatado.

Yo también tenía un sentimiento de intranquilidad, que creció dentro de mí cuanto más le veía, que era que mientras que hablaba con bastante libertad sobre ciertos temas, y obviamente pretendía ofrecer una historia completa de su vida pasada, había en realidad algo en el fondo que siempre ocultaba a mi vista. Parecía que fuera un joven al que un padre indulgente pedía que confesase sus deudas para que pudiera solventarlas y que, aunque conoce la poca severidad de sus padres, y que cualquier deuda que no sea solventada ahora será después un peso sobre sus hombros, titubea por vergüenza a confesar la cantidad total, y se reserva ciertas cuestiones. Así que el pobre Sir John me ocultaba algo a mí, su amigo, cuya única intención era transmitirle consuelo y alivio, y cuya compasión me habría hecho escuchar sin reprimenda alguna la narración del más negro de los crímenes. No puedo decir lo mucho que me apenaba este convencimiento. De buen grado lo habría dado todo, incluso mi vida misma, para salvar a mi amigo y hermano de la señorita Maltravers; pero mis esfuerzos se veían paralizados por el sentimiento de que no sabía con qué me enfrentaba, que alguna malvada influencia le afectaba y continuamente evitaba mi presa. Una o dos veces pareció que estaba a punto de contármelo todo; una o dos veces, creo, se había decidido a hacerlo así; pero entonces cambió de talante, o más probablemente le faltó el valor.

Fue en una de estas ocasiones cuando me preguntó, de forma más bien repentina, si pensaba que un hombre podría con algún acto carnal cometido conscientemente privarse de toda posibilidad de redención y de salvación definitiva. Aunque me considero un cristiano sincero, no soy un teólogo, y la pregunta referente a semejante tema, que no se me había ocurrido desde la infancia, y que parecía tener más el sabor del romance medieval que de la religión práctica, me desconcertó por un momento. Titubeé un instante, y luego contesté que los medios de salvación ofrecidos al hombre sin duda bastaban para limpiar al verdadero penitente de la culpa de cualquier crimen, por oscuro que fuera. Mi duda había sido momentánea; pero Sir John pareció notarla, y selló sus labios a cualquier confesión, si es que verdaderamente pretendía hacer alguna, al cambiar bruscamente de tema. Esta pregunta, como es natural, me hizo reflexionar de forma seria y aprensiva. Era la primera ocasión en que me pareció que indiscutiblemente sufría de alucinaciones, y era consciente de que cualquier ilusión relacionada con la religión es por lo general muy difícil de suprimir. Al mismo tiempo, cualquier cuestión de este género era más destacable en el caso de Sir John, ya que, por lo que yo sabía, había abandonado la fe cristiana por completo y durante una temporada considerable.

Incapaz de obtener más información de él, y limitado por lo tanto a mis propios recursos, decidí que volvería a leer enteros los diarios de Temple. La tarea resultó

desagradable, como ya he explicado, pero esperaba que una segunda lectura pudiera arrojar alguna luz sobre el oscuro infortunio que atribulaba a Sir John. Volví a leer el manuscrito con la mayor atención. Sin embargo, no parecía que nada de importancia se me hubiera escapado en las anteriores ocasiones, y casi había alcanzado el final del segundo volumen cuando una cuestión relativamente menor atrajo mi atención. He dicho que las páginas estaban todas cuidadosamente numeradas, y los sucesos de cada día registrados de forma separada; incluso cuando Temple no había encontrado nada de interés para reseñarlo en un día determinado, había insertado la fecha con la palabra *nil* escrita frente a ella. Pero mientras estaba sentado una noche en la biblioteca de Worth, después de que Sir John se hubiera ido a la cama, y por último revisaba los días de los meses del diario de Temple para asegurarme de que estaba completo, descubrí que faltaba un día. Era hacia el final del segundo volumen, y el día era el 23 de octubre del año 1752. Una mirada a la numeración de las páginas reveló el hecho de que tres hojas habían sido arrancadas, y que las páginas numeradas 349 a 354 no aparecían por ningún lado. Una vez más revisé los diarios para comprobar si había hojas arrancadas en algún otro lado, pero no encontré que faltara ni una sola página. Todo estaba completo, excepto en este sitio, con el manuscrito redactado primorosamente, y apenas un error o un borrón en toda su extensión. Un examen más atento mostró que estas hojas habían sido cortadas cerca del lomo, y los bordes cortados del papel parecían demasiado recientes para pensar que se habían hecho un siglo antes. Una breve reflexión me confirmó, de hecho, que la supresión probablemente no había sido hecha por Temple, y que debía de haber sido hecha por Sir John.

Mi primera reacción fue preguntarle en seguida qué contenían las páginas perdidas, y por qué las había cortado. La cuestión podía ser banal, y él la explicaría en un instante. Pero al abrir suavemente la puerta de su dormitorio, lo encontré dormido, y Parnham (a quien la fuerte luz que siempre ardía en la habitación mantenía desvelado) me informó de que su amo llevaba sumido en un profundo sueño más de una hora. Sabía cuánto necesitaban sus agotadas fuerzas semejante reposo, y volví a la biblioteca sin despertarle. Unos minutos antes, me había sentido amodorrado a la conclusión de mi tarea, pero ahora todo deseo de sueño había sido desterrado repentinamente y un doloroso insomnio había ocupado su lugar. Estaba bajo una clase de excitación mental que me recordaba mis sentimientos de unos años antes en Oxford, la primera vez que tocamos la *Gagliarda* juntos, y me sobrevino una idea con la fuerza de una intuición, la de que en esas tres hojas perdidas estaba el secreto de la ruina de mi amigo.

Volví al contexto para ver si había algo en las entradas precedentes o siguientes a la laguna que me diese alguna pista sobre el pasaje desaparecido. El registro de los escasos días inmediatamente precedentes al 23 de octubre era breve y no contenía nada de ningún interés. Adrian y Jocelyn estaban solos en la Villa de Angelis. La entrada del 22 era muy poco importante y aparentemente estaba completa, acabando

al final de la página 348. Del 23 no había, como he dicho, ningún registro en absoluto, y la entrada del 24 empezaba al inicio de la página 355. Este último memorando también era breve, y fue escrito cuando el autor estaba disgustado porque Jocelyn le hubiera abandonado.

La desertión de su compañero debió de ser, según parece, completamente inesperada. Al menos no había ninguna indicación previa de que tuviera tales intenciones. Temple escribió que Jocelyn había abandonado la Villa de Angelis aquel día y se había instalado con los cartujos de San Martino. No se daba ninguna razón para tan extraordinario cambio; pero se apuntaba que Jocelyn se había declarado impresionado por algo que había ocurrido. La entrada concluía con algunas observaciones amargas: *«Así que adiós a mi santo anacoreta; y si no puedo despedirle con una lepra como Elisa hizo con su criado, al menos abandona mi presencia con la cara tan blanca como la nieve»*.

Había leído esta frase más de una vez sin que me provocara más que una atención pasajera. La curiosa expresión de que Jocelyn había abandonado su presencia con la cara blanca como la nieve me había parecido hasta entonces que no significaba nada más que los dos hombres se habían separado con rabia violenta, y que Temple había insultado o amedrentado a su compañero. Pero mientras estaba sentado aquella noche en la biblioteca, las palabras parecieron tomar una fuerza completamente nueva, y una extraña sospecha empezó a dominarme.

He dicho que uno de los rasgos más destacados de la enfermedad de Sir John era su palidez mortal. Aunque yo ya había pasado algún tiempo en Worth, y todos los días me había sorprendido esta falta de color, nunca recordé en relación a esto que una extraña palidez también había sido uno de los atributos de Adrian Temple, y ciertamente quedaba muy destacada en el retrato pintado por Battoni. Aún más, en el relato de Sir John de la visión que pensó que había visto en sus habitaciones de Oxford, siempre había hablado de la cara blanca como la cera de su visitante espectral. La tradición familiar de Royston decía que Temple había perdido el color en algún mortífero experimento mágico, y ahora sentí el convencimiento de que el rostro de Jocelyn «tan blanco como la nieve» podía referirse sólo a esta misma palidez antinatural, y que él también había sido azotado con ella como si fuera la marca de la bestia.

En un cajón de mi escritorio guardaba junto a mí todas las cartas que la difunta Lady Maltravers había escrito a casa durante su funesta luna de miel. La señorita Maltravers las había puesto en mis manos para que pudiera familiarizarme con todos los hechos que pudieran dilucidar el avance de la dolencia de Sir John. Recordaba que en una de esas cartas se hacía mención de un fuerte ataque de fiebre en Nápoles, y a que ella había observado por vez primera en él esta singular palidez. Encontré la carta de nuevo sin dificultad y la leí bajo una nueva luz. Todos los renglones transpiraban sorpresa y alarma. Lady Maltravers temía que su marido estuviera muy gravemente enfermo. El miércoles, dos días antes de que ella escribiera, había sufrido

durante todo el día una extraña inquietud, que se había incrementado después de retirarse por la noche. No podía dormir y había vuelto a vestirse, diciendo que quería dar un paseo bajo el aire nocturno para tranquilizarse. No regresó hasta casi las seis de la mañana, y entonces parecía tan exhausto que a partir de aquel momento había quedado postrado en la cama. Estaba terriblemente pálido, y los médicos temían que hubiera sido atacado por alguna extraña fiebre.

La fecha de la carta era del 25 de octubre, lo cual fijaba la noche del 23 como el momento del primer ataque de Sir John. La coincidencia de la fecha con la del día que faltaba en el diario de Temple era significativa, pero ya no era necesaria para convencerme de que la ruina de Sir John se debía a algo que había ocurrido aquella noche fatal en Nápoles.

La pregunta que el Dr. Frobisher había hecho a la señorita Maltravers cuando le pidieron que examinase por vez primera a su hermano en Londres volvió a mi memoria con fuerza abrumadora: «¿Había estado Sir John sometido a alguna impresión mental; había recibido algún susto terrible?» Ahora sabía que la respuesta a esa pregunta debería haber sido afirmativa, pues sentía con tanta seguridad como si me lo hubiera dicho Sir John en persona que sí había recibido una impresión violenta, y probablemente algún susto espantoso, en la noche del 23 de octubre. Cuál podría haber sido la naturaleza de aquella impresión, mi imaginación era incapaz de concebirlo, sólo sabía que fuera lo que fuese lo que Sir John había hecho o visto, Adrian Temple y Jocelyn lo habían hecho o visto un siglo antes en el mismo sitio. Aquel horror que había blanqueado el rostro de los tres hombres para toda la vida tal vez había caído con fuerza menos abrumadora sobre la curtida perversidad de Temple, pero había llevado al indigno Jocelyn al claustro, y estaba conduciendo a Sir John a la tumba.

Al pasar por mi cabeza, estos pensamientos me llenaron de una alarma imprecisa. Lo tardío de la hora, el silencio y la luz tenue, hacían que la biblioteca en la que estaba sentado pareciese tan enorme y tan solitaria que empecé a sentir el mismo temor a quedarme solo que había observado tan a menudo en mi amigo. Aunque sólo una puerta me separaba de su dormitorio, y podía oír su respiración profunda y regular, sentí que debía entrar y despertarle a él o a Parnham para que me hiciesen compañía y me salvaran de mis propias reflexiones. Con un inmenso esfuerzo conseguí controlarme, y me senté para darle vueltas al asunto y esforzarme por trazar alguna hipótesis que pudiera explicar el misterio. Pero todo fue en vano. Simplemente me cansaba sin llegar ni siquiera a una conjetura plausible, excepto que parecía que la extraña coincidencia de la fecha pudiera indicar algún encantamiento o hechizo atroz que sólo podía ejecutarse en una noche concreta del año.

Debía de ser cerca del alba cuando caí exhausto en un sueño intranquilo sobre el sillón donde estaba sentado. Mi sueño, aunque breve, estuvo poblado por una sucesión de visiones fantásticas en las cuales veía continuamente a Sir John, no enfermo y consumido como ahora, sino vigoroso y bello como le había conocido en

Oxford, en pie junto a un brasero resplandeciente y recitando palabras que no entendía, mientras otro hombre de rostro blanco y burlón estaba sentado en una esquina tocando la tonada de la *Gagliarda* al violín. Parnham me despertó en mi silla a las siete; su amo, dijo, seguía durmiendo plácidamente.

Había decidido que tan pronto despertara preguntaría a Sir John por las páginas que faltaban en el diario; pero aunque mi impaciencia y mi nerviosismo estaban en su grado máximo, me vi obligado a contener mi curiosidad, pues el sueño de Sir John continuó durante el día. El Dr. Bruton vino de visita por la mañana, y dijo que este sueño era lo que más necesitaba el estado del paciente, y que era un síntoma claramente favorable; no había que molestarle bajo ningún pretexto. Sir John no abandonó la cama, sino que siguió dormitando todo el día hasta el atardecer. Cuando por fin se sacudió la soñolencia, ya era tan tarde que, a pesar de mi ansiedad, titubeé en hablar con él sobre los diarios, para no alterarle indebidamente antes de la noche.

A medida que anochecía se fue volviendo muy intranquilo, y se levantó más de una vez de la cama. Esta inquietud, a continuación del reposo del día, tal vez debería haberme perturbado, pues desde entonces he observado que cuando la muerte está muy próxima, una intranquilidad aprensiva a menudo domina tanto a hombres como a animales. Parece que temieran ceder al sueño, como si mientras duermen el enemigo final pudiera atraparles desprevenidos. Intentan sacudirse la ropa de cama, a veces abandonan el lecho y caminan. Así ocurrió con el pobre John Maltravers aquella última Nochebuena. Permanecí sentado con él, sufriendo por su turbación hasta que pareció quedarse más tranquilo, y por último cayó en el sueño. Esa noche yo dormí en su habitación en lugar de Parnham, y cansado como estaba por haber pasado sentado la noche anterior, me arrojé sobre la cama vestido. Creo que apenas me había adormilado cuando el sonido de su violín me despertó. Descubrí que se había levantado, había tomado su instrumento favorito y estaba tocando en sueños. La tonada era la *Gagliarda* de la suite «Areopagita», que yo no había oído desde que la tocamos juntos por última vez en Oxford, y trajo consigo un tropel de recuerdos lejanos y de infinitas lamentaciones. Maldije la soñolencia que me había sometido en mi puesto de vigía, y permití que Sir John tocara una vez más la melodía que siempre había estado cargada de tanta maldad para él; estaba a punto de despertarle suavemente cuando un extraño accidente le sacó de su sueño. Mientras yo caminaba hacia él, el violín pareció desplomarse en sus manos, y, de hecho, la caja cedió y se rompió bajo la presión del cordaje. Mientras las cuerdas se soltaban, la última nota se convirtió en una disonancia inhumana. Si fuera supersticioso, diría que algún espíritu maligno había salido del violín, y que había roto con sus estertores finales el receptáculo de madera que le cobijara tanto tiempo. Fue la última vez que se utilizó el instrumento, y ese espantoso acorde, el último que llegó a tocar Maltravers.

Temía que la impresión de despertar tan repentinamente del sueño tuviera un efecto muy perjudicial sobre el sonámbulo, pero no pareció ser el caso. Le persuadí de que volviera en seguida a la cama, y en unos minutos volvió a quedar dormido.

Por la mañana parecía por vez primera claramente mejorado; en verdad había algo de su antiguo yo en su porte. Pareció como si la rotura del violín hubiera sido un auténtico alivio para él; y creo que aquella mañana de Navidad despertaron sus mejores instintos, y que su antigua educación religiosa y las relaciones de su juventud hicieron su última súplica. Me agradó semejante cambio, por temporal que resultara ser. Deseaba ir a la iglesia, y decidí que una vez más pospondría mi curiosidad y retrasaría las preguntas que ardía por hacerle hasta que regresáramos del servicio matinal. La señorita Maltravers había entrado en la casa para hacer algunos preparativos, Sir John estaba en su silla de ruedas en la terraza, y yo estaba sentado a su lado bajo el sol. Durante unos momentos pareció inmerso en pensamientos silenciosos, y después se inclinó hacia mí hasta que su cabeza estuvo muy cerca de la mía y dijo:

—Querido William, hay algo que debo decirte. Creo que ni siquiera puedo ir a la iglesia hasta que te lo haya contado todo. —Su expresión me impresionó más allá de lo expresable. Sabía que iba a contarme el secreto de las páginas perdidas, pero en lugar de seguir deseando que mi curiosidad quedara satisfecha, sentí un horrible temor de lo que pudiera decir. Tomó mi mano entre las suyas y la sujetó firmemente, como un hombre que estuviera a punto de sufrir un gran dolor físico y buscara el consuelo del apoyo de un amigo. Entonces prosiguió—. Te sorprenderá lo que voy a contarte; pero escucha, y no me abandones. Debes permanecer a mi lado y consolarme y ayudarme a rectificar. —Se detuvo un instante y continuó—: Fue una noche de octubre, cuando Constance y yo estábamos en Nápoles. Tomé ese violín y fui solo a la villa ruinosa de Scoglio di Venere. —Había estado hablando con dificultad. Su mano apretaba la mía convulsivamente, pero seguía sintiéndola temblar, y podía ver la humedad espesándose en su frente. En aquel momento el esfuerzo pareció excesivo para él y estalló—: No puedo seguir, no puedo contártelo, pero puedes leerlo tú mismo. En el diario que te di faltan algunas páginas.

La tensión se estaba volviendo intolerable para mí, y le interrumpí.

—Sí, sí, lo sé; tú las cortaste. Dime dónde están.

Él continuó.

—Sí, las corté para que no cayeran en manos de nadie desprevenido. Pero antes de que las leas debes jurarme, como tu esperanza para la salvación, que nunca intentarás hacer lo que está escrito en ellas. Júramelo ahora, o no te dejaré verlas nunca.

Mi impaciencia ya era demasiado grande para detenerme a discutir trivialidades, y para seguirle la corriente juré lo que deseaba. Había estado hablando con un esfuerzo creciente; echó una apresurada y temerosa mirada a su alrededor como si esperase que hubiera alguien escuchando, y casi con un susurro continuó.

—Las encontrarás en...

Su agitación se había vuelto demasiado lamentable para contemplarla, y mientras decía las últimas palabras, una convulsión atravesó su rostro, y al fallarle la palabra,

se desplomó sobre su cojín. Un extraño miedo se apoderó de mí. Durante un instante pensé que había otros en la terraza aparte de mí mismo, y me di la vuelta esperando ver que la señorita Maltravers hubiera regresado; pero seguíamos solos. Incluso imaginé que mientras Sir John decía sus últimas palabras, sentía algo que me rozaba ligeramente. Levantó las manos, golpeando el aire con un gesto patético, como si intentara repeler a un adversario que le hubiera agarrado por la garganta, e hizo un último esfuerzo por hablar. Pero el espasmo fue demasiado fuerte para él; siguió un espantoso silencio, y ya estaba muerto.

Hay poco que añadir; pues el secreto culpable de Sir John pereció con él. Aunque a juzgar por su expresión, yo estaba seguro de que las hojas desaparecidas estaban ocultas en algún lugar de Worth, y aunque como albacea hice que se llevase a cabo la más diligente búsqueda, no se encontró ni rastro de ellas; tampoco ocurrió ninguna circunstancia que arrojase nueva luz sobre el asunto. Debo confesar que debería haber interpretado el descubrimiento de estas páginas como un alivio; pues aunque temía lo que pudiera tener que leer, estaba más preocupado aún porque fueran encontradas en un periodo posterior y cayeran en otras manos, causando un recrudecimiento de la plaga que había afligido la vida de Sir John.

Sobre la naturaleza de los acontecimientos que tuvieron lugar aquella noche en Nápoles no puedo hacer ninguna conjetura. Pero igual que ciertas imágenes físicas han demostrado ser tan repugnantes que sacan de quicio al intelecto, también puedo imaginar que la mente pueda conjurar por sí misma otras formas de maldad moral tan espantosas como para marchitarla metafísicamente: y esto, creo, es lo que ocurrió tanto en el caso de Adrian Temple como en el de Sir John Maltravers.

Es difícil concebir los accesorios utilizados para producir la excitación mental en que semejante sentimiento de maldad pudiera hacerse imaginable. La fantasía y la leyenda, que se han combinado para representar como posibles las apariciones de lo sobrenatural, también están de acuerdo en considerarlas más probables en ciertos momentos y lugares que en otros; y es posible que las hojas desaparecidas del diario contuvieran un relato del momento, lugar y otras condiciones elegidos por Temple para algún mortífero experimento. Sir John probablemente representó la escena bajo condiciones absolutamente idénticas, y el efecto sobre su agotada imaginación fue tan vívido que alteró el equilibrio de su mente. El momento elegido fue sin duda la noche del 23 de octubre, y no puedo evitar pensar que el lugar fue una de aquellas cuevas ruinosas de aspecto maléfico que tuvieron un efecto tan aterrador sobre la señorita Maltravers. Temple podría haber utilizado aquella noche uno de los encantamientos medievales, o posiblemente la invocación más antigua del rito de Isis con el cual un hombre de sus conocimientos y sus tendencias sin duda estaría familiarizado. Los accesorios de cualquiera de los dos casos son suficientemente horribles como para debilitar la mente mediante el terror, y para prepararla para creer en alguna aparición espantosa. Pero fuera lo que fuera que se hizo, estoy seguro de que la música de la *Gagliarda* formó parte de la ceremonia.



Los filósofos y los teólogos medievales mantenían que el mal es en su esencia tan horrible que la mente humana, si pudiera comprenderlo, perecería ante su contemplación. Semejante conocimiento era por lo general evitado, pero su posibilidad se apuntaba en la leyenda de la *Visio malefica*. La *Visio Beatifica* era, como es bien conocido, la visión de la Deidad o comprensión del Bien perfecto que otorgaría la felicidad en el cielo, y la recompensa de los benditos en el otro mundo. La tradición dice que esta visión fue otorgada también a varios espíritus especialmente elegidos ya en esta vida, como Enoc, Elías, Esteban y Jerónimo. Pero había un opuesto de la Visión Beatífica en la *Visio malefica*, o representación del Mal absoluto, que sería la principal tortura de los condenados, y que, como la Visión Beatífica, había sido hecha visible en vida a ciertos hombres desesperados. Visitó a Esaú, se decía, cuando no encontró lugar para el arrepentimiento, y a Judas, a quien condujo al suicidio. Caín la vio cuando asesinó a su hermano, y la leyenda relata que en su caso, y en el de otros, dejó una marca física que era llevada por el cuerpo hasta la tumba. Se suponía que la Visión Maléfica, además de ser así espontáneamente presentada a los hombres típicamente abandonados, también había sido invocada de forma deliberada por algunos grandes adeptos, y utilizada por ellos para aniquilar a sus enemigos. Pero hacer esto era considerado equivalente a claudicar de forma consciente ante las fuerzas del mal, ya que la visión, una vez vista, arrebatava toda esperanza de salvación final.

Adrian Temple sin duda alguna estaba al corriente de esta leyenda, y el experimento perdido podría haber sido un intento de invocar la Visión Maléfica. Es una vaga conjetura en el mejor de los casos, pues el árbol de la ciencia del Mal da muchos frutos venenosos, y nadie puede conocer todas las extravagancias de una fantasía rebelde.

De acuerdo con la señorita Sophia, Sir John me designó su albacea y tutor de su único hijo. Dos meses después prendimos un gran fuego en la biblioteca de Worth. En él, una vez que los criados se hubieron ido a la cama, quemamos el libro que contenía la «Areopagita» de Graziani y el Stradivarius. Los diarios de Temple ya los había destruido, y ojalá pudiera borrar con tanta facilidad su sucio y degradante recuerdo de mi memoria. Probablemente seré culpado por todos los que exaltan el arte al coste de todo lo demás, por quemar un violín único. Este reproche lo soportaré con gusto. Aunque no soy irracionalmente supersticioso, y no siento simpatía por ese panteísmo potencial al cual Sir John Maltravers rindió su intelecto, sentía tan profunda aversión por ese violín que no podía tolerar que siguiera en Worth, ni que pasara a otras manos. La señorita Sophia estuvo completamente de acuerdo conmigo en este punto. Fue el mismo sentimiento que impide a todos excepto a los necios o a los fanfarrones el deseo de dormir en habitaciones «encantadas», o vivir en casas contaminadas con la memoria de algún crimen repugnante. Ninguna mente cuerda cree en necias apariciones, pero la fantasía puede a veces hechizar a los mejores. Por lo tanto, se quemó el Stradivarius. Puede que, después de todo, no fuera algo tan

grave, pues, como he dicho, la barra de graves había cedido. Siempre había existido la duda de si sería lo suficientemente fuerte para resistir la tensión de un cordaje moderno. La experiencia demostró por último que no lo fue. Con la rotura de la barra de graves, la caja se desplomó, y la madera se rompió a través de la fibra de una forma tan extraordinaria que dejó al violín en un estado irreparable, excepto como mera curiosidad. Su pérdida, por tanto, no debe ser lamentada. Sir Edward ha sido educado para preocuparse más del bate de cricket que del arco del violín; pero si desea en cualquier momento comprar un Stradivarius, las fortunas de Worth y de Royston, administradas durante dos largas minorías de edad, ciertamente permitirán que lo haga.

La señorita Sophia y yo nos quedamos contemplando el holocausto. Mi corazón flaqueó un instante cuando vi el suave barniz rojo abrasándose en la tapa, pero dejé mis lamentaciones de lado con gran determinación. Mientras las llamas brillantes saltaban y correteaban a su alrededor, arrojaban un resplandor rojo sobre la voluta. Estaba maravillosamente tallada, y difería, como creo que la señorita Maltravers ya ha dicho, de cualquier muestra conocida de Stradivarius. Mientras la contemplábamos, la voluta tomó una forma, y vimos lo que no habíamos visto antes, que estaba tallada de tal manera que las profundas líneas mostraban bajo cierta luz el perfil de un hombre. Era un marchito rostro pagano, de rasgos marcados y cabeza calva. Al mirarlo supe al instante (y un camafeo lo ha confirmado) que era la cabeza de Porfirio. Así se explicaba la segunda etiqueta hallada en el violín y se confirmaba la opinión de Sir John, de que Stradivarius había fabricado el instrumento para algún entusiasta del Neoplatonismo que se lo había dedicado a su señor Porfirio.

Un año después de la muerte de Sir John, fui con la señorita Maltravers a la iglesia de Worth para ver una sencilla lápida de pizarra que habíamos puesto sobre la tumba de su hermano. Estábamos en pie bajo la brillante luz de la capilla de Maltravers, con los monumentos de esa espléndida familia rodeándonos. Entre ellos estaba la tumba-altar de Sir Esmoun, y las efigies de más de un cruzado. Al mirar sus figuras caballerescas, con las cabezas descansando sobre los yelmos ladeados, los rostros firmes, y las manos unidas en la plegaria, no pude evitar envidiarles la fe absoluta e inquebrantable por la que habían luchado y muerto. Parecía destacar en agudo contraste con nuestro conocimiento superficial moderno y nuestro credo tibio, y adquiriría aún más relieve por la oscura sombra de la vida truncada de John Maltravers. A nuestros pies estaba la gran placa de un tal Sir Roger de Maltravers. Le señalé el final de la inscripción a mi acompañante, «CVIVS ANIMAE, ATQVE ANIMABVS OMNIVM FIDELIVM DEFVNCTORVM, ATQVE NOSTRIS ANIMABVS QVVM EX HAC LVCE TRANSIVERIMVS, PROPITIETVR DEVS». Aunque no soy católico, no pude negarme a añadir un sincero amén. La señorita Sophia, que no desconoce el latín, leyó la inscripción después de mí.

—Ex hac luce —dijo, como si hablara consigo misma—. Que salga de aquí la luz; ¡ay!, ¡ay! Pues para algunos la luz es la oscuridad.